

LOS ORIGENES SOCIALES



HISTORIA / CIENCIA / SOCIEDAD 95
SERIE UNIVERSITARIA

Publicación de la Editorial

DE LA DICTADURA Y DE LA DEMOCRACIA

El siguiente material
se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

I. Inglaterra y las contribuciones violentas al gradualismo

1. IMPULSOS ARISTOCRATICOS COADYUVANTES A LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO EN EL CAMPO

Al acometer el estudio de la transición del mundo preindustrial al moderno examinando la historia del primer país que dio el salto, viene a la mente de modo casi automático esta cuestión: ¿por qué el proceso de industrialización en Inglaterra culminó en el establecimiento de una sociedad relativamente libre? Que la Inglaterra contemporánea lo es hace ya largo tiempo, y quizás incluso considerablemente más liberal que los Estados Unidos en las áreas cruciales de la libertad de expresión y la tolerancia de oposición política organizada, parece bastante claro. El componente aristocrático en esa actitud magnánima de las clases dominantes es asimismo ostensible. Indicar todas las razones importantes por las que vino a crearse tal situación sería una tarea que irá más allá de nuestras necesidades, aun siendo necesario contar con otras posibles causas que las aquí investigadas a fin de mantener una perspectiva apropiada. Este capítulo se centrará en el papel particular y muy significativo que las clases rurales ejercieron en la transformación hacia el industrialismo.

Si el énfasis puesto en las vicisitudes de nobles y campesinos —así como en las numerosas gradaciones intermedias que son un rasgo distintivo de la sociedad inglesa— procede del plan general de este libro y de las cuestiones de que ha arrancado, otro eje de la investigación resulta del examen de lo dado por evidente. No es necesario leer mucha historia inglesa, ni ser más escéptico que en el grado prescrito en los textos *standard* sobre el método científico, para reconocer que hay un elemento mítico en los lugares comunes sobre la peculiar capacidad británica de resolver sus diferencias políticas y económicas mediante procesos pacíficos, limpios y democráticos. Tales ideas, más que un mito, son una verdad parcial. Limitarse a desacreditarlas no pone en claro las cosas. Las convenciones de los escritos históricos que inician la crónica de la industrialización inglesa en algún punto después de 1750 ayudan a perpetuar esa verdad parcial iluminando la pacífica historia doméstica, muy pacífica en contraste con Francia, durante los siglos XVIII y XIX, y dejando en la sombra la época de la Revolución Puritana o Guerra Civil.¹ La mera observación de ese hecho significa enfren-

tarse con la cuestión de cuál ha sido el nexo entre violencia y reforma pacífica: ante todo en las democracias modernas y, más generalmente, en la transformación aquí y allá de las sociedades basadas en la agricultura, en sociedades basadas en las tecnologías industriales modernas.

Las pugnas sociales que estallaron en la Guerra Civil inglesa del siglo xvii tenían sus orígenes en un complicado proceso de cambio que había empezado varios siglos antes. Es imposible decir con exactitud cuándo empezó, como también lo es probar que debía revestir la forma de una guerra civil. Pero el carácter del proceso en sí mismo está razonablemente claro. Una sociedad moderna y secularizada iba abriéndose paso poco a poco en su camino ascendente a través de la vigorosa y muy enmarañada exuberancia del orden feudal y eclesiástico.² Más específicamente, desde el siglo xiv en adelante se manifiestan algunos signos que indican la creciente importancia del comercio tanto en el campo como en las ciudades, la desarticulación del feudalismo y su reemplazamiento por la relativamente pálida versión inglesa del absolutismo real; ambos fenómenos prosiguieron en el contexto de un conflicto religioso cada vez más áspero, en parte reflejo y en parte causa de las ansiedades y amarguras que necesariamente acompañan el declive de una clase de civilización y el ascenso de otra nueva.

Aunque la explotación de la lana se conociera ya en Inglaterra de antiguo, fue a fines de la Edad Media cuando el país se convirtió en la fuente más rica e importante de lana fina.³ Las repercusiones del negocio lanero se dejaron sentir, no tan sólo en las ciudades, sino asimismo en el campo, posiblemente aún más en éste, y por supuesto en la política. Como los mercados ingleses de la lana estaban en el Continente, en particular en Italia y los Países Bajos, es al desarrollo de ciudades mercantiles en esos países donde debería acudir para encontrar los inicios del fuerte impulso comercial que con el tiempo iba a regir la sociedad inglesa. Tal análisis nos llevaría demasiado lejos; para nuestros propósitos basta con admitir esa influencia decisiva como puro dato. Operaron también otros factores importantes. En 1348-1349, la Peste Negra segó con profunda guadañada la población de Inglaterra y redujo las disponibilidades en mano de obra. No mucho después estallaron dentro de la «Lollardy» los primeros retumbos de mal agüero de revuelta religiosa, seguidos en 1381 por una seria rebelión campesina. Más adelante habrá ocasión de examinar tales conmociones entre las clases bajas y su significado.

Por ahora atenderemos sobre todo a las clases altas. Durante la última parte del siglo xiv y la mayor parte del siglo xv, se fueron operando cambios importantes en su posición. La tierra y las relaciones posesionales basadas en ella cesaron en buena medida de ser el cemento que entrejuntaba señor y hombre.

Pese a que otros aspectos del feudalismo se mantenían vigorosos, el rey llevaba ya tiempo intentando con éxito diverso encauzar dichos reajustes hacia sus propios fines, trabajándolos para reforzar su poder. Separado de sus raíces en el suelo, el feudalismo se había vuelto parasítico: sacaba su fuerza de las maniobras de los magnates poderosos y las contramaniobras del monarca.⁴

La Guerra de las Dos Rosas (1455-1485) fue para la aristocracia terrateniente, más que una catástrofe natural, una catástrofe social, una sangría que la debilitó severamente y permitió a la dinastía Tudor, que surgió del conflicto, reasumir con mayor éxito el proceso de consolidación del poder real. Bajo Enrique VIII, cuestiones políticas y religiosas tuvieron quizá por consecuencia que se diera otro paso hacia la agricultura comercial. Un historiador marxista ha sugerido que es posible que la confiscación de los monasterios por Enrique VIII en 1536 y 1539 ayudara a promover nuevos propietarios rurales con mentalidad comercial a expensas de la vieja aristocracia y de sus tradiciones centrifugas.⁵ Parece más probable, sin embargo, que la significación capital del reinado de Enrique VIII consistió en menoscabar uno de los pilares del antiguo orden, la Iglesia, y en dar un ejemplo a ese respecto que sus sucesores tendrían que lamentar. Entraron en acción movimientos más profundos que no necesitaban ya que los alentara la corona, la cual se enfrentó cada vez más con ellos como a una amenaza al orden establecido.

Combinada con el estímulo ininterrumpido del negocio lanero, la paz tudoriana engendró un estímulo poderoso para el desarrollo de una actitud comercial e incluso capitalista en el campo. Junto con otras obras, el estudio no superado de R. H. Tawney sobre la vida económica de Inglaterra antes de la Guerra Civil muestra que hacía ya mucho tiempo que aquellas fuerzas habían desquiciado la estructura feudal:

«En los turbulentos años del siglo xv la tierra tenía aún importancia militar y social aparte su valor económico; los señores salían a caballo a la cabeza de sus súbditos para convencer a un mal vecino con arcos y lanzas; y un gran número de llevadores era más importante que un alto rendimiento pecuniario del suelo. La disciplina tudoriana, con su rígida prohibición de la *livery* y el *maintenance*, sus jurisdicciones administrativas y su incansable burocracia, reprimió las guerras privadas con mano dura, y, quitándole los dientes al feudalismo, hizo del manejo de dinero algo más importante que el manejo de hombres... [Ese cambio...] marca la transición de la concepción medieval de la tierra como la base de funciones y obligaciones políticas a la moderna, que la considera como una inversión que reporta

ingresos. La propiedad rural tiende, brevemente, a comercializarse.»⁶

Paz monárquica y lana tuvieron que combinarse de un modo específico para formar una de las fuerzas decisivas que propulsarían a Inglaterra tanto hacia el capitalismo como hacia una revolución que terminaría por hacerlo democrático. En otros Estados, notablemente Rusia y la China, gobiernos fuertes impusieron su mando sobre dilatados territorios. En Inglaterra, en cambio, el hecho de que el éxito de los gobernantes fuera muy limitado contribuyó sobremanera al triunfo final de la democracia parlamentaria. Y, por otro lado, entre negocio lanero como tal y democracia no hay una conexión necesaria. En España, durante el mismo período, el efecto de la cría de ganado lanar fue más bien el contrario, ya que los rebaños trashumantes y sus dueños se convirtieron en uno de los instrumentos utilizados por el monarca centralizador en oposición a las tendencias locales y particularistas, y contribuyeron así al desarrollo de un absolutismo real asfixiante.⁷ La clave de la situación inglesa es que la vida comercial, lo mismo en la ciudad que en el campo, durante los siglos XVI y XVII se desarrolló en gran parte, aunque no enteramente, en oposición con la corona, por razones que se verán a su tiempo.

Bajo la presión de las circunstancias, la noción medieval que llevaba a juzgar los hechos económicos conforme a su contribución a la salud del organismo social entró en barrena. Cesó de creerse que el problema agrario consistía en hallar el mejor método posible de mantener a las gentes en la tierra y empezó a considerarse que era cuestión de dar con la mejor manera posible de invertir capital en ella. Se empezó a tratar la tierra, cada vez más, como algo que podía comprarse y venderse, sujeto a uso y abuso, en una palabra como propiedad privada capitalista moderna. También bajo el feudalismo había existido, por supuesto, propiedad privada en el campo. Pero, en todas las partes del mundo donde se desarrolló el feudalismo, la propiedad de la tierra había llevado siempre aparejadas las cargas y trabas de una gran variedad de obligaciones respecto a otras personas. El proceso por el que esas obligaciones desaparecieron, y quién salió ganando o perdiendo con el cambio, implicó encrucijadas políticas de suma trascendencia en todos los países que conocieron el feudalismo. En Inglaterra las novedades emergieron pronto a la superficie. Mucho antes de Adam Smith, grupos dispersos de ingleses residentes en el campo empezaron a considerar el interés privado y la libertad económica como la base natural de la sociedad humana.⁸ Ante el prejuicio muy extendido de que el individualismo económico surgió principalmente entre la burguesía, vale la pena notar que los propietarios rurales «cercadores», con anterioridad a la Guerra Civil, propor-

cionaron ya a tales doctrinas subversivas un semillero por lo menos notable.

Uno de los signos más reveladores del cambio de perspectivas fue el *boom* en el mercado de tierras que empezó alrededor de 1580 y duró aproximadamente medio siglo. Las rentas anuales subieron a un tercio del precio de venta de las fincas pocas décadas antes.⁹ Semejante *boom* difícilmente se hubiera dado sin cambios estructurales de gran envergadura en la misma organización de la agricultura, y puede interpretarse como una consecuencia de tales cambios.

Los más importantes de ellos fueron las *enclosures* («cercaamientos»). Este término tiene diversidad de sentidos que se refieren a hechos bastante diferentes que sucedieron todos por aquellos tiempos y cuya importancia relativa no está enteramente clara. Durante el siglo XVI el primordial fue el de «usurpaciones consumadas por *lords of manors* o sus *farmers* de la tierra sobre la que la población de aquéllos tenía derechos comunales o que consistía en labrantíos abiertos».¹⁰ Movidos por la perspectiva de las ganancias que obtendrían ya por la venta de lana ya por el arrendamiento de sus tierras a los que se dedicaban a ello, con aumento de las rentas, los señores encontraron una gran variedad de métodos legales y semilegales para privar a los campesinos de sus derechos de cultivo en los campos abiertos y asimismo de sus derechos a utilizar las tierras comunales para apacentar sus ganados, recoger leña, y otros por el estilo. Aunque el área concreta afectada por tales *enclosures* parece que fue pequeña —menos de una vigésima parte del área total de los condados que más las sufrieron—, ese hecho, si realmente es un hecho, no significa que la situación en aquellas zonas no fuera grave. Del mismo modo se podría argüir, como nota Tawney, que la superpoblación urbana no tiene en Inglaterra ninguna importancia puesto que el área total del país dividida por la población da un cociente de aproximadamente un acre y medio para cada ser humano. «La expulsión de un colono de cada una de cincuenta *manors*, y el desahucio de cincuenta colonos de un solo *manor*, dan exactamente los mismos resultados estadísticos» —y muy distintos resultados sociales. Al fin y al cabo, el desorden político y social de aquellos tiempos hubo de tener una base real. «Los gobiernos no se arriesgan a ofender a las clases poderosas por mero capricho, ni grandes masas de hombres se amotinan por haber confundido un labrantío con un pasturaje de ovejas.»¹¹

No cabe duda que una cantidad considerable de tierra anteriormente sujetas a normas consuetudinarias que prescribían los métodos de cultivo se iban convirtiendo en tierras de que los individuos podían disponer a discreción. Simultáneamente la comercialización de la agricultura significaba pasar del señor feudal —que, en el peor de los casos, era un tirano arbitrario,

y, en el mejor, un padre despótico— a un terrateniente más próximo a un avisado hombre de negocios que explotaba las riquezas materiales del dominio pensando en el provecho y el rendimiento.¹² Tales hábitos, en el siglo XVI, no eran por entero nuevos. Ni estaban tan difundidos como lo estarían tras la Guerra Civil y durante el siglo XVIII y principios del XIX. Ni quedaban limitados a la aristocracia rural. También se habían propagado entre las capas superiores del campesinado.

Éstas estaban constituidas por los *yeomen*, una clase cuyos límites fueron definiéndose poco a poco entre la pequeña *gentry* arriba y los campesinos menos prósperos abajo.¹³ Aunque no todos ellos, en modo alguno, fueran poseedores de tierras francas ni disfrutaran de los derechos modernos de la propiedad privada de bienes raíces, empujaban apremiantemente en esa dirección a la vez que se desembarazaban de las obligaciones feudales que aún subsistían.¹⁴ Económicamente eran un «grupo de pequeños capitalistas ambiciosos y agresivos, conscientes de que no tenían suficiente sobrante para aventurarse a grandes riesgos, atentos a que con frecuencia el provecho consiste, tanto como en el gastar, en el ahorrar, pero determinados a sacar ventaja de toda oportunidad, cualquiera que fuere su origen, para incrementar sus ganancias».¹⁵ Sus posesiones podían ir de veinticinco a doscientos acres en zonas de labranza y hasta unos quinientos o seiscientos en terrenos de pasto. Si bien los grandes ganaderos de ovejas podían, por supuesto, trabajar a costes por unidad más bajos y vender su lana con mayores beneficios, los *yeomen* e incluso los campesinos menos prósperos se dedicaban asimismo ampliamente a la cría de ovejas.¹⁶ Otra fundamental fuente de ingresos para la *yeomanry* era el cultivo de cereales comerciales. Los próximos a Londres y a otras florecientes ciudades, así como los que tenían acceso al transporte por agua, poseían sin duda enormes ventajas sobre los otros.¹⁷

Los *yeomen* fueron la principal fuerza impulsora de las *enclosures* campesinas. Esos cercamientos, que perseguían ganar tierras para la labranza, se diferenciaron bastante de los que llevaron a cabo los señores dedicados a la ganadería lanar. Fueron ante todo una forma de roturar baldíos, tierras comunales, y muy a menudo campos de vecinos, incluso de señores que no velaban demasiado por defender sus derechos. Otras veces las *enclosures* campesinas fueron convenios para consolidar parcelas y abandonar el sistema de hazas en campos abiertos. Dentro de los límites de su situación, los *yeomen* sentían también el ansia de superar las rutinas agrícolas tradicionales y de experimentar nuevas técnicas que dieran mayor rendimiento.¹⁸

Desde el punto de vista comparativo, los *yeomen* del siglo XVI equivalen un tanto a los *kulaks* de la Rusia de fines del siglo XIX y aun de después de la Revolución, si bien vivían en un medio mucho más favorable a la empresa individual que sus homólo-

gos rusos. Los *yeomen*, por regla general, son los héroes de la historia inglesa, mientras que los *kulaks* son los villanos de la rusa, lo mismo para los conservadores que para los socialistas, contraste muy revelador de las diferencias entre ambas sociedades y sus respectivas trayectorias hacia el mundo moderno.

Los que promovieron la ola del capitalismo agrario, los principales beneficiarios de la victoria sobre el antiguo orden, procedían de la *yeomanry* y aún más de la aristocracia rural. Las máximas víctimas del progreso fueron, como de costumbre, los campesinos corrientes. Ello sucedió así, no porque los campesinos ingleses fueran particularmente tercos y conservadores, se apegaran a los hábitos precapitalistas y preindividualistas por pura ignorancia y estupidez, por más que tal pareciera ser el caso para los contemporáneos. La persistencia de los viejos hábitos tuvo sin duda un papel; pero ante ese hecho, como ante otros muchos que irán ofreciéndose en el curso de este estudio, es necesario preguntarse por qué los viejos hábitos persistieron. La razón es bastante fácil de advertir. Una de las características del sistema agrícola de la Edad Media en Inglaterra, como en otras muchas partes del mundo, era que la tenencia de cada campesino estaba formada por una serie de hazas estrechas desparramadas entre las de sus iguales en campos no cerrados o abiertos. Como el ganado pacía en esos campos tras la cosecha, el tiempo de proceder a ella debía ser aproximadamente el mismo para todos los interesados, y las operaciones del ciclo agrícola debían estar más o menos coordinadas. Dentro de tales ajustes, había cierto margen para las variaciones individuales,¹⁹ pero sobre todo una imperiosa necesidad de organización cooperativa que fácilmente podía petrificarse en costumbre como la manera más fácil de resolver los problemas. No cabe duda que reajustar el uso de las hazas cada temporada, pese a que ello aconteciera alguna que otra vez, hubiera sido una empresa muy ardua. Es también obvio que los labriegos estaban interesados en seguir disponiendo de las tierras comunales, que les proporcionaban pastos y leña suplementarios. Mas en general, si se tiene en cuenta que los campesinos ingleses se habrían ganado una posición relativamente envidiable amparándose en la costumbre de cada *manor*, no es extraño que consideraran el amparo de la costumbre y de la tradición como el dique que podría defenderles contra la marea capitalista invasora, de la que difícilmente estaban en condiciones de aprovecharse.²⁰

A despecho de alguna que otra ayuda de la monarquía, el dique empezó a desmoronarse. Por así decir, las ovejas se comieron a los hombres. Los labriegos fueron ahuyentados de la tierra; lo mismo las hazas aradas que las tierras comunales, convertidas en dehesas. Un solo pastor podía encargarse de apacentar los rebaños sobre la tierra que antes había alimentado a muchos seres humanos.²¹ Evaluar tales cambios con toda

justeza es probablemente imposible, aunque no cabe duda que fueron sustanciales. Ahora bien, como el mismo Tawney pone sumo cuidado en subrayar, las aguas que en el siglo xvi agrietaron el dique no fueron más que un chorro delgado en comparación con el torrente que lo destruiría tras la Guerra Civil.

Así pues, en Inglaterra, los principales promotores de lo que culminaría en una sociedad moderna y secularizada fueron ante todo, a la sazón, hombres de comercio, tanto en el campo como en las ciudades. En vivo contraste con lo que sucedió en Francia, aquéllos empujaron hacia delante por sí mismos, y no escudándose en un patrocinio real paternalista. A veces, claro está, algunos cooperaron de buen grado con la corona, si había pingües beneficios que ganar con ello. Sin embargo, especialmente al vecinarse la Guerra Civil, los ciudadanos acaudalados se volvieron contra los monopolios reales, que sentían, si no como cadenas para la producción, por lo menos como barreras para sus ambiciones.²² La corona, bajo Isabel y los dos primeros Estuardo, realizó algunos esfuerzos para mitigar los efectos de tales tendencias sobre los campesinos y las clases más pobres de las ciudades. Grandes masas de campesinos, desahoyados y a la deriva, constituían cada vez más una amenaza para el orden establecido, hasta el punto de producirse revueltas intermitentes.²³ Un historiador concienzudo califica la política real de política de benevolencia espasmódica. Durante la Tiranía de los Once Años, cuando Carlos I gobernó sin Parlamento por medio de Strafford y Laud, el afán de benevolencia fue quizá más vigoroso. Tribunales reales como la Star Chamber y la Court of Requests dieron al campesino la única protección que obtuvo contra las *enclosures*.²⁴

A la vez, para imponerse, la corona no se olvidó de llenar sus arcas con multas. Como quiera que fuere, una imposición vigorosa estaba fuera de su alcance. A diferencia de la monarquía francesa, la corona inglesa no había sido capaz de montar una maquinaria administrativa y legal que, independiente y eficaz, hiciera acatar su voluntad en el campo. Los que velaban por el orden en el campo eran por lo general miembros de la *gentry*, o sea aquellos, precisamente, contra quienes iba dirigida la política protectora de la corona. La consecuencia capital de ésta era, entonces, enemistarse con los que propugnaban el derecho de cada cual a hacer lo que quisiera de su propiedad. La política real favorecía que los elementos ciudadanos y rurales de mentalidad comercial, unidos ya por otros muchos vínculos, se aglutinaran en una oposición coherente contra la corona.²⁵ En el sector agrario, la política agraria de la casa Estuardo constituyó un rotundo fracaso y contribuyó a precipitar la Guerra Civil, un conflicto «entre derechos individuales y autoridad real, concebida, en último extremo, como basada en una sanción religiosa».²⁶ Llegados a este punto, debería estar razonablemente claro de

qué derechos individuales se trataba y que no eran, a buen seguro, los de las masas campesinas, con todo aplastante mayoría de la población de Inglaterra.

2. ASPECTOS AGRARIOS DE LA GUERRA CIVIL

A la luz de los antecedentes generales expuestos, parece que son escasos los motivos para poner en duda la tesis de que elementos de mentalidad comercial entre las clases altas rurales, y en menor proporción, entre los *yeomen*, fueron una de las principales fuerzas que se opusieron al rey y a las tentativas reales de preservar el antiguo orden, y por lo tanto causa importante, aunque no única, de que estallara la Guerra Civil. El desarrollo del comercio en las ciudades durante los siglos xvi y xvii proporcionó al campo inglés un mercado para los productos agrícolas, con lo cual se puso en marcha en el propio campo un proceso que conduciría a la agricultura comercial y capitalista. La intrusión de influencias comerciales creó una nueva situación cada vez más extendida a la que los diferentes grupos *dentro de* cada una de las clases agrarias, ninguna de las cuales se distinguía con rasgos muy acusados de las otras o de las urbanas, se adaptaron en distintas formas y con grados de éxito diversos. Los aristócratas titulados, con costosos hábitos de pompa y relacionados con la corte, fueron en general los menos capaces de cambiar, si bien algunos se adaptaron.²⁷ El cuerpo rural cuyos miembros más emprendedores se adaptaron con pleno éxito fue el grupo amplio y algo difuso situado bajo los pares y sobre los *yeomen*, en otras palabras, la *gentry*. Pero su éxito no se debió por entero a las meras actividades agrícolas. La *gentry*, de miras progresivas, tenía toda suerte de conexiones personales y de negocios con las capas superiores ciudadanas o burguesas, en el sentido más riguroso del término.²⁸ De la *gentry* como clase procedieron, pues, los representantes más destacados de aquella tendencia histórica decisiva que modificaría la estructura de la sociedad rural de Inglaterra. En cuanto al contraste de tipos de economía, estructura social, y actitudes correspondientes, entre la *gentry* y la aristocracia rural, se dio «una pugna entre economías de diferentes tipos, que se correspondían más estrechamente con peculiaridades regionales que con divisiones sociales. Hubo bastantes miembros de la *gentry* que se estancaron o fueron cuesta abajo. Sería fácil encontrar terratenientes nobles que andaron con el tiempo, y sacaron el mejor partido de sus propiedades».²⁹ Los miembros de la *gentry* que «se estancaron» fueron, claro está, los relativamente poco emprendedores que no supieron manipular su situación económica en el campo y carecían de útiles conexiones urbanas de naturaleza comercial y oficial. Esos «*growlers and grumblers*» («gruñones y rezongones»)

proporcionarían parte del elemento radical en que se apoyaron Cromwell y la Revolución Puritana, aunque el ímpetu de ésta brotó ante todo de más abajo de la escala social.³⁰ Por el impacto del comercio y de alguna industria, la sociedad inglesa estaba, pues, transformándose de arriba abajo dejando bolsas de descontento radical producidas por las mismas fuerzas que por algún tiempo ocuparían el primer plano. Como vemos, secuencias similares de desenvolvimientos son también características, a grandes rasgos, de las otras grandes revoluciones modernas, la francesa, la rusa y la china. En ese proceso general, cuando el antiguo orden se desintegra, sectores sociales afectados negativamente por tendencias económicas de larga duración sacan la cabeza y realizan buena parte de la violenta «faena sucia» de destruir el *ancien régime*, despejando el camino para instituciones de nuevo cuño.

En Inglaterra la más notable «faena sucia» de tal tipo fue el acto simbólico de decapitar a Carlos I. La exigencia de juzgar al rey salió en primer lugar del ejército. Las influencias populares eran en él bastante intensas. Procedían de estratos inferiores a la *gentry*, muy probablemente de menestrales urbanos y labriegos.³¹ Por la época de la ejecución, Cromwell y sus oficiales habían logrado ya refrenarlas. En cuanto a la ejecución misma, tuvo que ser impuesta en el Parlamento prácticamente a punta de espada. Así y todo, un número respetable de sus miembros (cuarenta y nueve) se negaron a juzgar al rey; los que firmaron la orden de muerte sumaron cincuenta y nueve. Hay indicios de preponderancia de la *gentry* menos acaudalada entre los regicidas, y de la más rica entre aquellos que se negaron a juzgar al rey. La imbricación entre ambos grupos, sin embargo, era considerable; un análisis sociológico mecánico no cernerá al justo los sentimientos políticos del momento.³² Cabe suponer que la monarquía constitucional hubiera podido advenir de otro modo. Pero la suerte de Carlos I fue una tremenda advertencia para el futuro. Ningún rey inglés posterior trataría ya de reintroducir seriamente el absolutismo real. La tentativa de Cromwell de establecer una dictadura parece un mero intento de recomponer la situación *a posteriori* y, de hecho, no puede compararse con la fase semidictatorial de la Revolución Francesa, en que aún se dio mucha destrucción del *ancien régime*. Los campesinos y la plebe urbana, por otro lado, que corrieron con la «faena sucia» en las demás revoluciones, no se significaron durante la Guerra Civil Inglesa, salvo en ciertos breves actos simbólicos muy importantes.

Innovadores y tradicionalistas se hallaban unidos por muchos vínculos, incluidos temores comunes frente a las capas inferiores, la «baja suerte». Tales vínculos ayudan a explicar por qué las alineaciones de clase estuvieron lejos de ser claras en aquella revolución. Carlos I hizo como mejor pudo

para cortejar a la *gentry*, y consta que consiguió atraérsela en una escala muy amplia.³³ A despecho de la oposición de los Estuardo a las *enclosures*, el apoyo de buena parte de la *gentry* rica a la causa real no puede sorprender demasiado. Difícilmente cabría esperar de gentes acomodadas como eran aquéllas que tuvieran la conciencia laxa cuando se trataba de dar un puntapié a dos de los máximos puntales, rey e Iglesia, que sostenían el orden social. A la larga, transformados éstos, más de acuerdo con sus necesidades, volverían a darles la bienvenida. En las tres otras grandes revoluciones mencionadas, así como en la Guerra Civil Norteamericana, se iba a manifestar la misma actitud ambigua respecto a los aspectos del antiguo orden que sostenían los derechos de propiedad. La política de los dirigentes de la rebelión, por el contrario, fue clara y sin rodeos. Se opusieron a toda interferencia en los derechos de propiedad de los señores rurales por parte del rey y de los radicales de las capas bajas. En julio de 1641, el Long Parliament abolió la Star Chamber, la más eficaz arma monárquica contra los señores rurales «cercadores», a la vez que símbolo relevante del poder real arbitrario. Las amenazas radicales desde dentro del ejército de los *levellers* y *diggers* fueron desviadas por Cromwell y sus colaboradores con firmeza y habilidad.³⁴

Existen aún otros factores que explican que la Revolución Puritana no desembocara en ningún momento en una pugna bien definida entre estratos superiores e inferiores. En el conflicto se combinaron cuestiones económicas, religiosas y constitucionales. No se dispone de suficientes datos para señalar concluyentemente hasta qué punto coincidieron: la base social del puritanismo está por analizar. Pero los indicios son de que, en diversos momentos, se produjeron cristalizaciones de la opinión en torno a ellas. De ahí que, al desplegarse los avatares dramáticos de la Revolución y encontrarse enfrentados los individuos con acaecimientos que no podían controlar y cuyas implicaciones no podían prever —en otras palabras, al avanzar y retroceder el proceso de polarización revolucionaria—, muchos de ellos, ya en encumbrada ya en humilde posición, se sintieran terriblemente apurados y sólo pudieran decidirse con enormes dificultades. Lealtades personales podían arrastrarles en dirección opuesta a principios que sólo seguían a medias, y viceversa.

En el plano económico, la Guerra Civil no produjo un traspaso masivo de la propiedad rural de un grupo o clase a otro. (A ese respecto, todo indica que se ha entendido mal a Tawney.) Sus efectos sobre la posesión de tierras fueron aún menores, probablemente, que los de la Revolución Francesa, para la cual la investigación moderna ha ratificado la tesis polémica de Tocqueville de que el desarrollo de una clase de campesinos propietarios, lejos de ser la consecuencia de la venta de haciendas de *émigrés*, precedió a la Revolución. En Inglaterra, el bando par-

lamentario ^{PM d. 11.5} andó crónicamente corto de dinero y financió la guerra en parte usufructuando la administración de los dominios de los realistas, en parte confiscándolos directamente. Agentes realistas se las arreglaron para readquirir algunos dominios, aun contribuyendo con ello al financiamiento de sus enemigos. Los dominios recuperados después fueron muchos más. Un estudio de esas transacciones en la Inglaterra sudoriental, cuyo autor cree que puede tener aplicaciones más amplias, muestra que más de las tres cuartas partes de las haciendas vendidas bajo la Commonwealth volvieron a sus propietarios con la Restauración. Las otras habían sido ya recuperadas antes de 1660. Los adquirentes de tierras de la corona y de la Iglesia no parecen haber sido capaces de retenerlas tras la Restauración, aunque Thirsk no da estadísticas sobre este particular.³⁵

Tales constataciones, sin embargo, no se aducen en apoyo de la tesis de que la Revolución Puritana no fue en absoluto una revolución. Sus consecuencias revolucionarias fueron profundas y duraderas en el área de la legislación y de las relaciones sociales. Con la abolición de la Star Chamber, los campesinos perdieron su amparo capital contra el incremento de las *enclosures*. Es cierto que bajo Cromwell, especialmente en la última fase del mando de *the major generals*, se hicieron aún algunas tentativas para atajar sus efectos. Pero fue ya el último esfuerzo en ese sentido.³⁶ Aunque puedan caber dudas sobre las características sociales de aquella *gentry* que sostuvo la revolución, está muy claro quién salió ganando con la victoria. «Con la Restauración el *encloser* arrolló todos los obstáculos», si bien los plenos efectos de ello tardarían algún tiempo en dejarse sentir.³⁷ Tronchando el poder del rey, la Guerra Civil había removido la principal barrera contra el señor rural «cercador» y, simultáneamente, preparado a Inglaterra para el gobierno de un «comité de señores rurales», designación poco lisonjera, pero que cuadra bastante bien al Parlamento del siglo XVIII.

Los críticos que califican la Guerra Civil de revolución burguesa llevan razón cuando argumentan que el conflicto no vino a parar en la toma del poder político por la burguesía... Las clases altas rurales, como veremos, retuvieron firmemente el control del aparato político no tan sólo durante el siglo XVIII, sino incluso tras el *bill* de reforma de 1832. No obstante, si se atiende a las realidades de la vida social, semejante circunstancia resulta trivial. Influencias capitalistas habían penetrado en el campo, y lo habían transformado a fondo, mucho antes de la Guerra Civil. La conexión entre señores rurales «cercadores» y burguesía llegó a ser tan íntima, que a menudo se hace difícil determinar dónde empiezan los unos y acaban los otros en los círculos familiares tan ramificados de entonces. El resultado de aquel conflicto fue una abrumadora, si bien incompleta, victoria para la democracia parlamentaria y el capitalismo coligados.

Como puntualiza un historiador moderno, «el orden aristocrático sobrevivió, pero transformado, pues el dinero, más que el nacimiento, fue ahora su base. Y el Parlamento mismo se convirtió en un instrumento de capitalistas terratenientes, *whigs* y *tories*, y de sus conexiones y aliados, cuyos intereses promovió ahora el Estado sin vacilar».³⁸

Para hacerse cargo de la magnitud de las consecuencias de la Guerra Civil, es necesario alejarse de los detalles y echar un vistazo hacia delante y hacia atrás. El principio fundamental de la sociedad capitalista es que el uso sin restricciones de la propiedad privada para el enriquecimiento personal, a través del mecanismo del mercado, produce riqueza y prosperidad en constante aumento y en beneficio de toda la sociedad. En Inglaterra ese espíritu triunfó, a la larga, por métodos «legales» y «pacíficos», los cuales, no obstante, durante el siglo XVIII y principios del XIX, quizá llegaron a causar en realidad más violencia y sufrimientos que la misma Guerra Civil, tanto en el campo como en las ciudades. Si bien el impulso originario hacia el capitalismo es probable que hubiera nacido en las ciudades en tiempos remotos de la Edad Media, continuó obrando después en el campo tan fuertemente como en las ciudades, de las que aquél recibía una corriente de aire perpetua que le comunicaba las llamas que devoraban el antiguo orden. Los principios del capitalismo y la democracia parlamentaria son diametralmente antitéticos a los que sustituyeron, superados en gran medida durante la Guerra Civil: autoridad de base divina en política, y producción para satisfacer las necesidades, más que para el provecho individual, en economía. Sin el triunfo de aquellos principios en el siglo XVII, es difícil imaginar cómo hubiera podido la sociedad inglesa modernizarse pacíficamente —en la medida que tal proceso fue de veras pacífico— durante los siglos XVIII y XIX.

3. «ENCLOSURES» Y DESTRUCCIÓN DEL CAMPESINADO

La violencia revolucionaria puede contribuir tanto como la reforma pacífica al establecimiento de una sociedad relativamente libre, y en Inglaterra fue, en efecto, el prelude de una transformación más pacífica. Pero no toda violencia con relieve histórico adopta la forma de una revolución. Puede darse también, y en gran escala, dentro del marco de la legalidad, incluso de una legalidad encaminada con derechura hacia la democracia constitucional occidental. Tal fue el caso de las *enclosures* que siguieron a la Guerra Civil y continuaron produciéndose al principio de la era victoriana.

Medio siglo atrás, muchos eruditos veían en los cercamientos del siglo XVIII el principal resorte de que se valió una aristocracia rural casi todopoderosa para destruir al campesinado inde-

pendiente de Inglaterra.³⁹ La erudición posterior, lenta y pacientemente, ha ido astillando esa tesis. Pocos historiadores profesionales, excepto tal vez algunos marxistas, la aceptarían en la actualidad. Es incuestionable que la antigua interpretación peca de errónea en muchos detalles y resulta dudosa en ciertos puntos cruciales de la argumentación central. Con todo, los autores de antaño hacían hincapié en un punto que a menudo desaparece en las exposiciones más recientes: las *enclosures* fueron el golpe de gracia para la estructura entera de la sociedad campesina inglesa encarnada en la aldea tradicional.

Como hemos visto, la sociedad campesina había sufrido agresiones mucho antes ya del estallido de la Guerra Civil. La guerra eliminó al rey como última protección que le quedaba al campesinado contra los despojos de las clases altas rurales. Si bien la burocracia de los Tudor y los Estuardo no había sido muy eficaz, por lo menos había procurado contener la marea de cuando en cuando. Tras la Restauración y la Gloriosa Revolución de 1688, postreros retumbos del terremoto, Inglaterra se estabilizó en el siglo XVIII bajo el gobierno del Parlamento. Aunque el rey no fuera en modo alguno un mero figurante, no intentó ya interferirse en la progresión de las *enclosures*. El Parlamento era más que un comité de señores rurales; los intereses comerciales urbanos tenían en él, como mínimo, alguna representación indirecta a través del corrompido sistema de representación municipal.⁴⁰ La administración local, con la que los campesinos estaban en contacto directo, se hallaba más firmemente aún que antes en manos de la *gentry* y de la aristocracia titulada. A medida que avanzaba el siglo XVIII, la tramitación de asuntos públicos en las parroquias, que en número de unas quince mil formaban las células del cuerpo político de Inglaterra, se llevó cada vez más a puertas cerradas, hasta perder todo vestigio del carácter popular y democrático que pudiera haber tenido durante la Edad Media.⁴¹

Fue el Parlamento, por otra parte, quien acabó por controlar la tramitación de las *enclosures*. Formalmente, los procedimientos por los que un señor rural hacía aceptar una *enclosure* por decreto del Parlamento eran públicos y democráticos. En la práctica, sin embargo, los grandes propietarios de haciendas dominaban los procedimientos del principio al fin. Para que el Parlamento aprobara una propuesta de *enclosure*, se requería el consentimiento de «tres cuartas partes a cuatro quintas partes». ¿Pero qué consentimiento? La respuesta debe buscarse en los bienes, no en las personas. Los sufragios no se contaban, sino que se pesaban. Un gran propietario podía hundir a una comunidad entera de pequeños propietarios y colonos.⁴²

La supremacía política y económica de los grandes señores rurales durante el siglo XVIII era en parte el resultado de tendencias muy anteriores a la Guerra Civil, sobre todo la autoridad

de notables locales y la ausencia de un fuerte aparato burocrático que la refrenara, incluso bajo los Tudor y los Estuardo. Y los efectos de la propia Guerra Civil, en vivo contraste con los de la Revolución Francesa, habían sido robustecer en gran medida la posición de las clases altas terratenientes. Ya ha habido ocasión de aducir algunos datos que indicaban que el cambio en la distribución de la propiedad de la tierra durante la Revolución Puritana había sido relativamente pequeño.⁴³ Con sólo dos excepciones, todas las grandes familias radicadas en 1640 en los condados de Northamptonshire y Bedfordshire se hallaban todavía allí un siglo más tarde.⁴⁴

La aristocracia rural de Inglaterra, habiéndose adaptado temprano al mundo del comercio, hasta el punto de llegar a tomar la delantera en la marcha hacia la nueva era, no fue arrastrada por las convulsiones que acompañaron el cambio. Aunque en el siglo XVIII su entrelazamiento con la burguesía fue menor que bajo Isabel y los primeros Estuardo, la conexión entre una y otra clase continuó siendo estrecha.⁴⁵ Como ha observado Sir Lewis Namier, las clases dirigentes inglesas del siglo XVIII no fueron «agrarias» como sus contemporáneas de Alemania; la civilización que crearon no fue ni urbana ni rural. No vivían ni en castillos fortificados, ni en *manor houses*, ni en palacios erigidos en las ciudades (como en Italia), sino en casas solariegas ubicadas en sus dominios.⁴⁶

Existe amplio acuerdo entre los historiadores acerca de que el período que va poco más o menos desde 1688 hasta el final de las guerras napoleónicas fue la edad de oro de las grandes haciendas rurales. En partes sustanciales del país, se ensancharon éstas a costa, algunas veces, de la pequeña *gentry*, y en especial de los campesinos. Nadie ha tomado aún la voz para negar la importancia fundamental de las *enclosures* o que innumerables campesinos perdieron sus derechos sobre los terrenos comunales de las aldeas al ser éstos absorbidos por los grandes señores rurales. Fue aquella una época de perfeccionamiento de las técnicas agrícolas: incremento del uso de fertilizantes, nuevos cultivos, rotación de cultivos... Los nuevos métodos no podían aplicarse en los campos sujetos a las reglas de la explotación comunal; los gastos que exigían resultaban más penosos para el agricultor de escasos, o hasta medianos, recursos. No cabe duda que el aumento en extensión de las granjas se debió, en gran parte, a los mayores beneficios y menores costos de las unidades más extensas.⁴⁷

Los contemporáneos fueron conscientes de esas ventajas, que les entusiasmaron —quizás en demasía. Como su equivalente en las ciudades, y de hecho como todos los revolucionarios modernos, el capitalista rural justificaba la miseria que causaba apelando a los beneficios que procuraba a la sociedad, a la par con sus inmensas ganancias personales. Sin tales ideas de bene-

ficio para la sociedad y los sustanciales elementos de verdad que contenían, sería imposible comprender la implacabilidad del movimiento cercador.⁴⁸

Hasta aquí he hablado como si el capitalista rural hubiera sido una sola persona. En realidad fueron dos: el gran propietario de tierras y el gran *farmer* arrendatario. El primero era un aristócrata que no trabajaba con sus manos y que a menudo confiaba los detalles prácticos de la administración a un mayordomo, si bien por lo general lo vigilaba de cerca. Antes de examinar los pliegos oficiales, Walpole leía los informes de su mayordomo. La contribución del gran señor rural al desarrollo de la agricultura capitalista, en aquella etapa, fue sobre todo legal y política; era él, por lo común, quien estatutaba las *enclosures*. Careciendo de siervos para trabajar la tierra, solían arrendarla a grandes granjeros que la llevaran. Muchos de éstos utilizaban mano de obra asalariada. Bastante al principio aún del siglo XVIII, los propietarios de tierras estaban ya «bien enterados de lo que era una buena hacienda. Era la llevada por grandes granjeros que tuvieran doscientas o más acres, pagaran sus rentas regularmente y mantuvieran la posesión en buen estado. Los tres métodos más importantes de desarrollo en ese período fueron todos ellos medios al servicio de tal finalidad —consolidación de las haciendas, *enclosure* y reemplazamiento de los contratos de arrendamiento vitalicios por contratos de duración limitada a años— y en la práctica estuvieron relacionados unos con otros de muy diversas maneras».⁴⁹ Los grandes *farmers* pagaban una contribución económica. Aunque los propietarios corrieran con las cargas de gravosos impuestos —los renteros se hallaban en una posición suficientemente sólida para imponerlo—, raras veces proporcionaban a éstos capital de explotación.⁵⁰ Tampoco se esperaba de ellos que lo hicieran. Con todo, los grandes renteros, junto con los más ricos poseedores de tierras francas, y no el célebre puñado de «audaces señores rurales», fueron los auténticos pioneros del desarrollo agrícola, a juicio de un historiador reciente.⁵¹

El espacio de tiempo en que tales cambios se produjeron con mayor rapidez y profundidad no está del todo claro. Parece muy probable, sin embargo, que el movimiento de *enclosure* acumuló considerable fuerza alrededor de 1760. Cobró quizá su máxima aceleración durante las guerras napoleónicas, para extinguirse después de 1832, habiendo contribuido entre tanto a cambiar el campo inglés más allá de todo cálculo. El alza de precios de los alimentos y probablemente también las dificultades para obtener mano de obra parecen haber sido los principales factores que indujeron y compelieron a los señores rurales a ensanchar sus posesiones y a racionalizar la manera de cultivarlas.⁵²

Así pues, en partes sustanciales de Inglaterra, al hacerse más extenso el gran dominio y ser dirigido cada vez más, según prin-

cipios comerciales, la comunidad campesina medieval quedó, finalmente, destruida. Es bastante probable, aunque no del todo seguro, que la ola de *enclosures* parlamentarias durante el siglo XVIII y principios del XIX significó tan sólo dar sanción legal a un proceso de erosión de la propiedad campesina que hacía ya algún tiempo que venía desarrollándose.⁵³ Por la experiencia de otros países, sabemos que la intrusión del comercio en una comunidad campesina pone en marcha casi siempre una tendencia a la concentración de la tierra en menor número de manos. Tal tendencia había sido perceptible en Inglaterra al menos desde el siglo XVI. En el corazón de un área duramente golpeada por la *enclosure*, el setenta por ciento de las tierras de una aldea habían sido ya separadas de la economía campesina antes que el Parlamento decretara la *enclosure* del lugar. Hacia 1765 sólo tres familias de cada diez ocupaban tierras en aquella área con creciente industria. El resto eran bracceros, calceteros, pequeños artesanos. Setenta pequeños campesinos, de menos de un centenar, poseían menos de la quinta parte de todas las tierras, mientras que una docena de familias selectas poseían tres quintas partes.⁵⁴ Una situación similar debió de prevalecer en la mayoría de las zonas duramente sujetas a la *enclosure* en la segunda mitad del siglo XVIII. Si, para hacerse cargo del área afectada, uno mira un mapa de Inglaterra sombreado de acuerdo con las áreas totales de los condados donde tuvo lugar la *enclosure* de campos comunales, comprueba que estuvo sujeta a ella más de la mitad del país. Aproximadamente la mitad, a su vez, de esta área, sobre todo en los Midlands pero con una amplia lengua que se extiende hacia el Norte, sufrió el impacto más fuerte, con proporciones de un tercio a una mitad, e incluso más, de las áreas totales de los condados.⁵⁵

Como acostumbra a suceder en los cataclismos sociales de esa naturaleza, el destino de los que salieron perdiendo en la transformación es muy difícil de discernir. En el curso de los procedimientos de *enclosure*, aquellos que tenían derechos de propiedad que defender pudieron, por lo común, capear mejor el temporal que aquellos que no los tenían. Con todo, muchos pequeños propietarios debieron soportar gravosas costas conexas a los procedimientos de *enclosure*, así como desembolsos de capital para cercar con seto y abrir zanjas, lo cual hizo precaria su situación.⁵⁶ Aquellos cuyos derechos de propiedad eran tenues o inexistentes no aparecen en la documentación histórica, precisamente porque carecían de derechos de propiedad que defender. «Esos trabajadores sin, o casi sin, tierras, junto con los pequeños llevadores que desaparecieron con la consolidación (de las haciendas), representan las verdaderas víctimas de la *enclosure* y, si no se les tiene en la mente constantemente, pueden ser también las víctimas del método estadístico.»⁵⁷ Dentro de esas capas más bajas, antes de la *enclosure*, había existido cierta

variedad en la posición económica y legal. Las familias más pobres —los *cottagers*, por ejemplo— tenían una pequeña vivienda y el derecho de cultivar algunas piezas de tierra y quizás, además, de criar una vaca, algunas ocas, un cerdo... Por lo general, hombres y bestias se habían ganado una existencia en la que los derechos sobre los terrenos comunales desempeñaban un papel importante. Para los *cottagers* y, ciertamente, para los braceros sin tierras que tan sólo disfrutaban de uso consuetudinario, y no legal, de los terrenos comunales, la pérdida de tal derecho o privilegio significaba el desastre. «La apropiación por los propietarios legales de prácticamente la totalidad de los baldíos comunales para usar de ellos en exclusiva significaba que la cortina que separaba al ejército creciente de braceros de la proletarización completa había sido arrancada. Era, sin duda, una leve y escuálida cortina... pero existía, y privarlos de ella sin proporcionarles un sustituto implicaba la exclusión de los braceros de los beneficios que sólo su intensificado laborar hacía posibles.»⁵⁸ Las gentes humildes situadas en las bajuras de la colectividad rural quedaron, pues, marginadas, y pasaron o bien a engrosar el nuevo ejército de braceros rurales, necesario por algún tiempo a fin de dotar a las *enclosures* de setos, zanjas y caminos o para llevar adelante las nuevas prácticas agrícolas, que aún no era posible ejecutar con maquinaria que ahorrara mano de obra, o bien a unirse a los miserables obreros en ciudades opresoras. La erudición moderna tiende a creer que los desposeídos *cottagers* y braceros sin tierras preferían de ordinario permanecer en el campo, y que los que se convertían en obreros industriales eran el «excedente no absorbido».⁵⁹ En general, sin embargo, sólo los jóvenes, los solteros y los artesanos estaban dispuestos a abandonar el suelo natal —y los nuevos patronos industriales sólo querían individuos como ellos. Los hombres maduros con familia no eran tan adiestrables ni tan capaces de erradicarse del tejido de la vida rural. Permaneciendo en el campo, podían recurrir a su «último derecho» —el derecho al socorro de pobres.⁶⁰

En una aldea del Leicestershire, «como en millares de otras parroquias de los Midlands y el Sur», los cercamientos de campos comunales, junto con la ruina del estado llano y las exigencias de una economía monetaria, llevaron consigo un ininterrumpido aumento de las contribuciones «de pobres», que, hacia 1832, debían alcanzar a tener «casi la mitad de las familias de la aldea en cobranza regular del socorro de pobres y muchas más cobrando socorro intermitente». En el siglo anterior esas mismas familias habían sido pequeños granjeros que se bastaban a sí mismos o *cottagers* no en exceso apurados, que podían obtener lo necesario para vivir en una economía de campos libres.⁶¹ Allí donde el sistema de campos libres había funcionado plenamente bien, como para suministrar en cantidad suficiente lo que se

necesitaba, había constituido la base de cierta igualdad económica aldeana. Había servido también para reforzar la red de relaciones sociales basada en la división del trabajo que *había sido* en realidad la sociedad de la aldea. Cuando, en el pasado, la sociedad de la aldea había sido fuerte, los campesinos habían luchado vigorosamente, y con algún éxito, para defender sus derechos. En el siglo XVIII, tras el golpe de gracia de las *enclosures* y las influencias comerciales, los pequeños granjeros dejaron de resistir, no se batieron ya.⁶² Parece, pues, bastante claro que, al desaparecer los terrenos comunales y empezar a imponerse en el campo un nuevo sistema económico, la vieja comunidad campesina, finalmente, cedió y pasó a desintegrarse.⁶³

Echando una mirada retrospectiva al movimiento de *enclosure* en conjunto y teniendo en cuenta los resultados de la investigación moderna, parece asimismo harto evidente que, junto con la expansión de la industria, los cercamientos fortalecieron en gran manera a los propietarios rurales más poderosos y descalabraron al campesinado inglés, eliminándole como factor de la vida política británica. Desde el punto de vista de los procesos tratados aquí, es éste, por encima de todo, el punto decisivo. Además, al campesino «sobrante», le daba lo mismo si el tirón de las ciudades o fábricas era más o menos importante que el empujón que le expulsaba de su mundo rural. A fin de cuentas, en uno u otro caso, estaba atrapado entre alternativas que significaban degradación y sufrimiento comparadas con la vida tradicional de la comunidad aldeana. Que la violencia y la coerción que produjeron tales resultados tuvieran lugar durante un largo espacio de tiempo, y casi por entero dentro del marco de la ley y el orden, que contribuyeran a la larga a establecer la democracia sobre una base más firme, todo ello no debe ocultarnos la masiva violencia ejercida por las clases altas contra las bajas.

4. GOBIERNO ARISTOCRÁTICO PARA EL CAPITALISMO TRIUNFANTE

El siglo XIX, por el contrario, se caracterizó por la transformación pacífica; durante su transcurso, la democracia parlamentaria fue estableciéndose con firmeza y ampliándose de precedente en precedente. Antes de examinar qué papel desempeñaron los cambios agrarios en ese proceso, conviene hacer una breve pausa y considerar cómo la violencia de los siglos XVII y XVIII —abierta y revolucionaria en el primero, más disimulada y legal, pero no por eso menos violenta, en el segundo— habían preparado el camino para la transición pacífica del XIX. Romper la conexión entre ambos procesos sería falsificar la Historia. Afirmar que aquélla, de algún modo, fue necesaria e

indispensable, justificar el presente por el pasado con un argumento que es imposible comprobar. Todo lo que puede hacer el historiador social es apuntar una conexión contingente entre cambios en la estructura de la sociedad.

Puede que el legado más importante del pasado violento fuera el haberse fortalecido el Parlamento a expensas del rey. El hecho de que el Parlamento existiera significaba que se contaba con una institución flexible que constituía, tanto una arena en la cual podía integrarse a nuevos elementos sociales a medida que planteaban sus exigencias, como un mecanismo institucional para componer pacíficamente los conflictos de intereses entre los distintos grupos. Si bien el Parlamento, tras la Guerra Civil, había quedado ante todo como un instrumento de las clases altas rurales con mentalidad comercial, no era tan sólo eso; como iba a mostrar la experiencia, podía llegar a ser mucho más. El haber desarrollado aquella clase una base económica que la había conducido a oponerse violentamente a la corona antes de la Guerra Civil tuvo mucho que ver con la vigorización del Parlamento, punto que se verá más claro cuando sea posible comparar el curso de los hechos en Inglaterra con otros casos en que ello no sucedió. El fuerte tono comercial en la vida de las clases altas rurales, lo mismo de la *gentry* que de la nobleza titulada, llevó también aparejado que no existiera ninguna falange demasiado compacta de oposición aristocrática al progreso de la misma industria. A pesar de que algunos de sus miembros expresaran a menudo sentimientos adversos, se puede afirmar con justicia que el sector más influyente de las clases altas rurales actuó como una avanzada política del capitalismo comercial e industrial. Así continuaban actuando, sólo que de nuevas maneras, durante el siglo XIX.

La otra gran herencia era la destrucción del campesinado. Por brutal y despiadado que pareciera el concluirlo, hay razones de peso para sostener que contribuyó al cambio democrático pacífico en la misma medida, quizá, que la pujanza del Parlamento. Implicó que la modernización pudiera avanzar en Inglaterra sin el inmenso fondo de fuerzas conservadoras y reaccionarias que ha existido, en determinados momentos, en Alemania y el Japón, para no mencionar a la India. También, por supuesto, que la posibilidad de revoluciones campesinas a la manera de Rusia y de la China no entrara ya en el orden del día de la Historia.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, la victoria de la democracia parlamentaria no tenía, ciertamente, nada de inevitable. Es improbable, en efecto, que la gran mayoría de los individuos tuvieran ni la noción más vaga de qué podían significar tales palabras y de qué clase de sociedad se dibujaba en el horizonte. El comercio, durante el siglo XVIII, había hecho progresos considerables. Se manifestaban ahora los primeros signos

de conflicto entre los intereses rurales y los relativos al comercio. Elementos influyentes de éste trataban de promover una política exterior agresiva en pos de materias primas y mercados, mientras que gran parte de la *gentry* se resistía a pasar adelante por miedo de contribuciones más elevadas, en una época en que la contribución territorial era la máxima fuente de rentas públicas. Entre tanto empezaban a hacerse oír voces radicales que denunciaban la necesidad de revisar la anticuada estructura social de Inglaterra, en especial su corrompido Parlamento. El cliché de que la política del siglo XVIII fue un batallar de camarillas sin auténticos puntos en disputa es simplemente falso. Existían las mismas tensiones entre nuevas y antiguas formas de sociedad y de civilización que en el siglo XVII, traspuestas a una nueva era, aunque quizá sea exagerado afirmar que, tras la pérdida de las colonias americanas, Inglaterra estaba a dos dedos de la acción revolucionaria.⁶⁴

El estallido de la Revolución Francesa puso fin a toda esperanza de reforma. Más específicamente, tan pronto como la Revolución Francesa dejó atrás su fase liberal, cuando la huida de Luis XVI a Varennes y su nueva captura «arrancaron el velo de ilusiones» sobre expectativas liberales y la Revolución empezó a entrar en una fase radical, los que simpatizaban con ella en Inglaterra se encontraron en una posición cada vez más embarazosa. Pitt el Joven cortó toda especulación sobre reforma. Inglaterra empezó a entrar en una fase de represión que se prolongó hasta después de las guerras napoleónicas. Su característica fundamental fue que las clases altas, tanto en las ciudades como en el campo, cerraron filas en torno de lemas patrióticos y conservadores contra la amenaza del radicalismo y la tiranía franceses y contra la más remota de que sus privilegios peligraran.⁶⁵ Si la amenaza de revolución y dictadura militar no se hubiera desvanecido con la batalla de Waterloo, es sumamente improbable que Inglaterra hubiera reanudado en el siglo XIX aquellos pasos lentos y titubantes hacia la reforma política y social que había interrumpido a fines del XVIII. Que existieran regímenes aceptables en Europa y no se cerniera, por lo tanto, desde ésta ninguna amenaza era uno de los requisitos previos para la evolución democrática pacífica de Inglaterra.

Para comprender por qué la fase reaccionaria fue relativamente breve y por qué el movimiento hacia una sociedad más libre rebrotó durante el siglo XIX, es necesario llevar la atención más allá de las clases terratenientes. Estas habían alcanzado el cénit de su poder, económico y político a la vez, antes del cambio de siglo; su desenvolvimiento posterior combina defensa y concesiones, otorgadas tanto más fácilmente cuanto el proceso de erosión fue pausado y su base económica quedó firme. Las habituales metáforas mecánicas son aquí engañosas. Aunque los elementos urbanos capitalistas «subieron», las clases rurales

superiores no «cayeron» —al menos no por largo tiempo. Hacia el final de las guerras napoleónicas, los más modernos de aquéllos habían alcanzado ya considerable fuerza gracias a sus realizaciones económicas, las cuales, como subrayan los historiadores de nuestros días, tenían detrás una dilatada historia. Les había sido allanado el camino durante el liderazgo de las clases terratenientes. Los capitalistas ingleses del siglo XIX no tuvieron que apelar a nada parecido a Prusia y sus *Junker* para dar cima a la unidad nacional, romper las barreras internas al comercio, establecer un sistema legal uniforme, circulación monetaria moderna, y otros requisitos previos para la industrialización. Hacia ya mucho tiempo que se había racionalizado el orden político y creado un Estado moderno. Sólo con un mínimo de ayuda de ese Estado, lograron, en su calidad de primera burguesía plenamente capitalista, convertir gran parte del globo en área comercial propia. Pese a los perjuicios que le ocasionaron transitoriamente las guerras napoleónicas, el capitalismo industrial inglés consiguió extenderse, en general por medios pacíficos, y así absorber los recursos foráneos y convertir a Inglaterra, durante el siglo XIX, en el taller del mundo. Las otras tareas capitalistas, como el acrecentamiento de la disciplina obrera, los líderes industriales ingleses fueron también capaces de llevarlas a cabo por su propia cuenta, sólo con un mínimo de ayuda del Estado y de la aristocracia rural. Se vieron obligados a ello, por cuanto el aparato represivo del Estado inglés era relativamente débil a consecuencia de la Guerra Civil, con la prematura evolución de la monarquía que había traído, y de depender más de la armada que del ejército. En contrapartida, la ausencia de una monarquía fuerte apoyada en el ejército y la burocracia, como en Prusia, hizo más fácil el desarrollo de la democracia parlamentaria.

Mientras tanto la *gentry* terrateniente y los elementos situados más arriba que ella en la escala social tenían aún firmemente en sus manos las palancas del poder político. Nutrían los gabinetes, monopolizaban la representación de las zonas rurales, y aun se sentaban en el Parlamento como representantes de las ciudades. A nivel local, su influencia seguía siendo muy grande. Como ha indicado un historiador de nuestros días, la antigua clase dirigente controlaba todavía con firmeza el poder a mediados del siglo XIX. «El sistema político aún era, en considerable medida, el juguete de la nobleza y de la *gentry*, y en particular de los propietarios hereditarios de los grandes dominios.» «El núcleo de ese sistema no comprendía quizá más de mil doscientas personas.»⁶⁸

Por otro lado, no obstante, tales estratos rectores manejaban las palancas del poder dentro del contexto de enérgicos desafíos de otras clases. Poner tan sólo de relieve su posición privilegiada en el aparato político formal, e incluso en el informal, daría una

impresión engañosa de la potencia de la *gentry* y de la nobleza.⁶⁷ Aunque el *bill* de Reforma de 1832, que dio el voto a los capitalistas industriales, decepcionó las esperanzas y demostró infundados los temores de, respectivamente, los más ardientes abogados y los más acérrimos adversarios de aquélla, su aprobación no deja de significar que la burguesía había enseñado los dientes.⁶⁸ Lo mismo se puede decir de la derogación de las *Corn Laws* («leyes sobre cereales») en 1846. Las clases altas rurales no sufrieron ningún desastre, pero conocieron los límites de su poder.

Tampoco ante la agitación «cartista», durante la década 1838-1848, surgió una política de reacción muy dura, intransigente. Cierto es que el gobierno conservador, espoleado por la reina Victoria y el duque de Wellington, recurrió a las tropas, abrió correspondencia privada en busca de información y enjuició a algunos de los adalides de la conspiración —que el jurado trató con lenidad—, y asimismo que aprovechó la ocasión para desencadenar un ataque contra la prensa radical del momento. Pero los *whigs*, que ocuparon el poder al principio y al final de dicho período, fueron mucho más tolerantes. Lord John Russell, ministro del Interior, prohibió toda interferencia a los grandes mítines «cartistas» celebrados en otoño de 1838. Excepto en determinadas fases relativamente breves, el gobierno *whig* prestó muy poca atención a los «cartistas». Los papeles privados de Russell no contienen sino una referencia ocasional a su movimiento. La única efusión de sangre se dio cuando veintidós «cartistas» fueron muertos a tiros en un tumulto, episodio que tuvo lugar, irónicamente, pocos días después de que el fiscal de la corona de los *whigs* se enorgulleciera de que se había suprimido el movimiento «sin derramar ni una sola gota de sangre.»⁶⁹

Al desarrollar el movimiento «cartista» intentos armónicos de violencia, ponía a dura prueba los principios liberales. El trato relativamente suave que le dispensaron las clases dirigentes puede imputarse a tres factores. En primer lugar, a que entonces existía una fuerte corriente de opinión favorable a hacer algo para aliviar la miseria de las masas, a la vez que marcadamente adversa a recurrir a la fuerza. Esa corriente de opinión es atribuible, a su vez, a la experiencia histórica de Inglaterra, cuando menos a partir de la Revolución Puritana. Russell era un *whig* doctrinario consagrado al ideal de la libertad y ansioso de evitar todo atentado a la libre discusión de las cuestiones políticas.⁷⁰ Y, en tercer lugar, cabe que, al combinarse una legislación que tendía a mejorar la situación de los pobres con un giro favorable de la situación económica, el movimiento «cartista» perdiera gas antes de haber llegado a constituir una amenaza realmente seria.

La situación inglesa durante la primera mitad del siglo XIX,

y aun hasta bastante después, contrasta vivamente con la que se observa en Alemania, donde en aquel mismo período de tiempo (y también más tarde) una burguesía mucho más débil se apoyaba en la aristocracia rural para protegerse contra el descontento popular e imponer las medidas políticas y económicas necesarias para la modernización. En Inglaterra los intereses terratenientes se enzarzaron, hasta cierto punto, en una contienda de popularidad con la burguesía para ganarse el apoyo de las masas. Después de 1840 la clase de los propietarios rurales encontró en el sostenimiento de las leyes sobre las fábricas una forma adecuada de responder a los ataques de los industriales contra las *Corn Laws*, aunque convendría notar que hubo clarividentes partidarios de reducir la jornada laboral entre los mismos industriales.⁷¹

Así pues, el tema de la oposición acérrima al progreso de la democracia parlamentaria no constituyó sino una corriente rara y menor entre la aristocracia rural de Inglaterra en el siglo XIX.⁷² No es posible encontrar en la historia inglesa el equivalente de aquellos conservadores alemanes cuyos representantes parlamentarios se pusieron en pie para mostrar su encendido aplauso al desafío resonante de *Herrn* von Oldenburg auf Januschau: «El rey de Prusia y Káiser de Alemania debe estar siempre en condiciones de decir a cualquier teniente: «¡Tome diez hombres y fusile al Reichstag!»»⁷³

Una de las razones por que semejante escena parece incongruente con la Inglaterra del siglo XIX es que, a diferencia de los *Junker*, la *gentry* y la nobleza de Inglaterra no tenían gran necesidad de confiar en palancas políticas para apuntalar una posición económica tambaleante. Ni siquiera la abolición de las *Corn Laws* tuvo los efectos calamitosos pronosticados por algunos. Si acaso, las condiciones de la agricultura después de 1850 fueron más bien mejores que antes. Los precios seguían aumentando. La administración de las haciendas se acercaba cada vez más a la de las empresas capitalistas a medida que los encargados se esforzaban por sacar ventaja de los grandes progresos en técnicas agrícolas llevados a efecto en las décadas precedentes. Hubo ahí, claro está, considerables diferencias. En los sectores cimeros, confiar gran parte de la responsabilidad a un agente fue una costumbre bastante extendida. De esa manera el propietario ganaba tiempo libre para el deporte, la cultura y la política, al paso que el cometido del agente adquiría muchas de las cualidades de una profesión liberal. El gran señor rural, con todo, tomaba las decisiones principales o asumía la responsabilidad de ellas, y no dejaba para los agentes sino la rutina. Para la *gentry*, la alternativa más bien estaba entre una administración solícita por sí mismos o, por el contrario, confiarla a abogados de las ciudades, que a menudo ignoraban las peculiaridades rurales y que se hacían ricos —así pensaban algu-

nos de los miembros de aquella— a costa de la pobreza de los propietarios.⁷⁴ Partícipes del avance general de la era victoriana y dadas a adquirir de continuo caracteres burgueses y capitalistas, las clases altas rurales de Inglaterra tenían muchas menos razones que sus equivalentes continentales para oponerse al progreso del capitalismo y de la democracia.

En el siglo XIX, como ya antes, los límites entre la nobleza acaudalada y la *gentry*, por un lado, y los sectores más elevados del mundo de los negocios y de las profesiones liberales, por el otro, eran desdibujados e inciertos.⁷⁵ En numerosos casos individuales, resulta muy difícil determinar si una persona pertenece a una u otra de aquellas categorías. Esa dificultad, la desesperación de todos aquellos que emprenden un análisis estadístico de la estructura de las clases en Inglaterra, constituye en sí misma uno de los datos más importantes sobre tal estructura.⁷⁶

Cabe la posibilidad de que, cuantitativamente, la ósmosis entre mundo de los negocios y aristocracia rural en el siglo XIX no fuera muy distinta en Inglaterra y en Alemania. Hay incluso algunas exploraciones estadísticas que indican, cosa bastante sorprendente, que fue más intensa en Prusia. Un investigador afirma que ha logrado averiguar que, en una dilatada serie de años antes de 1918, la Cámara de Diputados prusiana incluía entre sus miembros algo más de un 78 por ciento, por término medio, procedentes de la burguesía (*Bürgertum*) y la nobleza nueva. En la diplomacia y la administración, por otro lado, auténticas claves del poder en Alemania, las proporciones de elementos no nobles eran, respectivamente, de un 38 y un 43 por ciento. Para Inglaterra, cierto estudio del Parlamento durante los años 1841-1847 halla tan sólo un 40 por ciento de miembros relacionados con el mundo de los negocios, mientras que el 60 por ciento restante no estaban unidos a él por ningún vínculo.⁷⁷ El manejo de tales datos plantea espinosos problemas técnicos; por ejemplo, si las cifras totales estadísticas de cada país son realmente comparables. ¿Es apropiado poner uno al lado de otro, el 40 por ciento del Parlamento inglés relacionado con el mundo de los negocios y el 78 por ciento de la Cámara de Diputados prusiana procedente del *Bürgertum*? Soy escéptico sobre el particular; creo, por el contrario, que ni siquiera si pudiéramos resolver los problemas técnicos habríamos avanzado demasiado.

Una medida cuantitativa, por sí misma, nos dice bien poco acerca de la anatomía social y el funcionamiento de las distintas partes de la sociedad. En la Prusia del siglo XIX, los miembros de la burguesía que se asociaron con la aristocracia abrazaron, por lo general, los hábitos y las actitudes de esta última. La relación entre ambas clases en Inglaterra tuvo un signo casi opuesto. Por lo tanto, aunque dispusiéramos de una medida

técnica perfecta que diera una lectura numérica idéntica de la cantidad total de fusión en Inglaterra y Prusia, caeríamos en un error catastrófico si dijéramos que los dos países se comportaron de modo parecido. Las estadísticas, cuando abstraen de la esencia de la situación el todo del contexto estructural en que la ósmosis social tuvo lugar, tienden un lazo al lector incauto. Vale la pena recalcarlo porque las estadísticas están ahora de moda. Los hombres que detentan el poder no necesariamente lo ejercen en interés, tan sólo, de la clase de que proceden, sobre todo en las situaciones de transición.

También en Inglaterra se dio cierta tendencia a la adopción de caracteres aristocráticos por la *élite* comercial e industrial. Todos los análisis de la Inglaterra anterior a 1914, y según y como incluso más allá de aquel hito, dan fuertemente la impresión de que el poseer acres de césped que allanar con el rodillo y una casa en el campo era indispensable para la preeminencia política y social. Sin embargo, a partir aproximadamente de la década de 1870, los dominios rurales dejaron, cada vez más, de ser los fundamentos del poder político para convertirse en meros símbolos de preeminencia social.

En parte porque el fin de la Guerra Civil Americana y el empleo del buque de vapor habían empezado a hacer asequibles en Europa los cereales norteamericanos, sobrevino entonces una depresión agrícola que pasó a erosionar seriamente la base económica de los estratos rurales superiores.⁷⁸ Más o menos lo mismo sucedió en Alemania, y será de nuevo instructivo contemplar a Inglaterra sobre el fondo de aquélla. Allí los *Junker* pudieron servirse del Estado en sus esfuerzos para preservar su posición y, asimismo, para formar un frente agrícola unido con los campesinos propietarios del resto de Alemania. En ningún momento atravesó Alemania por una experiencia comparable a la abolición de las *Corn Laws*. En vez de ello, los sectores principales de la industria forjaron el matrimonio del hierro y el centeno (plenamente consumado por el arancel de 1902), del que sacaron, como su parte en el negocio, un programa de construcción naval. La coalición entre los intereses de los *Junker*, del campo y de la industria en torno de un programa de imperialismo y reacción tuvo, en conjunto, resultados desastrosos para la democracia alemana. En la Inglaterra del siglo XIX, tal amalgama, no se produjo. Los programas políticos imperialistas tenían ya en Inglaterra mucha historia detrás. Eran una alternativa, quizás incluso un apéndice de los programas librecambistas, más que un fenómeno social completamente nuevo que surgiera del capitalismo avanzado.⁷⁹ Ante los problemas agrícolas, los gobiernos conservadores de 1874-1879 no tomaron sino tímidas medidas paliativas; los liberales, de 1880 en adelante, o dejaron que las cosas siguieran su curso o atacaron activamente los intereses agrarios.⁸⁰ La norma fue dejar que la agricultura

se las apañara por sí misma, es decir, se suicidara de una manera decorosa confortada por algunas lágrimas retóricas. Difícilmente se la hubiera abandonado así a su suerte sin la circunstancia de que a la sazón hacía ya tiempo que los estratos superiores de Inglaterra no eran ya agrarios. El centro de la actividad económica había pasado a la industria y al comercio Disraeli y sus sucesores demostraron que, con alguna que otra reforma, se podía mantener y sostener una base popular para el conservadurismo dentro de un contexto democrático. Iban a sobrevenir aún conflictos, como cuando Lloyd George cargó la mano sobre la nobleza terrateniente en su presupuesto de 1909 y ello provocó una crisis constitucional. Pero por entonces, pese al furor de los sectores afectados, el problema agrario y la cuestión del poder de la aristocracia rural habían quedado en segundo término para ceder el paso a nuevas cuestiones, en especial cómo incorporar el obrero al consenso democrático.

Si echamos una mirada retrospectiva al conjunto del siglo XIX, ¿qué factores se destacan como responsables del progreso de Inglaterra hacia la democracia? Los herederos de un pasado violento han sido ya mencionados: un Parlamento relativamente fuerte e independiente, influencia del comercio y la industria, con su propia base económica, ningún problema campesino serio. Otros factores son específicos del siglo XIX. Gobernando dentro del contexto de un capitalismo industrial en rápido desarrollo, las clases rurales superiores integraron a los nuevos elementos en sus filas a la vez que competían con ellos en busca del apoyo popular —o, por lo menos, evitaron un descalabro con concesiones oportunas. Tal política era necesaria por no existir un aparato de represión eficaz. Era, además, posible, por cuanto la posición económica de las clases dirigentes se desgastó lentamente y de una manera que les permitió pasar de una base económica a otra con sólo un mínimo de dificultades. Por último, tales orientaciones tan necesarias como posibles se materializaron gracias a que líderes prestigiosos vieron y manipularon los problemas hartos correctamente y a tiempo. No hay ninguna necesidad de negar la significación histórica de los hombres de Estado moderados e inteligentes. Es preciso, sin embargo, atender a la situación dentro de la que se movieron, una situación creada en gran medida por hombres que habían sido también inteligentes, pero muy poco moderados.

II. Evolución y revolución en Francia

1. CONTRASTES CON INGLATERRA Y CAUSAS QUE LOS ORIGINARON

Entre los factores decisivos en el desarrollo de la democracia en Inglaterra figuraron, como hemos visto, la independencia de la *gentry* y la nobleza rurales respecto a la corona, su adopción de la agricultura comercial, en parte como respuesta al ascenso de una clase mercantil y manufacturera con sólida base económica propia, y la desaparición del problema campesino. La sociedad francesa entró en el mundo moderno por un camino muy distinto. En vez de abrirse paso a brazo partido hacia un alto grado de independencia, la nobleza francesa, o más específicamente su sector cimero, se convirtió en una escolta decorativa del rey. Pese a la inversión de esa tendencia en la segunda mitad del siglo XVIII, la consecuencia final fue la destrucción de la aristocracia. En vez de una clase alta rural que recurriera a la agricultura comercial a la manera inglesa, en la Francia de la monarquía borbónica encontramos primordialmente una nobleza que vivía de lo que podía sacar de las obligaciones que gravitaban sobre los campesinos. En lugar de la destrucción de la propiedad campesina, observamos su consolidación gradual, lo mismo antes que después de la Revolución. El comercio y la fabricación franceses marcharon rezagados con respecto a Inglaterra. Desde el siglo XVI hasta el XVIII inclusive, las principales variables estructurales y tendencias históricas que caracterizaron a la sociedad francesa del *ancien régime* difirieron en gran manera de las de Inglaterra. Cómo y por qué hubo cierta semejanza en el resultado político final durante los siglos XIX y XX constituye, junto con algunas de las diferencias importantes, el enigma central que voy a tratar de descifrar en este capítulo. Toda vez que sin la Revolución es muy improbable que se hubiera llegado a ninguna semejanza, aquel gran acontecimiento será el tema central de mi análisis.

En comparación con su equivalente en Inglaterra durante el siglo XVIII, la nobleza francesa vivía en gran parte de los derechos percibidos en especie o en metálico de sus campesinos. Los orígenes de tal diferencia arrancan de suficientemente atrás en las nieblas de la primitiva historia francesa para hacer desaconsejable que un aficionado trate de mirárselos muy de cerca, sobre todo desde el momento que el gran historiador francés

El siguiente material
se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

Marc Bloch prefirió levantar las manos de la empresa antes que apuntar una explicación. Me limitaré, pues, a decir que, aproximadamente a fines del siglo XIV y durante el siglo XV, habían empezado ya a aparecer muchos de los rasgos fundamentales. Ante todo que el señor consagraba relativamente poca atención al cultivo de su dominio estricto, más bien poco extenso, y que parece habersele encogido aún al ir cediendo fracciones de él en pequeñas parcelas a los campesinos a cambio de una parte de la cosecha. De ser posible, el señor prefería arrendar su tierra en bloque y, en muchos casos, en condiciones que indican que esperaba recobrarla en el futuro. Pero ello no siempre era posible. El noble se encontraba a menudo muy lejos guerreando y, por otro lado, era difícil hallar mano de obra para trabajar la tierra. La mejor solución, al menos para muchos, parece haber sido descargarse lo más posible de las responsabilidades del cultivo en renteros que llevaran grandes unidades o, con mayor frecuencia, directamente en el campesino.¹ Algún tiempo antes la nobleza francesa había empezado a adquirir un régimen jurídico más preciso mediante reglas estrictamente definidas en términos de ley.²

Esos dos rasgos de un régimen legal más definido —aunque lejos de estar tan claro como el agua— y de dependencia de los tributos campesinos iban a diferenciar la nobleza francesa de la *gentry* inglesa para el resto de sus días. Ya en fecha bastante temprana, el campesino francés había conseguido escapar de la servidumbre personal, sobre todo aprovechándose de la demanda de mano de obra en el campo, que aumentó cuando el desarrollo de las ciudades ofreció la posibilidad de ganarse la vida de otra manera. Por los tiempos de la Revolución, los campesinos estaban cerca de poseer derechos de propiedad *de facto*.³

Debajo de esa continuidad, hubo también importantes elementos de cambio. El sistema de grandes posesiones territoriales trabajadas por siervos, como acabamos de ver, empezó a sufrir modificaciones no más tarde de la segunda mitad del siglo XIV. Al final de la Edad Media y durante los comienzos de la era moderna, en especial quizás en el curso del siglo XVI, cuando un aumento en la afluencia de oro y plata parece haber hecho subir los precios, hay indicios de cierta crisis en los ingresos señoriales. Amplios sectores de la nobleza militar, la *noblesse d'épée*, resultaron duramente afectados. Ello debió de hacer más fácil para los reyes y sus talentosos ministros extender la autoridad real, proceso que culminaría en el largo reinado de Luis XIV (1643-1715). La nobleza, por supuesto, no aceptó su suerte pasivamente. Frente a la catástrofe, muchos nobles intentaron volver grupas, dejar de ser *rentiers* y reconstituir, bajo su propio control, los dominios.⁴ Pero, por lo general, les faltaba para ello la base económica, como la producción lanera que hizo posible semejante política en Inglaterra.

Los miembros de la burguesía que habían hecho dinero en las ciudades y empezado a adquirir tierras de los nobles en apuros tuvieron algo más de éxito. El proceso se inició en el siglo XV y prosiguió hasta el final del siglo XVIII. Gracias a esa afluencia de caudales, se produjo cierta reconstitución de los dominios rurales, con lo cual se creó en algunas partes de Francia una nueva situación que presentaba semejanzas con la de Inglaterra, por cuanto los nuevos propietarios vivían en sus haciendas y las administraban pensando en los beneficios. Pero la afinidad es superficial. En la Francia del siglo XVII, e incluso con posterioridad, los beneficios no procedían de la venta de productos en el mercado, sino de percibir rentas de los campesinos. Como observó Bloch, la fortuna que pudiera producir una gran hacienda procedía de percibir una serie de pequeñas tributos, algunos de ellos en especies, de una serie de pequeñas unidades. Aunque en ocasiones se delegara la responsabilidad en un intermediario, las mejores perspectivas de éxito dimanaban de una administración cuidadosa, detallada y más bien pleitista.⁵

Era una situación ideal para los abogados, y en más de un aspecto. Los cada vez más extendidos tentáculos de la burocracia real necesitaba abogados en su pugna con la nobleza vieja. Y los burgueses ricos que adquirían tierras escalaban círculos sociales más altos o por serles concedida nobleza o por compra de un puesto burocrático (*office* o *charge*).⁶ Aunque la *noblesse de robe* fuera a menudo enojosa para el rey —sólo Luis XIV supo tratarla a su tiempo con deliberado desdén—, proporcionó uno de los principales instrumentos al absolutismo en su pugna con las tendencias localistas y con la nobleza militar. Dadas las pingües ganancias que se solían alcanzar en la burocracia real, especialmente en el siglo XVIII al aflojarse el control del rey, es probable que sus atractivos sirvieran para menoscabar cualquier tendencia a dirigir las haciendas según los criterios ingleses.

En todo caso, el «retorno» al gran dominio constituyó un fenómeno relativamente limitado. No fue, ni de lejos, tan común en Francia como en Inglaterra o en el Este de Alemania. Grandes sectores del país siguieron en manos de los campesinos. Así pues el sistema, en conjunto, se caracterizó por la coexistencia de grandes y pequeñas unidades.⁷ Francia no experimentó un vasto movimiento cercador. En líneas generales, el gran propietario tenía interés en preservar las tenencias campesinas, desde el momento que le proporcionaban la base de su propia existencia.⁸ Sólo en la segunda mitad del siglo XVIII empezó la situación a cambiar.

La decadencia de la *noblesse d'épée* formaba parte del mismo proceso por el que el rey consolidaba y extendía su autoridad. En el curso del siglo XVI, y en los siglos subsiguientes, el rey desposeyó a los nobles de muchas de sus funciones judiciales, reclutó soldados y colectó contribuciones en sus tierras, intervi-

no con frecuencia en sus asuntos, y les forzó a someterse a sus parlamentos.⁹ En los tiempos de Luis XIV, la nobleza parecía haber quedado reducida a un papel de fastuosa indolencia en Versalles o bien al de vegetar plácidamente en las provincias. Esa impresión, sin embargo, es algo engañosa. Es cierto que el Rey Sol la hizo en extremo inofensiva. Pero debió pagar ciertas costas que sólo en parte resultaban ventajosas para la corona. Pudo conseguir para muchos de los miembros de aquella buenos puestos en la Iglesia, que reportaban enormes ingresos, entonces mucho mayores incluso que los del Estado. A cambio de esa colaboración de la Iglesia haciéndose cargo de un sector de la nobleza, el rey protegió a la Iglesia contra la herejía.¹⁰ Una de las consecuencias fue la revocación del Edicto de Nantes. En segundo lugar, la corona debió pagar con la guerra. Si bien Luis XIV barrió a la nobleza del centro del gobierno, dejó en sus manos tanto el ejército como la Iglesia.¹¹ La guerra perpetua constituía el perpetuo tema de conversación entre la nobleza cortesana, y ayudaba a crear una atmósfera de lealtad al rey.¹²

En Versalles, el sistema de vida que compellía al consumo ostentativo arruinó a muchos nobles. La encuesta de Colbert, llevada a cabo a través de los intendentes, reveló asimismo en las provincias una pobreza muy extendida.¹³ De ahí que sea tentador establecer una conexión entre el absolutismo real y el no afianzamiento de la agricultura comercial como factores que se afirmaron uno a otro durante un largo periodo de tiempo. Hasta hace bastante poco, la contraposición por los historiadores de una aristocracia brillante y parasítica en París al noble rural que se desmoronaba orgullosamente en el campo en medio de una agricultura estancada tendía a explicar así el trasfondo de la Revolución y la desaparición de la aristocracia por violencia revolucionaria. El trabajo de investigación del erudito norteamericano Robert Forster, publicado desde 1960, ha modificado en gran manera esa imagen familiar. Al ponernos en condiciones de determinar más precisamente las diferencias estructurales entre la modernización del campo inglés y la del francés, ha hecho una contribución de sumo valor para comprender el trasfondo y las consecuencias de la Revolución. Como el papel de la agricultura comercial es básico para el eje de la argumentación del presente libro, será oportuno hacer una pausa para examinar la situación de cerca.

2. LA RESPUESTA NOBILIARIA A LA AGRICULTURA COMERCIAL

En lo que concierne a las últimas décadas del siglo xvii y la primera del siglo xviii, hay pocos motivos para dudar de la tesis

Forster no queda el momento

de que el impulso hacia la agricultura comercial fue débil comparado con el que se dio en Inglaterra, y no sólo entre la nobleza, sino en Francia en conjunto. Al igual que en Inglaterra, el problema agrícola clave era el de abastecer de grano a las clases que comían pan pero no cultivaban trigo. La producción de cereales presentaba un cuadro global de estancamiento roto por cierto impulso hacia la producción para el mercado en los alrededores de las grandes ciudades. En tales áreas, los máximos beneficiarios parecen haber sido los campesinos más ricos, con preferencia a la aristocracia rural. Generalmente no se extendían más allá de las vecindades de unas pocas grandes ciudades y de ciertos depósitos para la exportación en las fronteras. Sólo París formó un *hinterland* notable. La mayor parte del territorio sacaba sus provisiones de áreas inmediatas.¹⁴

La concepción general que se tenía del problema del grano consistía en regular un abastecimiento limitado obtenido de un área limitada. La succión de las contadas grandes ciudades se sentía sobre todo en tiempos de escasez, y entonces como un factor disruptivo.¹⁵ En las últimas décadas del siglo xvii y a principios del siglo xviii, los mercaderes y sus agentes en algunas localidades, en especial las cercanas a París, adoptaron la práctica de recorrer el campo para comprar cualquier excedente que pudieran hallar. Tal práctica despertó grandes rencores por representar un trastorno de las fuentes locales de abastecimiento; se extendió en oposición a la costumbre reinante y, asimismo, a la legislación.¹⁶ Aunque los propietarios de dominios ricos podían recibir grano en concepto de derechos feudales y disponer de él a través de comisionistas en las ciudades, era práctica muy común comprar grano de los campesinos más pudientes, claro indicio de que éstos competían con éxito con los nobles por un mercado limitado.¹⁷ Si acaso existieron en Francia, en las décadas finales del siglo xvii y en la primera del xviii, terratenientes emprendedores que acercaran un plano a otro a la manera inglesa, han pasado inadvertidos a los historiadores. Posiblemente hubo unos cuantos. Pero es sumamente improbable que tuvieran la menor importancia. Durante el siglo xviii, al subir de punto los alicientes del comercio, los nobles franceses respondieron de un modo enteramente distinto.

Si sólo se considerara el tráfico del grano, se correría el riesgo de dar una impresión muy engañosa. El vino fue un producto comercial, y de enorme importancia. De hecho el vino fue para la agricultura francesa, quizás incluso para el conjunto de la sociedad francesa, lo que la lana para la agricultura y la sociedad inglesas en los siglos xvi y xvii. Un estudioso amante de las estadísticas ha calculado que, durante los últimos tiempos del *ancien régime*, en un año ordinario, Francia producía vino suficiente —unos treinta millones de hectolitros— para proporcionar cargamento a la totalidad de la flota mercante británica

de entonces.¹⁹ Era tan imposible para un francés beber todo el vino que podía producir como para un inglés llevar toda la lana de las ovejas que podía criar. De ahí que el cultivar la vid y el criar ovejas significaran igualmente ser empujado hacia el mercado, pasar a depender de los derechos de reyes y cancilleres y tratar de influir en ellos, hallar métodos eficaces y congeniar con los libros de cuentas más que con el *beau geste*, la espada, la *largesse* y otras actitudes aristocráticas. Pero las similitudes no van más allá, no afectan a lo que realmente importa.

Las consecuencias económicas y políticas de la viticultura y la cría de ovejas son muy distintas. En lo que parece haber sido un arranque de entusiasmo galo, combinado con la manía estadística norteamericana, el eminente historiador económico francés C. E. Labrousse se ha esforzado por demostrar con copiosas estadísticas que una prolongada depresión en la economía del vino constituyó un factor decisivo para el atraso de la economía francesa en general y el estallido de la Revolución. Los resultados, a mi entender, son más aplastantes que convincentes. El nexo con el atraso industrial no queda demostrado. Los dos ingentes estudios de Labrousse, tan sólo una pequeña parte de la totalidad de la empresa tal y como había sido planeada originalmente, se limitan casi por entero a aspectos agrícolas. Aunque sea agradable ver en el consumo de vino una cura, cuando menos potencial, del atraso económico, algunos hechos aducidos por el mismo autor indican que, para la Francia del siglo XVIII, tal perspectiva era poco realista. Las nueve décimas partes del vino producido, estima Labrousse, se consumían en la propia Francia. El cultivo de la vid estaba difundido por toda Francia: de las treinta y dos *généralités* o divisiones fiscales del *ancien régime*, sólo tres situadas en el Norte y en el Noroeste no eran zonas productoras de vino.¹⁰ Malos transportes, cultivo de la vid extendido por todo el país, la mayor parte del vino bebida en la propia Francia; todos esos hechos inducen a concluir que la mayor parte del vino era *vin ordinaire*, probablemente bastante más detestable que el de hoy en día, y no un producto de lujo que posibilitara ganar fortunas y sostener la economía.

Los vinos que proporcionaban un buen rendimiento comercial parecen haber sido producidos en las mismas áreas limitadas de Francia que ahora. La favorable circunstancia de su proximidad al transporte marítimo debió de conferir una enorme ventaja al puerto de Burdeos durante el siglo XVIII. El vino deparó la base económica para el auge, durante el siglo XVIII, de una nobleza provinciana muy próspera y fuertemente orientada hacia el comercio en Burdeos y sus cercanías. Las uvas se transportaban en oro, y el oro en formas muy atractivas de cultura que iban desde las bailarinas hasta el *Esprit des Lois* de Montesquieu.

(Ese destacado filósofo fue ocasionalmente para la industria vinícola lo que los modernos llamarían un «cabildero».)²⁰ De suyo, sin embargo, los beneficios vinícolas se acaban ahí, como parece que sucedió en Burdeos. La viticultura no puede formar la base de una industria textil como la ganadería lanar. Tampoco puede proveer de alimento a la población urbana como el cultivo de trigo. En todo caso, el impulso para el cambio proviene de las ciudades, no del campo. Lo que acontece en el campo resulta importante primordialmente por los cambios sociales, en la medida que puedan o no extenderse a la generalidad de los que siguen constituyendo la mayoría aplastante de la población durante los primeros estadios del desarrollo industrial.

La viticultura no produjo en Francia cambios entre el campesinado de la naturaleza de los que la agricultura comercial trajo consigo en Inglaterra, tales como cercamientos masivos. Aquella, en particular antes de los fertilizantes artificiales, era lo que los economistas llaman una variedad de agricultura intensiva de mano de obra: requería grandes cantidades de mano de obra campesina bastante especializada y, en cambio, cantidades relativamente pequeñas de capital en forma de tierra o de bienes de equipo. La situación inglesa, a grandes rasgos, se caracterizaba por todo lo contrario. Ahora bien: la sociedad rural francesa del siglo XVIII estaba constituida de tal modo, que pudo enfrentarse con los problemas de la agricultura intensiva de mano de obra bastante satisfactoriamente —si no desde el punto de vista del campesinado, por lo menos desde el de la aristocracia. Como hay, cosa extraña, escasa diferencia entre los reajustes sociales de un área de gran desarrollo vitícola y los de las áreas cerealeras donde habían penetrado y adquirido fuerza influencias comerciales, podemos pasar aquí por alto los detalles. La distinción esencial es bien simple: el aristócrata francés retenía al campesino en la tierra y utilizaba los resortes feudales para extraer de él mayor cantidad de productos. Después el noble vendía esos productos en el mercado. En el caso del vino, sus privilegios legales eran especialmente útiles, puesto que mediante ellos podía hacer mucho para impedir que los campesinos llevaran vino a Burdeos en competencia con el de los *châteaux* nobles. Careciendo del privilegio de llevar vino a la ciudad, y asimismo de los recursos necesarios para aplazar su venta hasta el momento más favorable, los productores más modestos se veían obligados a vender su vino al terrateniente noble.²¹

En el Burdeos del siglo XVIII, sólo encontramos fortunas de grandes dimensiones basadas en el vino entre la *noblesse de robe*, la nobleza judicial, cuyos orígenes eran principalmente burgueses, aunque en el siglo XVIII, para muchas familias *de robe* de toda Francia, el origen burgués podía ser algo que pertenecía a un pasado remoto. La rancia nobleza militar, la *noblesse d'épée*,

no era ni rica ni ilustre. Y sus miembros parecen haber constituido la aplastante mayoría de las cuatrocientas y pico familias nobles de la región de Burdeos. Sólo unas pocas brillaban en la alta sociedad de Burdeos. La mayor parte vivían en o cerca de soñolientas parroquias, a menudo en *chateaux* celados por álamos o perdidos en las aldeas. Dominios trigueros de alrededor de cien acres y pensiones reales de algunos centenares de *livres* proporcionaban la base de una existencia que no era ni austera ni opulenta, sino en extremo provinciana. Los señores de parroquias, muchos de ellos oficiales del ejército retirados, tenían ingresos no superiores a tres mil *livres* por año, casi de indigencia comparados con los ordinarios de un noble acomodado, con viñedos en que sustentar su prosperidad.²² Por lo menos en aquella zona, el contraste entre la vieja nobleza militar y la más reciente *noblesse de robe* era impresionante. Y debía de haber por toda Francia muchos nobles que se asemejaban a tales señores de parroquias. Muy probablemente los nobles no emprendedores eran una mayoría —sospecho que una mayoría aplastante—, aunque todavía no se poseen datos que remachen esa conjetura. Al notar semejante contraste, a un sociólogo de nuestros días le vienen a la mente de modo casi automático ciertas cuestiones. ¿Había alguna suerte de barreras legales y culturales que impidieran a la *noblesse d'épée* practicar con éxito el comercio? ¿Qué importancia tenían esas barreras?, o sea: ¿hasta qué punto explican las características económicas y políticas de la nobleza francesa y el hecho de que la arrollara una gran revolución?

Un cúmulo de constataciones me induce a contestar con una negativa muy firme al último interrogante y a argüir que es un planteamiento falso para comprender la conexión entre cambios económicos y políticos. Tanto Marx como Weber, en algunos de esos puntos, han llevado por mal camino a sus seguidores —en particular a aquellos que pretenden ser lo más estrictamente científicos posible—, por inestimable que haya sido su contribución en otros aspectos. Pero consideremos primero las constataciones.

Existían, ciertamente, obstáculos culturales y legales que resultaban del prejuicio aristocrático contra el comercio y de la ley de *dérogeance*, a saber que todo noble que se dedicaba a una ocupación degradante perdía su estado noble. La legislación sobre *dérogeance* apuntaba con preferencia al comercio urbano y a la industria. Pretendía trazar una divisoria entre actividades a gran escala tales como la venta al por mayor y el comercio internacional, que la monarquía fomentaba activamente, a veces enfrentándose a las objeciones del Tercer Estado, y actividades menores como explotar una tienda de venta al detalle, que eran las que estaban prohibidas a la nobleza. En la agricultura, existía una ley categórica renovada en 1661 contra el que un

noble explotase por sí mismo sus tierras, salvo una pequeña extensión, cuatro *charrues*, o sea cuatro veces el área que podía labrarse con un solo arado.²³ La principal fuerza que mantenía dichas leyes, así como la opinión pública que las respaldaba, era la monarquía. Sin embargo, incluso bajo Luis XIV, su política en ese terreno resultaba ambivalente y confusa. La monarquía quería una nobleza próspera como apéndice decorativo de la corona y, asimismo, como auxiliar para retener a las gentes en sus sitios, y se mostraba afligida en las frecuentes ocasiones en que tropezaba con la evidencia de pobreza entre los nobles. Pero la corona no quería que la nobleza se creara una base económica independiente que le permitiera desafiar el poder real.

El prejuicio contra la pretensión de ganar dinero dedicándose a la agricultura probablemente pesaba mucho sobre la nobleza más alta, incluso sobre los nobles sujetos de modo menos directo a las costumbres de la vida cortesana. Una vida de hidalga indolencia y de intriga en Versalles sería sin duda mucho más apasionante que cuidar de vacas y de campesinos y enseñaría a encontrar molesto el tufo del estiércol en las botas. Por otro lado, un buen número de aristócratas eludían las leyes amasando sus fortunas en las Indias Occidentales, donde a menudo trabajaban hacha en mano y a la cabeza de cuadrillas de negros de su propiedad. Después volvían a Versalles o a París para participar en la vida cortesana. En otras palabras: dedicarse a una agricultura comercial lucrativa implicaba para el alto aristócrata un abandono temporal de la alta sociedad francesa.²⁴ En el primer cuarto del siglo XVIII, el prejuicio general contra las ocupaciones humildes parece que fue bastante fuerte: Carré cita algunos testimonios sacados de cartas coetáneas, entre ellos el caso de un duque que abrió una especiería, con lo cual se granjeó la inquina del gremio especiero. Cuando el asunto se hizo público, los mozuelos le perseguían por la calle gritando: «*Il a chié au lit.*»²⁵ Dentro del mismo siglo XVIII, se manifestó más tarde una vigorosa corriente de opinión en sentido contrario, favorable a que la aristocracia desarrollara actividades comerciales. Inglaterra y todo lo inglés, incluyendo las prácticas agrícolas, se pusieron muy de moda en los altos círculos y, por breve tiempo, ejercieron alguna influencia en el plano político. Tuvo lugar una enconada guerra de panfletos en torno a la conveniencia del comercio para la nobleza. Con el correr de los años, la elusión de las leyes se extendió más y más. Muchos aristócratas estaban envueltos en empresas comerciales, cuya presencia en ellas disimulaban con ficciones y testamentos.²⁶

Todos esos hechos indican que, durante el siglo XVIII, las barreras culturales y legales fueron volviéndose mucho menos importantes. Para el noble de provincias, el que nos interesa aquí de modo primordial, eran en gran parte letra muerta. Como se-

ñalaba un panfleto coetáneo, cuando el noble rural había vendido su trigo, vino, ganado o lana, nadie le acusaba de *dérogance*.²⁷ Cuando se le presentaba la oportunidad, quizá debería decirse la tentación, de proceder así, la nobleza de espada no demostraba ninguna repugnancia por ganar dinero comerciando. En el caso de las cercanías de Tolosa, región donde podían conseguirse buenas ganancias con el trigo, los hábitos y costumbres de la más antigua nobleza se hicieron por entero utilitarios e indistinguibles de los de la semiburguesa nobleza de toga.²⁸ Refiriéndose a la nobleza de provincias en general, Forster ha explicado la siguiente tesis:

«Lejos de ser un holgazán, lerdo y empobrecido *hobereau*, el noble provinciano era igualmente capaz de ser un propietario rural activo, sagaz y próspero. Esos adjetivos pretenden sugerir algo más que una cartera abultada. Implican una actitud respecto a la fortuna familiar caracterizada por la austeridad, la disciplina y la administración estricta habitualmente implicadas en el término "burgués".»²⁹

De ahí se desprende con meridiana claridad que la legislación y el prejuicio arriba referidos no obstaculizaron por sí mismos de modo significativo que los puntos de vista y comportamientos comerciales se extendieran entre la aristocracia rural francesa. Pero no es éste el lugar de perquirir una explicación, cualquiera que sea, del supuesto atraso de la agricultura francesa con respecto a la inglesa.

¿Es que estaba tan atrasada como eso? ¿Hasta qué punto era representativo el tipo de noble cuyo bosquejo por Forster acabamos de citar? Por ahora la respuesta a interrogantes de ese orden no puede ser sino sumamente provisional. Si fuera posible establecer algún índice del grado de penetración comercial en la agricultura y situar las diferencias en un mapa de la Francia de fines del siglo XVIII, nos encontraríamos sin duda con ámbitos considerables donde algo que podría llamarse espíritu de capitalismo agrario era muy fuerte. La ejecución de semejante tarea, sin embargo, sería muy laboriosa y, desde el ángulo de las cuestiones planteadas, no serviría para mucho. Las estadísticas no resolverán por sí solas el problema, que es ante todo de naturaleza cualitativa.

También ahí está en debate mucho más que la mera emergencia de una nueva actitud psicológica y sus posibles causas. Los que siguen a Weber, en especial aquellos que hablan en términos de cierta abstracta energía hacia la realización, negligente la importancia del contexto social y político en que los cambios se manifiestan. El problema no se reduce a saber si los nobles rurales franceses trataron o no de organizar sus dominios para el rendimiento y de vender sus productos en el

mercado. Ni tampoco consiste simplemente en echar cuentas sobre cuántos nobles adoptaron tal actitud. La cuestión clave estriba en aclarar si, haciéndolo, alteraban o no la estructura de la sociedad rural de modo parecido a lo que tuvo lugar en aquellas partes de Inglaterra donde fue más fuerte el movimiento de *enclosure*. La respuesta es negativa. Los nobles que representaban la punta de lanza del avance comercial en el campo francés trataban de sacar más de los campesinos.

Por fortuna Forster nos ha obsequiado con un detallado estudio de la nobleza en una parte de Francia, la diócesis de Tolosa, donde el impulso comercial fue vigoroso y donde el cultivo de granos para el mercado fue una ocupación noble por excelencia. El cuadro que traza permite poner los dedos con bastante precisión en las similitudes y diferencias entre la *gentry* reformadora de Inglaterra y su equivalente en Francia, no menos atenta a la economía.

En la Francia meridional, y quizá también en otras partes de Francia más ampliamente de lo que se ha reconocido, el incentivo a cultivar granos para el mercado fue bastante poderoso. La población se desarrolló muy de prisa tanto en la totalidad del reino como en aquella zona, donde aumentaron asimismo los precios de los cereales. Ciertas presiones políticas locales habían ocasionado grandes mejoras en el transporte, gracias a lo cual resultó posible vender el grano a considerable distancia de Tolosa y en cantidades notables para el siglo XVIII. En todos esos aspectos, la situación era bastante similar a la de Inglaterra. Como ya hemos indicado, los nobles de Tolosa, lo mismo los *d'épée* que los *de robe*, se adaptaron a las circunstancias que ellos mismos habían contribuido a crear con idéntico éxito que los «audaces» señores rurales de Inglaterra.³⁰ Quizá los nobles de Tolosa obtenían un porcentaje mayor de sus ingresos en forma de *rentes*. Dado que muchas de éstas eran *rentes* sobre los dominios del Languedoc, región primordialmente agrícola y de burguesía débil y atrasada, la mayor parte del dinero que aflúa a sus bolsillos se basaba aún en el trigo.³¹

Por otro lado, el modo de practicar la nobleza tolosana la agricultura para el mercado fue por entero distinto del de la *gentry* inglesa. Dejando aparte la introducción del maíz durante el siglo XVI como cultivo forrajero para los animales, que incrementó grandemente la cantidad de trigo que era posible llevar al mercado, no hubo innovaciones técnicas importantes. La agricultura se mantuvo, fundamentalmente, dentro del mismo sistema técnico y social de la Edad Media. Tal vez contribuyeran a impedir la transformación factores geográficos, diferencias en el suelo y el clima,³² pero sospecho que los factores políticos y sociales fueron más importantes. A grandes rasgos, lo que aconteció puede expresarse de modo muy sencillo: los nobles utilizaron el sistema social y político existente para arrancar más

grano de los campesinos y venderlo. Si los nobles no hubieran sido capaces de proceder así, venciendo la repugnancia de los campesinos a ceder su grano, las masas ciudadanas no habrían tenido nada que comer.³³

De modo parecido a lo que tuvo lugar más de un siglo después en algunas partes de la China y el Japón, los campesinos siguieron usufructuando el suelo, pero bajo una serie de obligaciones que permitían a los nobles, convertidos de hecho en propietarios rurales con mentalidad comercial, absorber gran parte de la cosecha. Aquí está la principal diferencia con la situación inglesa. Los nobles tolosanos, diversamente a los de otras muchas partes de Francia, poseían por sí mismos casi la mitad de sus señoríos y sacaban el grueso de sus ingresos estrictamente agrícolas de tales tierras. Pero también éstas estaban divididas en una serie de pequeñas parcelas, donde seguían viviendo campesinos.³⁴ Algunos de ellos, conocidos como *maître valets*, recibían una choza, bueyes, unos pocos útiles rudimentarios y un salario anual en grano y en dinero. La cosecha entera de cereales pasaba a los graneros del señor. A un observador falto de sentido crítico, el *maître valet* con su choza podía parecerle un campesino, por cuanto cultivaba su pequeña granja con la ayuda de su familia. Tal vez él mismo se sintiera un campesino: Forster nos dice que tenía cierto prestigio porque a menudo su familia llevaba generaciones cultivando la hacienda del señor. En estrictos términos económicos, no obstante, era un trabajador asalariado.³⁵ Otros campesinos cultivaban la tierra del señor como aparceros. En teoría, señor y arrendatario se repartían la cosecha a partes iguales; pero, en la práctica, el contrato fue cada vez más favorable al señor, en especial porque la manipulación de los derechos señoriales le permitió hacerse con la parte del león en lo tocante al ganado, el principal capital agrario de aquella región. También favoreció al señor el crecimiento de la población, al aumentar la competencia para llevar sus tierras.³⁶

En la práctica, asimismo, la diferencia entre *maître valet* y aparcerero era escasa. La unidad básica de producción era la *métairie*, una granja de treinta y cinco a setenta acres, cultivada por una sola familia campesina ya como asalariados ya como aparceros. En el caso de los nobles más hacendados, la unidad de propiedad podía ser mayor y contener varias *métairies*. Una aplastante mayoría de los dominios nobles se administraban de ese modo. El arrendar la tierra a un gran explotador por rentas en dinero, la práctica inglesa, existía también en aquella región, pero era raro.³⁷

Semejante sistema de tener a los campesinos en la tierra como mano de obra encontraba apoyo en instituciones legales y políticas heredadas del feudalismo, pero esos derechos eran de importancia menor como fuente de ingresos en la diócesis de

Tolosa. Con todo, el derecho de justicia señorial, por ejemplo, deparaba un buen instrumento para forzar a los llevadores negligentes a pagar los atrasos y formaba parte de la serie de sanciones políticas que permitían a la nobleza ganarse su superávit económico.³⁸ En breve los campesinos iban a hallar aliados que les capacitarían para asaltar tales murallas políticas y desarmar así a la nobleza.

Al contrario que en Inglaterra, las influencias comerciales, al penetrar en el campo francés, no minaron ni destruyeron la organización feudal. A lo sumo infundieron nueva vida a los viejos ajustes, aunque de una manera que a la larga tendría desastrosas consecuencias para la nobleza. Tal es la lección que se puede deducir de los detallados estudios de Forster, así como de las fuentes clásicas más antiguas y las descripciones más generales si se miran con la penetración que proporcionan las descripciones más detalladas. Si tratamos de representarnos la situación de Francia como un todo hacia el final del *ancien régime*, lo que probablemente veremos será, por un lado, una serie de campesinos cultivando la tierra y, por el otro, el noble colectando una parte de lo que han producido, ya directamente en forma de productos, ya indirectamente en forma de dinero efectivo. Es muy posible que las descripciones clásicas del pasado subvaloraran el alcance del papel del noble, que los economistas calificarían de contribución directiva a la producción total. Pero estaba atrapado en una situación embarazosa. Todas las contribuciones que había aportado bajo el feudalismo en el sentido de salvaguardar el orden político y la seguridad habían pasado a manos de los funcionarios reales, si bien había sabido retener ciertos derechos de justicia local y aprovecharlos para fines económicos. Tampoco había llegado a convertirse, por otro lado, en un auténtico granjero capitalista. Lo que el señor rural poseía eran, esencialmente, ciertos derechos de propiedad, centrados en la exigencia de una parte específica del excedente económico, cuyo cumplimiento aseguraba el aparato represivo del Estado. Aunque en términos formales y legales lo esencial de los derechos de propiedad estribara en la tierra, aquello que describían los títulos de propiedad (*terriers*) cuidadosamente conservados del noble, la tierra sólo era útil al noble en la medida que los campesinos que la cultivaban le producían ingresos. Podía obtenerlos por convenios de aparcería, que venían a cubrir entre dos terceras partes y tres cuartas partes de Francia. Los aparceros coincidían a menudo con los pequeños *propriétaires* campesinos, los cuales, de tener esa fortuna, tomaban a veces pequeñas piezas de tierra en aparcería para aumentar la producción insuficiente de las reducidas parcelas propias.³⁹ Por lo común la tierra se arrendaba a campesinos cuyas explotaciones no sobrepasaban las cincuenta hectáreas.⁴⁰ En algunas regiones, los no-

bles arañaban ingresos del campesinado devengando una serie de tributos feudales, sin poseer por sí mismos una hacienda importante.⁴¹

Las principales fuerzas que crearon las relaciones económicas hasta aquí descritas fueron las influencias capitalistas que irradiaban de las ciudades y los persistentes esfuerzos de la monarquía para sojuzgar a la nobleza. Como en Inglaterra, las relaciones con elementos comerciales e industriales y con el rey influyeron de modo decisivo en la determinación de las características de la nobleza. También como en Inglaterra, la respuesta al nuevo mundo del comercio y de la industria implicó un grado muy considerable de fusión entre las clases altas rurales y la burguesía. Pero si esas variables abstractas, rey, nobleza y burguesía, fueron las mismas en ambos países, su carácter cualitativo y su interrelación fueron muy distintas. En Inglaterra, la fusión entre campo y ciudad anduvo dirigida en general contra la corona, no tan sólo antes de la Guerra Civil sino durante buena parte del período subsiguiente. En Francia, la fusión tuvo lugar gracias a la corona, con consecuencias políticas y sociales muy distintas.

3. LAS RELACIONES DE CLASE BAJO EL ABSOLUTISMO REAL

Basta con una simple ojeada al comercio, la fabricación y la vida urbana durante el apogeo del absolutismo real en el siglo XVII para que uno se pregunte de dónde pudo salir la fuerza para engendrar una revolución burguesa y capitalista en el siglo XVIII, y si aquellos que caracterizan así a la Revolución Francesa no habrán sido víctimas de un espejismo doctrinal, punto que se discutirá mejor más adelante. Bajo la monarquía del siglo XVII, la burguesía francesa no era, como había pasado a ser su equivalente en Inglaterra, una punta de lanza de la modernización que arrastrara consigo el campo hacia el aún invisible mundo del capitalismo industrial. Dependía, en cambio, estrechamente del favor real, y estaba sujeta a la regulación real y orientada hacia la producción de armas y de objetos de lujo para una clientela restringida.⁴² Dejando aparte el grado mucho mayor de control y el más alto nivel tecnológico, especialmente en las artes bélicas, la situación quizá se asemeja más a la del Japón de los últimos Tokugawa o incluso a la de la India de la era de Akbar que a la de Inglaterra en el mismo período. En el plano político, también la vida municipal estaba sujeta a controles reales, que habían ido aumentando de modo intermitente desde el restablecimiento de la paz y el orden bajo Enrique IV. Tras haberse producido un breve renacimiento municipal durante la *Fronde* en Burdeos, Marsella, Lión y París, Luis XIV se de-

ció a no tolerar ya oposición alguna de sus *bonnes villes*. Los controles reales, a lo largo de su reinado, tomaron rápido incremento en las partes más antiguas de Francia. A través de las ciudades el rey controlaba las provincias, si bien existían muchas diferencias locales; aun permitiendo a veces que siguieran celebrándose elecciones municipales, era siempre él quien designaba el corregidor, directa o indirectamente.⁴³

De todo ello resulta evidente que, bajo Luis XIV, el impulso hacia el establecimiento de las bases de una sociedad moderna, es decir un Estado unificado e incluso algunos de los hábitos modernos de precisión y de obediencia, procedía mucho más de la burocracia real que de la burguesía. Es improbable, sin embargo, que ello obedeciera a un designio deliberado de la corona. Su auténtica función consistía entonces en mantener el orden, supervisar la economía y extraer de la sociedad francesa cuantos recursos pudiera para sustentar la política real de guerra y de magnificencia. De las dos, la guerra costaba mucho más cara que la magnificencia, aunque no sea posible llevar a cabo evaluaciones exactas. Ni qué decir tiene que la burocracia real de los días de Luis XIV era mucho menos eficaz en cumplir tales tareas que el aparato administrativo de un Estado del siglo XX.

La administración real francesa debió afrontar las mismas dificultades que han atormentado también a otras burocracias agrarias, como las de la Rusia zarista, la India mongol y la China imperial. En las sociedades preindustriales, era prácticamente imposible engendrar y extraer el excedente económico necesario para pagar a los miembros de la burocracia un salario que asegurara su dependencia efectiva de la corona. Otros métodos de pago sí que eran posibles, por ejemplo la garantía de obtener ingresos de determinadas tierras o la práctica china de tolerar la corrupción para colmar la diferencia entre los ingresos que correspondían a un rango oficial y lo que el monarca podía permitirse pagar en concepto de salarios. Tales compensaciones indirectas, no obstante, implican los riesgos de disminuir el control central y de alentar una explotación que puede excitar el descontento popular. La monarquía francesa intentó resolver el problema vendiendo puestos en la burocracia. Aunque esa práctica no se haya dado únicamente en Francia, la medida en que los reyes franceses recurrieron a ella y el modo como no tan sólo impregnó toda la burocracia real sino que además influyó en el carácter de la sociedad francesa en conjunto, distinguen a Francia bien marcadamente de otros países. La sociedad francesa de los siglos XVII y XVIII nos depara una ilustrativa mezcla de rasgos encontrados que algunos estudiosos consideran como característicamente occidentales y característicamente orientales: el feudalismo, la burguesía y la burocracia. La venta de oficios compendia dicha mezcla

de instituciones comerciales y precomerciales, y representó así mismo una tentativa para conciliarlas.

Durante largo tiempo la venta de oficios fue una medida política de sentido común. Al dar acceso a la burguesía a la administración real, ganaba aliados para el rey entre esa clase.⁴⁴ Probablemente, en las condiciones francesas, era un ardid indispensable para consolidar el poder del rey y, por lo tanto, para marginar la nobleza vieja, superar las barreras del feudalismo y echar así los cimientos de un Estado moderno. Y, desde el punto de vista del rey, era a la vez una importante fuente de ingresos y un método barato de administración, aunque ninguna de esas particularidades resultaba ventajosa para la sociedad francesa en conjunto.⁴⁵

Pero encerraba asimismo desventajas, que cobraron cada vez mayor importancia con el correr del tiempo. La venta de oficios significaba de hecho que los puestos se convertían en una forma de propiedad privada que pasaba de padres a hijos. Fomentaba, pues, que el rey perdiera el control sobre sus subordinados. La famosa *Paulette* de 1604, durante el reinado de Enrique IV, garantizó plenos derechos de propiedad a los detentores de oficios a cambio del pago de un impuesto, con lo que vino a sellar la transición del cargo burocrático a la propiedad. A fin de paliar tal situación, los reyes recurrieron a la característica contramedida de crear nuevos oficiales, los intendentes, para que vigilaran las actividades de los otros.⁴⁶ Esos mismos cargos, no obstante, pasaron a hallarse pronto indirectamente sujetos a compra.⁴⁷

Al principio, el estado de nobleza adquirido por la compra de un oficio quedaba limitado a la persona del comprador. Después se hizo hereditario. Bajo Luis XIV, desapareció la norma de que se requerían tres generaciones en el mismo cargo para conferir nobleza hereditaria. Como los altos cargos tendían, de todos modos, a permanecer en la misma familia, el cambio fue más que nada simbólico.⁴⁸ El impulso burgués hacia la propiedad encontró considerable satisfacción en la burocracia real, mientras que cualquier impulso hacia la independencia política se vio frenado al convertirse el burgués en un aristócrata. Más tarde ello iba a limitar muy severamente la capacidad de la monarquía para adaptarse a sí misma y a la sociedad francesa a problemas cada vez más acuciantes.

Las contradicciones y paradojas del sistema eran ya visibles en pleno apogeo del absolutismo. Sin el recurso de la venta de oficios, «el maná que nunca falta», Luis XIV habría tenido que buscar probablemente el consentimiento de la nación, a través de los Estados Generales, para reunir dinero.⁴⁹ La venta de oficios estaba, pues, en la raíz de la independencia del rey respecto a la aristocracia y a cualquier control eficaz por un parlamento. Era el punto de apoyo clave del absolutismo real.

Al mismo tiempo, con todo, aquella práctica minaba la independencia del rey. Está en la raíz de la paradoja el que el rey más poderoso de Europa, contra quien no era posible, ni siquiera imaginable, la menor resistencia intestina, aparezca aún a los historiadores tan mal obedecido, que tenía que considerar la desobediencia como perfectamente normal.⁵⁰

Si bien en las primeras fases del desarrollo de la monarquía la venta de oficios había ayudado a vincular la burguesía a la arremetida del monarca contra el feudalismo, el recurso continuo a tal medida debía revelar más y más que comunicaba también características feudales a la burguesía. En 1665, Colbert basó su propuesta para abolir la venta de oficios en el argumento de que la suma de dinero envuelta en el tráfico de cargos volvería con ello al comercio efectivo, lo que resultaría beneficioso para el Estado. Sugirió que dicha suma importaba quizás el valor de todas las tierras del reino.⁵¹ No cabe duda que la afirmación de Colbert era exagerada. Pero es ciertamente correcta su tesis de que el sistema distraía energía y recursos del comercio y la industria. Por otro lado, al dar a los plebeyos burgueses un título de nobleza e imposibilitar que se supervisarán con rigor sus actividades, la venta de oficios ayudó a que se crease un sentido de identidad corporativa y de inmunidad a las influencias de fuera, o sea *esprit de corps*. Los que detenían cargos se cerraban a la influencia real y se convertían en tenaces defensores de los intereses locales y privilegios establecidos.

El proceso se ve con mayor claridad en los *parlements*, órganos judiciales que, como los de otros países, incluso en la Norteamérica del siglo xx, habían adquirido considerable poder administrativo. Durante la Edad Media habían proporcionado al rey una de las armas más eficaces contra la nobleza. En tiempos de la *Fronde*, y con posterioridad, querían pasar por uno de los baluartes de la libertad contra el despotismo absoluto. En el siglo xviii se habían convertido ya en el principal bastión de la reacción y los privilegios, «la barrera inflexible contra la que se hacía añicos en vano el espíritu reformador del siglo».⁵² A los *parlements*, en esa pugna con el rey, se unieron otros órganos corporativos. Según Martín Göhring, cuyo estudio sobre tales aspectos se ha hecho clásico, dieron a la monarquía el empujón final que la derribó.⁵³

Por la luz que proyecta sobre nuestro problema, vale la pena referir aquí un episodio de aquel conflicto, la tentativa de Luis XV y su canciller Maupeou de terminar con la venta de oficios y la venalidad de la justicia. El incidente tuvo lugar en 1771, poco antes de la muerte de Luis XV, y levantó al punto una tempestad de oposición. Guiada por la nobleza, aquella se expresó en términos de derechos naturales del hombre y de libertad individual y política, e incluso echó mano del Contrato

Social. Voltaire se apercibió de la impostura y apoyó a Maupeou. Detestaba a los *parlements* en cuanto perseguidores no tan sólo de Calas sino de literatos como él mismo.³⁴

Nos equivocáramos si pusiéramos a un lado la aparición de consignas revolucionarias al servicio de una causa reaccionaria por no ver en ello sino un exponente de privilegios egoístas que buscan justificarse a sí mismos mediante cualquier argumento oportuno. Por alguna cosa nada menos que Montesquieu defendió la venta de oficios como parte de su famosa teoría de los poderes intermedios. Como señala Göhring, los conceptos de la inviolabilidad de la propiedad y de la libertad individual recibieron un impulso poderoso de aquella situación histórica concreta.³⁵ No era la primera vez, ni sería la última, que una aristocracia agarrada con testarudez a privilegios reaccionarios ayudaba a poner en marcha ideas revolucionarias. Con todo difícilmente encontraríamos un exponente más significativo de la interpenetración de rasgos burocráticos, feudales y capitalistas característica de la sociedad francesa de fines del siglo XVIII, que la aparición en ese contexto de tales ideas.

Cuando murió Luis XV, la reforma de Maupeou parecía tener posibilidades de éxito.³⁶ Luis XVI subió al trono en 1774. Uno de los primeros actos de su reinado fue deshacer la obra de Maupeou y restaurar el *statu quo*. Ese hecho tan sorprendente ha llevado a un buen número de historiadores, entre ellos el socialista Jaurès, a pensar que un rey fuerte podría haber evitado la Revolución y guiado a Francia por el camino de la modernización con medios pacíficos.³⁷ Aunque sea imposible corroborar o refutar a ciencia cierta tal hipótesis, el reflexionar sobre ella fuerza a uno a formular otros interrogantes que ponen al descubierto las cuestiones básicas. ¿Qué alternativas tenía realmente abiertas la monarquía, digamos a la muerte de Luis XIV en 1715? ¿Qué líneas de desarrollo político había cerrado ya el curso de la historia previa?

Era improbable que la sociedad francesa pudiese engendrar un parlamento de señores rurales con ingerencias burguesas de las ciudades a la manera inglesa. El incremento de la monarquía francesa había privado en gran medida a las clases altas rurales de responsabilidad política y había desviado el impulso burgués hacia sus propios objetivos. Pero tal trayectoria no era necesariamente la única posibilidad, pese a las dificultades que encierra discernir las alternativas abiertas a la corona. Está claro, con todo, que si el rey hubiese tenido el menor interés en perseguir una política activa habría debido reforjar un instrumento eficaz de gobierno, una burocracia renovada. Y ello hubiera significado poner fin a la venta de oficios y a la justicia venal, así como reformar el sistema de impuestos para distribuir las cargas de modo más equitativo y recaudar las rentas públicas con mayor eficacia. Habría sido también necesario,

cuando menos por algún tiempo, reducir la costosa política de guerra y de magnificencia. Las barreras internas al tráfico, que continuaban siendo enormes, habrían tenido que desaparecer, y el sistema legal modernizarse considerablemente para permitir el crecimiento del comercio y de la industria, que empezaron a presentar algunos signos de vitalidad independiente hacia el final del siglo XVIII. Destacados hombres de Estado, de Colbert a Turgot, propugnaron muchos aspectos de tal programa. Para explicar la incuria de la monarquía, podemos descartar al punto cualquier argumento que pretenda imputarla a que el clima intelectual de la época imposibilitaba que nadie situado en un puesto de influencia viera el problema. Lo veían muy claramente. Que los intereses creados hubieran opuesto dura resistencia, eso es obvio. Sería difícil, no obstante, argüir que tales obstáculos eran insuperables. ¿Habrían sido acaso más severos que los afrontados por Enrique IV al forjar la unidad francesa?

Por ahora basta con indicar la dirección hacia la que conducen tales consideraciones. Es concebible que Francia hubiese podido seguir el camino conservador de modernización a la manera de Alemania o del Japón. Por otro lado, y debido a razones que sólo pueden ir apareciendo de modo gradual en el curso de la totalidad del libro, es probable que en tal caso los obstáculos hubiesen sido aún mayores. Sea como fuere, la monarquía no procedió según ningún programa político consecuente, y no sobrevivió. Los problemas agrarios contribuyeron con un papel muy importante a ocasionar ese resultado.

4. LA OFENSIVA ARISTOCRÁTICA Y EL COLAPSO DEL ABSOLUTISMO

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el campo francés presenció la reacción señorial y experimentó un breve y limitado movimiento cercador. Llamar a aquella reacción feudal es engañoso. Lo que sucedió, como hemos visto más arriba en este mismo capítulo, fue que penetraron prácticas comerciales y capitalistas en la agricultura a través de métodos feudales. Tal fenómeno llevaba ya largo tiempo produciéndose, pero en la segunda mitad del siglo XVIII adquirió mayor amplitud. Una de las formas que revistió dicha penetración fue la restauración de los derechos y tributos feudales allí donde se había dejado que cayeran en desuso. Algunos historiadores económicos ven sus orígenes en la necesidad de dinero contante del señor, en continuo aumento.³⁸ Puede que buena parte de la presión procediera de los recién ennoblecidos, que adoptaban una actitud más comercial y menos patriarcal respecto a sus dominios: hacían su administración más estrecha, explotaban los derechos

feudales antiguos y establecían nuevos tributos cuando era posible.⁵⁹ Ese proceso parece haberse caracterizado sobre todo por los esfuerzos de los señores para obtener una parte mayor de las cosechas de los campesinos con miras a la venta. Conseguir controlar las tierras de los campesinos era secundario; importaba mucho más hacerse con sus cosechas. Los tributos feudales pagados en frutos eran los ingresos agrícolas que más rendían, en parte porque se recaudaban en proporción directa con la cosecha.⁶⁰

Limitarse a acentuar los aspectos puramente económicos, no obstante, representaría pasar por alto el punto clave. Como se ha indicado repetidas veces en estas páginas, los reajustes feudales, combinados con los del absolutismo real, constituían los mecanismos políticos a través de los que la aristocracia rural francesa extraía un excedente económico de los campesinos. Sin esos mecanismos políticos, el sistema económico del campo no podía funcionar. Tal era el significado concreto de los privilegios. He aquí también el rasgo esencial que distinguía a la aristocracia francesa de las altas clases rurales inglesas, que desarrollaron métodos de extraer el excedente totalmente distintos. Y es en este punto, asimismo, que una versión simplificada del marxismo, cualquier noción de que la subestructura económica determina de algún modo automáticamente la superestructura política, puede llevar por mal camino. El mecanismo político era decisivo, y los campesinos, en la época de la Revolución, revelaron un agudo instinto político al perseguir hacer pedazos tales engranajes y palancas, instinto que no siempre les acompañó, como veremos dentro de poco. Contribuyendo a destrozarse aquéllos, imposibles de reparar, coadyuvaban a destruir el *ancien régime*. La significación de la reacción señorial, insisto en ello, reside en el impulso, sea cual fuere, que dio a tales cambios políticos.

El movimiento cercador fue una forma más ostensible de transformación capitalista de la agricultura. Pasó a cobrar fuerza durante la segunda mitad del siglo XVIII, aunque jamás llegara a ser tan amplio como en Inglaterra, salvo quizás en la Normandía, donde las industrias textiles, en especial en los contornos de Caux, tomaron incremento lo mismo en las ciudades que en el campo.⁶¹ El movimiento cercador francés significó, pues, en parte una respuesta al comercio, como en Inglaterra. Pero en Francia, mientras duró, fue mucho más asunto de política gubernamental y de discusiones intelectuales que en Inglaterra, donde consistió en un movimiento espontáneo de la *gentry*. Cuando, por algún tiempo, los fisiócratas consiguieron que le prestaran oídos importantes oficiales reales, la política de cercamiento fue momentáneamente promovida.⁶² Sin embargo, así que el gobierno encontró resistencia, se echó atrás. El impulso se extinguió, en lo esencial, por el año 1771. La timi-

dez fue la nota dominante del *ancien régime* hasta el final.⁶³ El embate fisiocrático duró más. Aunque por largo tiempo no se atrevieron los fisiócratas a arremeter contra el feudalismo, en 1776, bajo el ministerio de Turgot, su amigo y secretario Boncerf propuso, cuando menos para la siguiente generación, la redención monetaria de los derechos feudales.⁶⁴

Así pues el capitalismo se estaba infiltrando en el campo francés por cualquier hendedura que se le abriera, ya revisitando la forma del feudalismo a través de la reacción señorial, ya la de un ataque al feudalismo, ya bajo la bandera del «progreso» y la «razón» a través del movimiento cercador oficialmente patrocinado. La penetración más rápida tuvo que aguardar a las medidas de la Revolución, y a sus mucho más tardíos resultados. Ciertos derechos de pasto comunal, por ejemplo, no se abolieron hasta 1889.⁶⁵

Aunque la limitada penetración capitalista fracasara durante el siglo XVIII en revolucionar la agricultura y eliminar el campesinado, advino de tal manera, que intensificó fuertemente la hostilidad campesina contra el *ancien régime*. Los campesinos se resentieron del aumento de los derechos feudales y del restablecimiento de antiguos derechos por hábiles abogados. Cosa más importante aún: el flirteo del gobierno con los cercamientos motivó que los campesinos se volvieran contra la monarquía. Muchos *cahiers* de las *communes* en 1789 exigían enérgicamente la restauración del antiguo orden y la retirada de los edictos de cercamiento.⁶⁶ Todo ello trajo por consecuencia alentar la unidad del Tercer Estado y empujar a muchos campesinos y a un sector de los habitantes de las ciudades a una oposición más vehemente contra el antiguo orden. Tales corrientes explican en gran parte por qué el campesinado más próspero de Europa llegó a convertirse en una fuerza revolucionaria de primera magnitud.

A través de los *parlements*, los peldaños más altos de la *noblesse de robe* apoyaban e intensificaban la reacción señorial. Con anterioridad, según hemos visto, la burocracia real había servido para atraer caudales comerciales a la causa real. A la vez, sin embargo, había provocado que pequeños, pero influyentes sectores de la burguesía se convirtieran en vehementes defensores de privilegios concebidos como propiedad privada vinculada al individuo. He aquí, de nuevo, maneras de pensar y de hacer capitalistas infiltrándose por entre los poros del antiguo orden. Durante el siglo XVIII, esas tendencias no tan sólo continuaron, sino que se intensificaron. Ya en 1715 traseendían signos de que la nueva nobleza judicial había ganado aceptación, de que los muros no cesaban de allanarse y de que, en realidad, Francia conocería pronto una sola nobleza que defendería el mismo conjunto de privilegios contra la intrusión real y popular. Hacia 1730, la fusión era muy visible.⁶⁷ Dado que la nobleza

vieja carecía de cualquier base institucional que le permitiera desafiar con eficacia al rey y que, en cambio, el grupo más reciente poseía tal base en el sistema de tribunales soberanos, el estrato más antiguo creyó necesario, pensando en dichas ventajas políticas, concederle aceptación social. Como el estilo de vida de los dos sectores se hacía cada vez más semejante, las dificultades para fusionarse fueron disminuyendo también sin cesar.⁶⁸ Bajo Luis XIV, el aparato judicial del rey continuó funcionando como un gran centro de reclutamiento que integraba a los plebeyos ricos en aquella parte de las fuerzas vivas que constituía el punto focal de la oposición a la reforma. De novecientos cuarenta y tres *parlementaires* reclutados durante el período 1774-1789 y todavía en funciones en 1790, no menos de trescientos noventa y cuatro, o sea el 42 por ciento, eran antiguos *roturiers* convertidos en nobles en virtud de su nueva posición.⁶⁹

De la más o menos operante coalición que hemos venido exponiendo, la nobleza vieja devengó el poder reservándose ciertas posiciones clave para sí misma. Hacia el final del *ancien régime* consiguió, en efecto, levantar más y más barreras al poder del dinero. Los altos cargos y el ejército constituyeron vedados donde aquél encontraba sus fronteras.⁷⁰ Por los años ochenta, la coalición aristocrática en un todo había «arruinado a Maupeou y Turgot, reconquistado todos los obispados del reino, impuesto la norma de los cuatro cuarteles de la nobleza para los altos mandos del ejército y forzado a la monarquía a una amilanada y, a la larga, fatal solicitud por los intereses privilegiados».⁷¹

La integración de muchos burgueses en la nobleza hace muy dudosa una difundida exégesis de la Revolución: que una de sus causas capitales fue el carácter cerrado de la aristocracia francesa; cerrado, claro está, en comparación con los límites fluidos y la facilidad de acceso que reinaban en la Inglaterra contemporánea. Las constataciones precedentes indican que el contraste estribó sobre todo en una formalidad legal. En la práctica, el acceso al estado aristocrático puede que no presentase vallas más difíciles en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII que en la Inglaterra del mismo período. Estamos faltos de estadísticas. Otra vez nos encontramos aquí, sin embargo, con una cuestión en la que las evaluaciones cuantitativas no pueden penetrar las importantes diferencias cualitativas. Como se ha indicado antes, la situación en que se dieron movilidad social ascendente y fusión fue en conjunto muy distinta en uno y otro país. En Inglaterra, la fusión tuvo lugar en gran medida fuera del ámbito de influencia de la monarquía y contra el rey. Los propietarios rurales cercadores no querían que el rey se entrometiera en los asuntos de sus campesinos; los ciudadanos acaudalados, que hiciera de las buenas oportunidades de negocio un vedado para un puñado de favoritos. Importantes sectores

de ambas clases ni necesitaban ni querían en aquel país armas políticas recibidas en préstamo del arsenal de un feudalismo muerto o del absolutismo real. En Francia, por el contrario, la monarquía convirtió a plebeyos en aristócratas hacendados que necesitaban protección feudal; a fin de cuentas, por tanto, en obstinados defensores de los privilegios y vigorosos oponentes de sus propios esfuerzos intermitentes para una reforma. Y lo hizo con tales procedimientos, que se creó enemigos entre los sectores de la burguesía que no estaban identificados con el antiguo orden.

Estos burgueses, entre tanto, iban volviéndose cada vez más fuertes. Hasta aquí no han recibido atención de los historiadores y sociólogos en el mismo grado que la nobleza y los campesinos.⁷² No obstante, algunos puntos de gran importancia para el presente análisis se hallan pasaderamente bien establecidos. El siglo, en sus líneas fundamentales, fue de acusado progreso económico para el comercio y para la industria. Sobre todo se intensificó el comercio con el extranjero, de hecho con mayor rapidez que en la misma Inglaterra.⁷³ En lo que concierne a los últimos años del *ancien régime*, hay diversidad de opiniones. C. E. Labrousse, que ha llevado a cabo un detallado estudio de los precios, cree que desde alrededor de 1778 en adelante se atravesó por un período de fuerte depresión, que afectó tanto a la industria como a la agricultura.⁷⁴ En cambio, en una obra anterior, Henri Sée describe las dos últimas décadas del siglo como una fase en que se produjo un esfuerzo supremo en la gran industria; si Francia continuaba rezagada con respecto a Inglaterra al estallar la Revolución, ello se debía tan sólo a que había partido de mucho más atrás que su competidora del otro lado del Canal.⁷⁵ La regulación por el gobierno de la industria fue aún muy importante en el siglo XVIII, aunque la oleada de edictos sugiere que las regulaciones no resultaban muy eficaces. En la segunda mitad del siglo, el control del gobierno disminuyó.⁷⁶ Al irse ensanchando la base social del comercio y en menor grado, de la industria, subieron de punto las exigencias de que se desembarazase el tráfico y la producción de sus ancestrales cadenas.

Turgot sirvió de portavoz a tales fuerzas. Creía firmemente en el despotismo ilustrado y en la libertad de producción y de intercambio lo mismo para la industria que para la agricultura, y llegó al poder. Una ojeada a las reformas que intentó y a la oposición que despertaron nos ayudará a apreciar la potencia de las fuerzas impulsoras de una versión clásica del capitalismo, basado en la propiedad privada y la libre competencia y sin el apoyo de las instituciones precapitalistas. Su programa, sólo en parte realizado, incluía una reforma del sistema tributivo, libre tráfico de granos (introducido por el edicto del 13 de setiembre de 1774), la supresión de la *corvée*, la supresión

de los gremios, y libertad de los trabajadores para elegir su ocupación.⁷⁷ La política de Turgot descontentó a los pequeños consumidores de alimentos, gravemente trastornados por el alza de precios que siguió al libre tráfico de granos. Estallaron tumultos en todo el país; algunos amotinados llegaron a invadir el patio de Versalles para exigir que se obligara a los panaderos a reducir los precios del pan, hecho que prefiguraba los de la Revolución en el apogeo del Terror. Aunque en esa ocasión Luis XVI se mantuvo firme, el incidente difícilmente podía reforzar el crédito de Turgot en la corte.⁷⁸ No cabe duda que existía una fuerte exigencia popular de una economía controlada de tipo muy arcaico, es decir de una economía en que el énfasis no estuviera puesto en el aumento de la producción, sino en que una autoridad benevolente asegurara una «equitativa» distribución de las necesidades elementales a los pobres. Ese sentimiento, con hondas raíces entre los estratos inferiores de los campesinos y de la plebe urbana, los famosos *sans-culottes* sería la fuente más importante de medidas radicales a lo largo de la Revolución. Los proyectos de Turgot despertaron, además, la oposición de los financieros que se aprovechaban de la corrupción de la burocracia y de los fabricantes que estaban indignados de que aquél se negara a proteger la industria francesa, en particular la que dependía del algodón y el hierro, contra la competencia extranjera y a prohibir la exportación de materias primas necesarias para la industria.⁷⁹

La coalición de intereses contra Turgot es un indicio más de que las fuerzas que perseguían romper las duraderas cadenas del feudalismo y establecer algo así como la propiedad privada y la libre competencia estaban lejos de ser las dominantes en la sociedad francesa en vísperas de la Revolución, por más incremento que hubieran tomado durante lo ya transcurrido del siglo XVIII. Calificar a la Revolución de burguesa y capitalista tan sólo en ese sentido es a todas luces erróneo. Al introducirse en Francia, el capitalismo se revistió a menudo de una máscara feudal, sobre todo en el campo. La apetencia de derechos de propiedad dentro del sistema reinante era muy fuerte, como lo demuestran la venta de oficios y la reacción señorial. El capitalismo, como advirtió Jaurés, el gran historiador socialista de la Revolución, sin sacar luego de ello las necesarias conclusiones, impregnó el *ancien régime*, y lo retorció de tal manera, que exasperó a importantes sectores de las clases privilegiadas y, asimismo, a los campesinos, a la vez que les volvía también contra la monarquía. En parte por esa razón, el empuje radical que alimentó a la Revolución, centrado en los *sans-culottes* y en ciertos sectores del campesinado, fue explícita e intensamente anticapitalista. Los campesinos ricos, como veremos, fijaron los límites hasta dónde podía llegar el anticapitalismo radical. A la larga, las fuerzas que pugnaban por una propiedad

privada libre de ancestrales cadenas alcanzaron importantes victorias en la ciudad y en el campo. Para conseguir triunfar, sin embargo, los capitalistas tuvieron con frecuencia necesidad de la ayuda de sus más acerbos enemigos.

5. LA RELACION DE LOS CAMPESINOS CON EL RADICALISMO DURANTE LA REVOLUCIÓN

Hasta aquí se ha tratado de iluminar las fuentes tanto de la rigidez como de las exigencias de cambio que se acumulaban de modo gradual entre las clases dominantes. Al pasar a analizar la propia Revolución, los hechos imponen un cambio de enfoque que centre la atención en las clases bajas. La sociedad francesa se desintegró de arriba abajo cuando la monarquía, por razones institucionales y personales, fue cada vez menos capaz de controlar las fuerzas disgregadoras especificadas en los apartados precedentes. El colapso aumentó el descontento latente entre las clases bajas y posibilitó que saliera a luz. Nos consta que hacía ya cierto tiempo que ello se fraguaba. Revueltas campesinas en que también participaba la gente menuda de las ciudades salpican el transcurso del siglo XVII. Acontecieron en distintas partes de Francia en 1639, 1662, 1664, 1670, 1674 y 1675.⁸⁰ Por sí solo, no obstante, el resentimiento popular no podía promover una revolución. Si se intensificó o no en la fase previa a la Revolución, no está del todo claro; es muy probable que sí lo hiciera. Sea como fuere, sólo al combinarse, aunque por breve tiempo, con los de grupos más poderosos, podrían los agravios populares contribuir a echar a pique la monarquía entre fuego, sangre y humo.

La causa de los estallidos previos, la naturaleza del mundo de los campesinos, los problemas de los que constituían la gran mayoría de la población francesa, no aparecen sino confusamente en los estudios de los grandes días del absolutismo real.⁸¹ Al aproximarse la Revolución, trascienden más detalles, hasta el punto de que por lo menos algunos de los perfiles esenciales de la sociedad campesina resultan bastante distinguibles. En ausencia de una revolución comercial como la que tuvo lugar en Inglaterra o de una reacción señorial por el estilo de la que se dio en Prusia, y también en Rusia por razones bastante distintas, muchos campesinos franceses se habían convertido de hecho en pequeños propietarios. Si bien es imposible dar cifras precisas sobre esos *coqs de paroisse* —cuyos equivalentes recibirán el nombre de *kulaks* en Rusia en una etapa más tardía—, no cabe duda que representaban una minoría considerable y muy influyente. La gran mayoría de los campesinos quedaban por bajo de ellos según imperceptibles gradaciones, desde los que tenían reducidos *lopins de terre* hasta los que no tenían nada de nada,

los jornaleros agrícolas. A uno le da la impresión —pero no es más que una impresión— que el número de los pequeños explotadores de tierras y de los que no disponían de ninguna había ido aumentando, con lentitud pero de continuo, por lo menos desde dos siglos atrás. Lefebvre afirma que en 1789 la gran mayoría de los propietarios rurales no poseían suficiente tierra para vivir y debían trabajar para otros o encontrar alguna ocupación auxiliar. Tropezamos aquí de nuevo con la falta de estadísticas de conjunto. Pero, en muchas partes del país, las familias sin ninguna tierra pueden haber significado del veinte hasta incluso el setenta por ciento de la población campesina.⁸²

Entre los campesinos más pobres, cabe discernir dos grandes reivindicaciones. Primeramente, y quizá más que cualquier otra cosa, querían una parcela de tierra si no tenían ninguna, y ensancharla un tanto si ya tenían una. En segundo lugar, ansaban preservar aquellas costumbres específicas de la comunidad aldeana que les beneficiaban. El apego de los campesinos pobres a la comunidad aldeana no se extendía a todos sus aspectos. Cuando vislumbraron, durante la Revolución, la oportunidad de conseguir una parcela de tierra si se dividían los terrenos comunales de la aldea, lo reclamaron a voz en grito. Fueron sobre todo los campesinos ricos quienes se opusieron al parcelamiento de aquéllos, en parte porque a menudo eran los únicos que los utilizaban como pastos para el ganado con que labraban sus tierras.⁸³ Sin embargo, ciertas prácticas colectivistas eran importantes para los campesinos pobres. La más notable consistía en el derecho de *vaine pâture*. En las extensiones cultivadas, ese derecho formaba parte del antiguo sistema de campos abiertos, que imperaba aún en amplias zonas de Francia a falta de un movimiento cercador poderoso. Los labrantíos, dispuestos en hazas, rodeaban el racimo de viviendas que constituían la aldea. Debían pasar todos por cada fase del ciclo agrícola al mismo tiempo, práctica conocida en Francia con el nombre de *assolement forcé*, y con el de *Flurzwang* en los países de habla alemana. Una vez recogida la cosecha, los derechos del propietario, como observa gráficamente Bloch, se dormían, y el ganado vagaba libremente por los campos, no cercados. También en los henares, propiedad a la sazón o de un señor o de la aldea en conjunto o de un campesino acomodado, imperaba en muchas zonas un concierto similar: una vez que se había segado el heno, los prados se dejaban abiertos para que el ganado pudiese pacer en ellos y comerse la segunda hierba (*regain*). El derecho de *vaine pâture* era importantísimo para los campesinos más pobres, expuestos a que se les impidiera hacer mucho uso de los terrenos comunales. Aunque a menudo carecían de caballos y de arados, solían poseer una vaca o una oveja y algunas cabras que les procuraban carne para comer o la oportunidad de conseguir un poco de dinero. Eran también importantes el derecho

de espigar, que llevaba a hordas de campesinos pobres a pulular por los campos durante un número especificado de días bajo la ansiosa mirada de los propietarios, y los de recoger leña y pastorear animales en los bosques.⁸⁴

Las consecuencias políticas fueron un cisma dentro del campesinado y una desintegración muy marcada de la comunidad campesina. Como en muchas otras partes del mundo, los campesinos más pobres resultaron en Francia las víctimas principales cuando las fuerzas de la modernización desbarataron la vetusta sociedad aldeana que había gobernado la división del trabajo y les había conferido a ellos desde tiempo inmemorial un lugar modesto, pero respetado, dentro de su pequeño mundo. Si bien las aldeas francesas, de las que existían muchos tipos distintos, sufrieron por lo general más tarde y con menor intensidad y por distintas razones que sus equivalentes inglesas, no obstante, al acercarse el siglo XVIII a su final, tal forma de sociedad aparece sometida a un embate muy visible.⁸⁵ La situación creada entonces empujó a muchos pobres rurales a violentas teorías igualitarias. Para ellos la modernización significaba ante todo que los campesinos prósperos bloqueaban el reparto del suelo (incluso de las tierras confiscadas durante la Revolución) y les condenaban al hambre al restringir los derechos de espigar y de pastoreo, una de las secuelas del avance rural hacia formas modernas de propiedad privada. En la cúspide de la Revolución, el radicalismo de las ciudades y el del campo se dieron la mano, hecho que ayuda a explicar la profundidad y violencia de la Revolución Francesa en comparación con su precursora inglesa. No hubo, sin embargo, una sola revolución campesina que llevara un solo camino, a veces uniéndose, a veces oponiéndose a la revolución de las ciudades y de la capital. Coexistieron, por lo menos, dos revoluciones campesinas, la de la aristocracia campesina y la de la más amplia y difusa mayoría, cada una de las cuales siguió su propio curso que, eventualmente, las llevó a fusionarse o a entrar en oposición con las oleadas revolucionarias de las ciudades.

Volviendo ahora a los rangos superiores del campesinado, parece claro, por lo menos pasaderamente claro, que sus motivos de descontento dimanaban de su posición ambigua: poseían la tierra sin que en rigor les perteneciera.⁸⁶ De todas formas, como es bien sabido, la posición legal y social del campesinado francés, en sus niveles más altos, estaba sujeta a menos restricciones represivas que en cualquier otro país del continente. La mayoría de ellos eran personalmente libres. Por eso sus exigencias, hasta donde podemos alcanzar a ver por las refracciones de los *cahiers*, apuntaban primordialmente a eliminar los aspectos arbitrarios del sistema feudal, que habían venido aumentando durante los últimos años del antiguo orden. En agudo contraste con la burguesía, no impugnaban la posición

social y los privilegios especiales de la nobleza. Al contrario: a menudo los reconocieron de modo expreso,⁸⁷ hecho que indica que no percibían quizá ninguna conexión general entre los privilegios de la nobleza y sus propios problemas. No cabe duda que, en 1789, sin que hubieran mediado graves trastornos, no se habrían convertido en una fuerza revolucionaria activa. Esas sacudidas no tardaron en llegar.

Uno de los impulsos revolucionarios procedió de los manejos de la nobleza y de las vacilaciones del rey que precedieron y siguieron a la reunión de los Estados Generales. Los campesinos, ciertamente, ni percibían el alcance ni se preocupaban demasiado de cuestiones tales como la de que se votara por estamentos o por individuos, que agitaba el resto de Francia. Es asimismo improbable que les inquietase de modo profundo el quebranto de las finanzas borbónicas y la perspectiva de bancarrota. La distribución de las cargas fiscales entre los distintos estamentos tampoco debía de apasionarles en exceso; el campesino se interesaba por su cuota en su aldea, la cual variaba de un lugar a otro en forma tan aturdidora, que sólo los especialistas podían alcanzar a comprenderla.⁸⁸ Todas esas cuestiones, en cambio, agitaban sobre manera a un amplio sector de los ciudadanos instruidos. La nobleza estaba tratándose de adueñarse del Estado valiéndose del mecanismo de los Estados Generales, lógica secuela de sus objetivos durante la llamada reacción feudal. Su aversión a transigir en tal empeño hizo momentáneamente de lo que no era más que una etiqueta para designar los sectores que no pertenecían ni a la nobleza ni al clero —el *Tiers Etat*— algo próximo a una tendencia política homogénea.

Muchos de los nobles más ricos y, en especial, de los liberales, que desempeñaron un papel conspicuo en aquella primera fase de la Revolución, estaban bastante dispuestos a hacer concesiones considerables. En lo tocante a las cuestiones agrarias, incluso lo estaban a sacrificar algunos de los derechos feudales más opresivos sin indemnización. El elemento reaccionario que por algún tiempo se fusionó con el *Tiers Etat* procedía muy probablemente en gran medida de la multitud de pequeños señores rurales que vivían de sus derechos y no tenían ni voluntad ni capacidad ni oportunidad de llevar sus negocios como los plebeyos, aun cuando se les indemnizara por la pérdida de los derechos feudales.⁸⁹

Otros impulsos eran más fortuitos. En 1786, el gobierno francés había reducido fuertemente sus derechos de aduana sobre las manufacturas inglesas, lo cual dejó sin trabajo a mucha gente. Resultaron también afectados, en algunas regiones, los campesinos, al quedar restringido o eliminado el empleo exterior. Un decreto del año 1787 anuló las restricciones al tráfico de granos, entre ellas las que imponían que los cultivadores los llevaran al mercado local. La cosecha del otoño de 1788 fue

desastrosamente escasa. Siguió un invierno de extraordinaria crudeza y una primavera plagada de violentas tempestades e inundaciones.⁹⁰ En el verano de 1789, las calamidades naturales se combinaron con las incertidumbres y ansiedades políticas para suscitar una serie de pánicos y de revueltas campesinas en muchas partes de Francia.

Empezó con ello a ponerse de manifiesto el potencial radical del campesinado. Aunque los trastornos conocidos como la *Grande Peur* revistieran distintas formas en las diversas partes de Francia, la oposición al feudalismo se presentó por doquier. Incluso en las zonas donde no se alzaron, los campesinos se negaban a cumplir con sus obligaciones feudales.⁹¹ Se propagaban con rapidez toda suerte de rumores exagerados; los temores de un complot aristocrático, no carente de fundamento, facilitaron que los campesinos obtuviesen el apoyo de las clases ciudadanas más pobres. Al deteriorarse la autoridad del gobierno central, Francia parecía estar descomponiéndose en una red de pequeñas ciudades y comunidades. La desintegración del orden público motivaba que los ciudadanos acomodados de la burguesía acogieran de buena gana en sus filas a los nobles liberales. Las clases más pobres, por otro lado, recelaban de ellos y trataban de marginarlos. Así, en las zonas donde reinaba el pánico, los dueños de propiedades medianas en la ciudad o en el campo se constituían en grupos de defensa locales para protegerse a sí mismos contra los bandoleros, que suponían movidos por una aristocracia intrigante.⁹²

Allí donde se produjeron auténticas revueltas agrarias y *jacqueries*, no existió *Grande Peur*.⁹³ En esas zonas, el bandolero era el campesino en marcha. No había ninguna necesidad de pensar en bandoleros, y ninguna posibilidad tampoco de imaginar que eran el instrumento de los aristócratas. La violencia campesina en gran escala asustaba a la burguesía, en particular a aquellos burgueses para los que los derechos feudales representaban una forma tan sagrada de propiedad como cualquier otra, y los echaba en brazos de la nobleza. Después de la toma de la Bastilla, la burguesía de algunas regiones, sobre todo de Alsacia, donde los alzamientos campesinos fueron especialmente violentos, cooperó sin reservas con las clases privilegiadas para reprimirlos.⁹⁴

La Revolución había ya desencadenado fuerzas sociales ansiosamente dispuestas a ponerle fin. La contrarrevolución tenía algo así como su liderazgo en París, y valimiento cerca del rey. Por algún tiempo, parecía posible que le sonriera el éxito. El 11 de julio de 1789, Necker fue destituido precipitadamente y desterrado de Francia. La nobleza había dado muestras de que no estaba dispuesta a aceptar la victoria del *Tiers Etat*, que se había separado de los Estados Generales llevándose consigo al clero y a cuarenta y siete nobles para formar la Asamblea Cons-

tituyente, formalmente establecida el 7 de julio de 1789. Se estaban concentrando tropas alrededor de París. El campo se hallaba agitado por las razones que ya hemos visto. El hambre amenazaba. Existían sospechas de que el rey preparaba un golpe. La Asamblea Constituyente se temía lo peor. En aquel momento, un alzamiento popular salvó la revolución moderada y la propulsó hacia adelante. La población de París no tenía la intención de salvar la Asamblea; actuó «de rechazo», a manera de reacción defensiva. En aquellos días fueron continuos los pánicos, primeras manifestaciones de la *Grande Peur*. Viendo París rodeado por tropas reales y «bandoleros» y temiendo que sería bombardeado y entregado al pillaje, masas de ciudadanos levantaron barricadas y se apoderaron de treinta y dos mil rifles en los Inválidos. Por la mañana del 14 de julio, se dirigieron a la Bastilla para conseguir más armas y acabaron tomando por asalto el famoso símbolo de la autoridad arbitraria.⁹³

En la toma de la Bastilla y la breve oleada de venganza popular que le siguió, aparecieron ya, como indica Lefebvre, algunos de los rasgos esenciales del componente radical de la Revolución Francesa: el temor de complots contrarrevolucionarios, el alzamiento defensivo de las masas, integradas sobre todo por artesanos pobres y oficiales, y la voluntad de castigar y destruir a los enemigos.⁹⁴

Tales características reaparecen en cada uno de los principales flujos populares de la Revolución. Es bien sabido que la Revolución empezó con una ofensiva de la nobleza y fue radicalizándose a medida que avanzaba. Hasta poco antes de la caída de Robespierre, el 9 termidor o 27 de julio de 1794, fueron llegando al poder sectores cada vez más radicales de la burguesía que seguían, asimismo, orientaciones políticas más y más radicales. Siempre que las fuerzas conservadoras —que, por supuesto, fueron cada vez menos conservadoras y estuvieron representadas, en las sucesivas ocasiones, por un grupo distinto—, trataron de frenar la Revolución, una ofensiva radical desde abajo las propulsó hacia delante. Tres grandes convulsiones populares, tres famosas *joursées*, jalonaron esa serie de giros repentinos hacia la izquierda. La primera fue la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. La segunda, la toma de las Tullerías el 10 de agosto de 1792, que condujo a la ejecución de Luis XVI. El tercer alzamiento, el del 31 de mayo de 1793, tuvo lugar en medio de circunstancias parecidas, pero más graves, y formó parte de la cadena de sucesos que llevaron al reinado del «terror» y a la breve supremacía de Robespierre. El principal impulso que determinó cada flujo procedía de los *sans-culottes* parisienses. Y el éxito de las sucesivas oleadas duraba siempre tan sólo lo que el apoyo activo del campo. Cuando ése cesaba, cuando las exigencias de los *sans-culottes* entraban en conflicto con las de los campesinos propietarios, el impulso motor de la

revolución radical se iba agotando, y sus residuos urbanos eran fácilmente reprimidos.

Por eso es justo sostener que el campesinado, aun no siendo la principal fuerza propulsora, fue el árbitro de la Revolución, una fuerza muy importante, en una medida responsable de lo que, retrospectivamente, parece el logro más importante y perdurable de la Revolución: el desmantelamiento del feudalismo.⁹⁵

Volviendo al curso de los hechos, la toma de la Bastilla fue más trascendental en un sentido simbólico que como una victoria política o militar concreta. Resultaría más importante el golpe mortal asestado al feudalismo pocas semanas después, en la famosa noche del 4 de agosto de 1789, cuyos orígenes, según se acaba de indicar, pueden hacerse remontar de un modo directo a disturbios campesinos. La Asamblea Constituyente se encontró entonces en delicada postura. La mayoría de sus miembros eran hombres de ley y orden, por más que les hubiera salvado un alzamiento popular. Poseedores de considerables bienes, no tenían por lo general ningún deseo de ver desenfrenarse a los campesinos. Sin embargo, de volver al rey y a lo que quedaba del aparato real para restaurar el orden, harían el juego a los elementos intransigentes de la aristocracia y se perderían las ganancias de la Revolución. Estando así las cosas, las maniobras de una minoría lograron llevar a la Asamblea a aprobar los decretos.

Aunque el texto de la declaración empiece afirmando que la Asamblea destruía por completo el feudalismo, ello era exagerado. La anulación de los derechos feudales basados en la tierra quedaba sujeta a pagos que los redimiesen, lo cual hubiera significado su supervivencia por bastante tiempo. Subsistían también otros remanentes, entre ellos las prerrogativas honoríficas. Sólo más tarde, en fases más radicales de la Revolución, vino a consumar la legislación posterior la casi totalidad de la tarea de desmontar los residuos de la estructura feudal, no cabe duda que en una línea de continuidad con la obra del absolutismo real, como subrayó ya de Tocqueville. La Asamblea, con todo, votó la igualdad ante la ley, la abolición de los derechos feudales de naturaleza personal (sin indemnización), la igualdad de las puniciones, la facultad de acceso de todos los ciudadanos a los servicios públicos, la abolición de la venta de oficios y la supresión del diezmo (sin indemnización). Semejante serie de decretos justifica que se considere aquel señalado momento como el «certificado de defunción del *ancien régime*».⁹⁷

Permítaseme insistir en que no se trató de un arranque de generosidad espontánea. La Asamblea actuó con un puñal al pecho: los desórdenes populares.⁹⁸ Echar mano de ocasiones como esa, en que las clases altas se mostraron propicias a las concesiones, fuera de su contexto para argüir que no había ne-

cesidad del radicalismo revolucionario, sería falsificar completamente la situación.

La segunda fase radical, provocada también por un conato de reacción, repitió el mismo modelo, pero con intensidad mayor. La tentativa de fuga del rey, frustrada en Varennes (20-25 de junio de 1791), destruyó cualquier hipotética posibilidad de que la Revolución viniese a parar a una monarquía constitucional gobernada por las clases superiores como en Inglaterra. En la primavera de 1792, estalló la guerra con Austria. Los adalides de la Gironda, dentro de la que pesaban fuertemente los intereses comerciales y exportadores, la promovieron para difundir el evangelio revolucionario y, a la vez, por razones más materiales. Lafayette intentó utilizarla para un fin radicalmente opuesto: restaurar el orden. El peligro de un golpe militar era real.⁹⁹ A partir de noviembre de 1791, se produjeron una serie de alzamientos populares en muchas zonas rurales para protestar contra la exportación de granos en aquel momento de aguda escasez. La idea de enviar granos fuera del país —cuando valían más en Francia que en el exterior— era, de por sí, ciertamente absurda. Los alborotos, aunque reprimidos sin grandes dificultades, revelan el estado de excitación y de desorden. Las capas pobres de las ciudades, asimismo, sufrían duramente los efectos de la creciente inflación.¹⁰⁰ A una atmósfera tan cargada, se añadían aún los reveses militares. El golpe que clarificó el aire, la toma por asalto de las Tullerías y la famosa matanza de guardias suizos —10 de agosto de 1792— fue obra otra vez de las multitudes parisienses, en especial artesanos pobres, oficiales, etcétera.¹⁰¹ Aunque centrado en París, el movimiento popular y radical recibió el apoyo activo de las provincias. Fue el gran momento de la canción de guerra y revuelta de Rouget de Lisle, cantada por los batallones jacobinos en su marcha desde Marsella para acudir en ayuda de sus camaradas de París. La convulsión del 10 de agosto no se limitó tan sólo a París como la del 14 de julio, sino que tuvo carácter de alzamiento nacional.¹⁰²

En el plano político interior, las consecuencias fueron la virtual abdicación de la Asamblea Legislativa, que había reemplazado a la Asamblea Constituyente en octubre de 1791; el proceso de Luis XVI, si bien no se celebraría hasta fines de 1792; y, más de inmediato, la venganza popular que trajo las «matanzas de septiembre» de 1792. Dichas matanzas parecen haberse iniciado tan espontáneamente como todas las acciones de masas. Un gentío al acecho se apoderó de un grupo de presos bajo escolta y los ejecutó sumariamente. Después las matanzas se extendieron a las cárceles. Perdieron la vida entre mil cien y mil cuatrocientos presos, en su gran mayoría ladrones comunes, prostitutas, falsificadores y vagabundos. Sólo alrededor de una cuarta parte eran sacerdotes, nobles, o políticos de toda clase.¹⁰³ Escenas semejantes tuvieron lugar en otras ciudades y poblaciones fran-

cesas. Las «matanzas de septiembre» son significativas, sobre todo, por revelar la ceguera e irracionalidad de la venganza popular. El Terror, del que aquéllas constituyeron un preludeo y que apareció en la fase siguiente, estuvo más organizado y fue menos caprichoso en sus resultados.

Gracias a los levantamientos de 1791-1792, los campesinos consiguieron importantes logros por el verano de 1792. El 25 de agosto fueron anulados los derechos feudales, sin indemnización, a menos que subsistiera el título original. Por otro decreto, del día 28, se devolvía a las aldeas sus terrenos comunales allí donde los señores los hubieran usurpado. Otro decreto aún, perseguía facilitar al proletariado rural el adquirir tierras disponiendo la venta de las haciendas confiscadas de *émigrés* por pequeñas unidades. En París, la Comuna empleó a los desocupados en obras de fortificación.¹⁰⁴ Con tales medidas el gobierno dio un paso hacia la satisfacción de las exigencias de la oprimida mayoría campesina integrada por los que tenían poca tierra y los totalmente desheredados, en un esfuerzo para vincularlos a los intereses de la Revolución. Pero el paso fue tímido. El gobierno revolucionario de París se mostró vacilante en la cuestión crucial de repartir las tierras comunales y de *émigrés* entre los campesinos humildes. Ello trajo por consecuencia que se agudizara el divorcio entre ricos y pobres. Los campesinos más ricos proclamaban soliviantados que dar propiedad a los desheredados significaba lo mismo que la *loi agraire*: el comunismo de la propiedad.¹⁰⁵

A la vez la incertidumbre del gobierno promovía la circulación de ideas radicales entre el campesinado. Los enemigos del radicalismo campesino las englobaban todas dentro del turbador rótulo general de *loi agraire*. La igualación de la propiedad era probablemente la idea que contaba con mayor predicamento entre los campesinos más pobres. Pero circulaban también otras que trascendían las concepciones de la propiedad privada en que permanecieron siempre los dirigentes revolucionarios, incluso durante la fase siguiente más radical. Consistían en una mezcla de ideas cristianas y colectivistas. Es difícil determinar con exactitud cuánto se encontraron entre los campesinos, no tan sólo por la falta de documentos, sino asimismo por la rígida represión. Carnot, que aborrecía a los radicales, exageraba sin duda cuando, el 7 de octubre de 1792, desde Burdeos, escribía que la idea de la *loi agraire* había sembrado el terror por todas partes.¹⁰⁶ Es obvio que el radicalismo campesino asustaba a las autoridades. En un vehemente discurso ante la Convención, Barère reclamó medidas que mostraran al campo que no se toleraría ni el más leve ataque a la propiedad privada. El día siguiente, 18 de marzo de 1793, la Convención estableció la pena de muerte para aquellos que predicaran la *loi agraire*.¹⁰⁷ Sobrevivió, sin embargo, lo suficiente del contenido de dichas

ideas para indicarnos que se ajustaban a las necesidades de los campesinos pobres y satisfacían algunas de ellas. De ahí que convenga examinar con algún detalle esa corriente radical subterránea.

El primer embate radical surgió en conexión con las supuestas exportaciones de granos mencionadas poco ha como parte del trasfondo del alzamiento del 10 de agosto de 1792. En el curso de uno de los disturbios, los campesinos de los municipios vecinos asesinaron a un rico curtidor de Étampes (Beauce). El caso se propagó a modo de onda por toda Francia; el entierro de la víctima fue convertido en una fiesta nacional. No obstante, un *curé* jacobino del lugar, Pierre Dolivier, tuvo la valentía de oponerse a la ola de sentimentalismo. En mayo de 1792 presentó a la Asamblea Legislativa una petición en que arremetía contra la víctima presentándola como un personaje rico y codicioso que había especulado con los granos y que merecía de todo en todo su suerte. A continuación Dolivier no tan sólo pedía controles de precios en beneficio de los pobres y hambrientos, sino que atacaba el mismo derecho de propiedad: «*La nation seule est véritablement propriétaire de son terrain.*»¹⁰⁸ Mathiez señala con acierto el elemento arcaico del pensamiento de Dolivier. Luis XIV había proclamado que era el dueño de la propiedad de sus sujetos. Ahora la nación había sucedido al rey. Por otro lado, hay una tesis de Dolivier y sus herederos que sorprende al lector de hoy en día por su modernidad: el Estado tiene la obligación de atender a que la mayoría menos afortunada de sus ciudadanos no muera de hambre, y esa obligación está por encima de los derechos e intereses egoístas de propiedad.

Así defendiendo la acción violenta de los atropellados campesinos y atacando la propiedad, Dolivier escandalizó a la asamblea. Pero Robespierre hizo uso de la palabra para abogar por el *curé* en términos que anunciaban su comportamiento posterior durante el Terror y contrastaban con él a la vez. Vituperó en bloque a la ávida clase burguesa que no había visto en la Revolución sino un medio de suceder a la nobleza y al clero y que defendía la riqueza con la misma terquedad que las clases privilegiadas habían defendido el nacimiento.¹⁰⁹ Las ideas de los radicales extremistas no eran, pues, del todo incompatibles con las de los pequeños propietarios que tenían en Robespierre su portavoz...

Tras la toma de las Tullerías, afloraron ideas similares en otras partes de Francia, junto con esporádicas e infructuosas tentativas de ponerlas en práctica. Otro *curé* decía a sus feligreses: «*Les biens vont être communs, il n'y aura qu'une cave qu'un grenier où chacun prendra tout ce que lui sera nécessaire.*» Aconsejaba a su rebaño que instalaran almacenes comunes de los que podrían servirse según sus necesidades, cosa que permitiría suprimir el dinero. A ese respecto debemos recordar que

la inflación había ya hecho elevar muchísimo los precios y que un sector del campesinado consumía más alimentos de los que producía en sus tierras. Los que carecían de tierra, claro está, se encontraban completamente sin medios para producir sus propias subsistencias. Un habitante de Lión, esta vez un ciudadano por tanto, elaboró y publicó un detallado sistema para la nacionalización de las necesidades básicas. El Estado tenía que comprar las cosechas a precios fijos; después, a fin de garantizar a los campesinos contra las fluctuaciones del mercado, almacenarlas en *greniers d'abondance*; y, además, distribuir pan a precios fijos. Tal concepción está próxima a la de «granero siempre normal» de tiempos más recientes, aunque esa última fue una respuesta a la producción excesiva y no a la escasez.

Nos ha llegado también otro panfleto de tono mucho más religioso. Pedía al cielo la ira de Jehová contra los ricos soberbios e invocaba en su nombre «*la loi des Francs... AGRAIRE!*». Al igual que los radicales ingleses de los tiempos de la Revolución Puritana, el autor del panfleto volvía la mirada hacia un pasado mítico para tratar de demostrar que los galos y los germanos redistribuían sus tierras cada año.¹¹⁰

Ciertos motivos centrales, es fácil verlo, corren a través de todas esas protestas agrarias radicales. Todas reclaman o bien la abolición absoluta de la propiedad privada o bien su limitación muy estricta conforme a líneas igualitarias. En segundo lugar, proponen medidas para llegar a un control de los mecanismos del mercado, tales como depósitos de almacenaje y libre distribución de los productos a escala local o los más complejos *greniers d'abondance*. Las gentes de las ciudades estaban quizá más inclinadas a abogar ante todo por el uso de la guillotina como el mejor medio para arrancar las necesidades vitales de manos codiciosas y mezquinas.¹¹¹ Hallamos ya ahí las semillas de las divergencias posteriores. Por el momento, sin embargo, basta con notar que el radicalismo agrario era una respuesta bastante explícita no tan sólo a las condiciones perturbadas de aquel momento, sino asimismo a la intrusión del capitalismo en el campo. La agresividad de las ideas que le caracterizaban iba dirigida de lleno contra los que se enriquecían manipulando el mercado. Lo necesario para vivir, se pensaba, era demasiado caro y demasiado difícil de obtener. Respecto a esas cuestiones elementales, los campesinos pobres, e incluso los no tan pobres, y los *sans-culottes* de las ciudades podían estar de acuerdo. Mientras los intereses de ambos grupos convergieron, la revolución radical pudo mantener encendido un fuego debajo de la revolución llevada adelante en nombre de la propiedad privada y los derechos del hombre. La revolución burguesa necesitaba la ayuda de la revolución radical, como ya hemos visto a propósito de los hechos del 14 de julio y el 4 de

agosto de 1789. Hasta cierto punto las dos revoluciones —varias revoluciones menores, en realidad, que se fundían en dos grandes corrientes fácilmente distinguibles— podían trabajar juntas y reforzarse una a otra. En el fondo, no obstante, eran incompatibles, debido a sus actitudes incompatibles respecto a la propiedad: la incompatibilidad de los que tienen propiedad y los que no la tienen.¹¹² Cuando la corriente radical se fraccionó y las clases poseedoras ya no necesitaron de su ayuda, la Revolución entró en barrena. La convergencia y separación final de los radicales y las clases poseedoras es el proceso que vamos a analizar en la tercera fase.

El último embate radical empezó, como los que le habían precedido, con un levantamiento popular en París a fines de mayo de 1793. Fue de nuevo una respuesta correctiva a un peligro real. En marzo, el general Dumouriez se había vuelto traidor tras su derrota ante los austríacos. Había concertado con ellos un armisticio para marchar sobre París, sentar a Luis XVII en el trono y restablecer la constitución de 1791.¹¹³ La revuelta realista estaba ya en marcha en la Vendéc. Marsella había sido víctima de insurrecciones contra los *sans-culottes* y Lión contra los jacobinos, y habían escapado al control de los revolucionarios.¹¹⁴ El alzamiento de mayo fue un golpe muy bien urdido, «la *journée* mejor organizada de la Revolución», que permitió a la facción más radical de la burguesía acaudillada por Robespierre imponerse sobre la Gironda.¹¹⁵

El radicalismo de los parisienses pobres había empezado entre tanto a encontrar expresión articulada, más o menos por el mismo tiempo que las bolsas dispersas de radicalismo agrario salían a luz en el campo. La política de la Gironda tendente a dejar que los precios de los alimentos, en las condiciones de entonces de guerra y revolución, hallaran su nivel natural por la mecánica de la oferta y la demanda reunió a los pequeños artesanos, oficiales, obreros y la heterogénea población flotante de París —en una palabra: los *sans-culottes*— en una miseria común. La inflación empeoró aún las cosas; de hecho fue una manera de cargar el coste de la guerra sobre las espaldas de los pobres.¹¹⁶ En enero de 1793, los propios líderes de la Gironda se vieron obligados a confesar que el precio del trigo no bajaría por sí mismo.¹¹⁷

Tal era la situación en que Jacques Roux y los *enragés* empezaron a despertar interés en París. Sus ideas, más simples aún que las de los radicales agrarios recién expuestas, se cifraban en dos proposiciones: a) La libertad de comercio redundaba en provecho de los especuladores y causaba agudos sufrimientos a los pobres. b) Debería utilizarse la fuerza para poner fin a la especulación. Había también un punto en que, significativamente, miraban hacia atrás. En un momento dado, en junio de 1793, Jacques Roux denunció ante la misma Convención el contraste

entre la afabilidad de la existencia bajo el *ancien régime* y la plaga de miserias que atormentaban al pueblo bajo una revolución pretendidamente llevada a cabo en su nombre. Y, acto seguido, expresó a las claras su nostalgia por los días en que reglamentaciones paternalistas evitaban que los pobres tuvieran que pagar por las necesidades elementales tres veces más de lo que valían. El programa de Roux, si puede llamarse así, no iba más allá de esas nociones. Proclamarlas, sin embargo, por muy simples que fueran, representaba impugnar el derecho de propiedad y la legitimidad de la Revolución entera, y ciertamente requería valor.¹¹⁸

Así pues, los radicales del campo y de la ciudad compartían una hostilidad común contra los ricos que se estaban aprovechando de la Revolución y del funcionamiento sin trabas del mercado. Otro testimonio de que el radicalismo urbano y el rural estaban persiguiendo objetivos compatibles, nos lo depara un significativo detalle citado por Mathiez en relación con el levantamiento del 31 de mayo de 1793. Algunos meses antes, habían venido a París delegados de los *fédérés* de ochenta y tres departamentos. Aunque los líderes de la Gironda esperaban utilizar a ese grupo en su pugna contra la Comuna de París y la Montaña, los delegados cayeron bajo la influencia de los *enragés*.¹¹⁹ Que gentes de las provincias en quienes confiaba la Gironda fueran susceptibles de tales ideas indica la amplitud del radicalismo anticapitalista a la sazón.

Fue, probablemente, por ese motivo que la Montaña, poco después del levantamiento del 31 de mayo de 1793, creyó aconsejable hacer importantes concesiones al campesinado. El 3 de junio decretó la venta de las haciendas de *émigrés* por pequeñas unidades, pagaderas en diez años; el 10, el reparto voluntario de las tierras comunales de las aldeas entre sus habitantes —se ignora, sin embargo, si se llevó jamás a efecto—, y, el 17 de julio, la abolición sin indemnización de todo lo que quedaba de derechos señoriales.¹²⁰ Para resumir el significado del alzamiento y de los hechos que giraron a su alrededor, diremos que la revolución burguesa había sido fuertemente empujada hacia la izquierda bajo la presión radical y forzada a desembarazarse de los moderados (vicisitud dramatizada en el arresto de treinta y un diputados girondinos el 2 de junio) al marchar codo a codo, aunque en irregular formación, los radicales urbanos y campesinos.

El flujo popular ayudó a hacer posible el período heroico y desesperado de la Revolución, el reinado del terror y la llamada dictadura del Comité de Salud Pública, la creación de un nuevo ejército, el rechazamiento de los aliados contra Francia al otro lado del Rin, la derrota de la contrarrevolución en la Vendée. Claro está que, en comparación con los niveles del siglo xx, la dictadura del Comité de Salud Pública fue algo

informe y primitivo. Los medios técnicos de comunicación y transporte excluían el control centralizado de la economía. No se intentó ninguna medida a escala nacional para racionar el consumo de la población.¹²¹ Esa negligencia fue una de las razones principales de que los *sans-culottes* urbanos dejaran al final de sostener a Robespierre. En el plano agrario, los problemas clave fueron el de conseguir granos, en primer lugar para los ejércitos y después para París y las grandes ciudades, y el de asegurar su trasiago de las zonas donde había un excedente a las que padecían escasez. Ese último aspecto prolongaba, en condiciones nuevas y revolucionarias, una dificultad que había afligido largo tiempo al antiguo orden. Para resolver dicha serie de problemas, el gobierno revolucionario recurrió a requisas y a controles de precios. Pero, en muchos casos, el requisar no implicó sino transferencias a un departamento cercano o a un ejército en activo por las inmediaciones.¹²² El complicado sistema administrativo se veía embarazado de continuo por conflictos de jurisdicción, y los representantes del Comité de Salud Pública tomaban partido bastante a menudo por intereses locales opuestos a los de París y la Revolución.¹²³ Sin embargo, pese a la dura resistencia, pese a la confusión reinante, el sistema funcionó: abasteció las ciudades y los ejércitos, salvó la Revolución y evitó el hambre. La necesidad patriótica y revolucionaria venció los escrúpulos teóricos de los dirigentes, entusiásticos partidarios del liberalismo económico.¹²⁴

Por encima de tales convicciones, la situación de emergencia llegó a conducir a algunos experimentos dispersos que apuntaban hacia una dirección socialista y que son significativos como antecedentes de las granjas colectivas del siglo xx. Se habló algo de convertir las grandes haciendas confiscadas a los *émigrés* en granjas nacionales o alguna variedad de empresas comunales con miras a alimentar las ciudades.¹²⁵ Como complemento de la *levée en masse*, o reclutamiento nacional, decretada el 23 de agosto de 1793, el gobierno intentó conseguir que los que explotaban haciendas confiscadas entregaran la producción a depósitos nacionales de almacenaje, *greniers d'abondance*, con lo cual ponía en efecto, aunque probablemente sin tener conciencia de ello, una de las ideas claves del radicalismo agrario. La tentativa, con todo, resultó un fracaso.¹²⁶

Los campesinos más ricos, aquellos que producían un excedente considerable más allá de sus propias necesidades, eran quienes más vivamente sentían el impacto de los controles del Comité de Salud Pública, y constituyeron la fuente principal de resistencia. Aunque la legislación anticlerical había motivado que algunos campesinos se sintieran a disgusto ya desde 1790 (cuando se instituyó la Constitución Civil del Clero), lo que volvió a gran número de ellos contra la Revolución fueron las medidas de urgencia de 1793-1794 relativas a los suministros de

alimentos. Como productores, los campesinos evadían el sistema de controles de precios. Hacerlo era relativamente fácil; a pesar de los esfuerzos para evitar las ventas clandestinas, no entrañaba demasiados riesgos. La compulsión del antiguo régimen sobre el campesino para que llevara sus productos al mercado ya no existía.¹²⁷ Como respuesta a las evasiones y a las imperiosas necesidades que le acuciaban, el gobierno apretó los tornillos. Al principio las requisas habían permitido a los campesinos retener lo suficiente para sus familias y para la siembra, reglamentación elástica que los campesinos ensanchaban cuanto podían. La Convención suprimió la *réserve familiale* el 25 brumario (15 de noviembre de 1793).¹²⁸ Los esfuerzos del gobierno para obtener grano y compeler a su venta por los canales y precios legales, respaldados por la amenaza de la guillotina y a veces por medidas expresas contra el sacerdote, parecían a las aldeas algo más que medidas de guerra provisionales. Y en efecto: en muchos lugares, la fase radical de la Revolución consistió en un ataque directo contra los campesinos acomodados, aunque breve y turbio.¹²⁹ Quizá lo peor de todo estribara en que sus principales agentes fueron individuos de las ciudades y *outsiders* —con frecuencia mucho más despiadados que los administradores y recaudadores de impuestos de la monarquía—, ayudados algunas veces de un ejército revolucionario: en el apogeo del «terror popular», o sea, entre la adopción del *maximum général*, el 15 de septiembre de 1793, y la ejecución de Hébert y otros adalides de los *sans-culottes*, el 24 de marzo de 1794, el gobierno permitió la formación de «ejércitos» revolucionarios, cuyo objetivo fue más el de allegar grano que combatir al enemigo.¹³⁰

El hecho decisivo de la fase radical es, obviamente, éste: los *sans-culottes* urbanos habían conseguido empujar a los dirigentes jacobinos a directrices políticas que salvaron la Revolución, pero a costa de que los campesinos se volvieran contra ella. La fase radical habría podido ir más allá si el gobierno de París hubiera estado en condiciones de contar con las masas campesinas contra los campesinos ricos. Pero lo limitado de la capacidad y voluntad del gobierno en cuanto a robustecer los controles de precios contribuyó a evitar que tal divorcio se materializara. Las subidas de precios pusieron en graves apuros a los poseedores de pequeñas parcelas, que tenían poco para vender, y a los braceros, que debían comprar por lo menos una parte de sus subsistencias. Fueron esos últimos quienes más sufrieron de la violación del *maximum*. Durante algún tiempo, su situación resultaba aún tolerable —conforme a los detallados y completos estudios del Norte por Lefebvre—, por cuanto los precios del pan subieron con menor rapidez que los jornales. Pero, a fines de 1793, padecían estrecheces peores que los habitantes de las ciudades.¹³¹ Hasta tal punto, que las condiciones imperantes en

el campo enajenaron a la Revolución el apoyo radical y secaron las fuentes del radicalismo rural.

Las medidas que propusieron en marzo de 1794, inmediatamente antes de la ejecución de los líderes *sans-culottes*, ponen de manifiesto que Robespierre y Saint-Just eran conscientes de que necesitaban apuntalar su régimen con concesiones a los campesinos pobres. Si las propuestas que formularon en aquel momento, conocidas como decretos de Ventôse,¹³² eran o no algo más que una maniobra política, es objeto aún hoy de debate. Sea como fuere, lo que demuestra el episodio es que Robespierre y Saint-Just sabían muy poco acerca de los problemas de los campesinos y que sus propuestas no llegaban ni con mucho a satisfacer las exigencias de aquéllos, expresadas en peticiones cuyo contenido tenían que haber conocido los dirigentes revolucionarios.¹³³ Por otro lado, aunque hubieran querido hacer más, Robespierre y Saint-Just disponían de reducidísimo espacio para maniobrar. Las tierras confiscadas a los *émigrés* no habrían suministrado lo suficiente para satisfacer las necesidades de los pobres. Dividir toda la tierra disponible y conceder las piezas resultantes a la masa de campesinos con poca o ninguna tierra que las pagaran en plazos cómodos habría desvalorado aún más el *assignat*.¹³⁴ Habría sido muy difícil, quizás imposible, satisfacer los deseos explicitados por los campesinos pobres sin obstaculizar la revolución burguesa y capitalista. Tal y como estaban las cosas, incluso las moderadas propuestas de Robespierre y Saint-Just tropezaron en la Convención y el Comité de Salud Pública con una oposición tan intensa, que vinieron a parar en nada.

Así, durante la fase radical, las necesidades y aspiraciones de los *sans-culottes* urbanos terminaron por entrar en directo y abierto conflicto con todos los sectores del campo. El síntoma más revelador fue el deterioro de los intercambios entre las ciudades y el campo, en particular del aprovisionamiento de las ciudades, problema que iba también a influir en extremo sobre el curso y las consecuencias de la Revolución Rusa. Durante el invierno de 1793-1794, la situación económica de los *sans-culottes* parisienses empeoró sensiblemente, pues los campesinos, resintiéndose de las correrías de las organizaciones *sans-culottes* por el campo, suministraron cada vez menos.¹³⁵ Una encuesta del gobierno simultánea con el proceso de Hébert puso al descubierto que los campesinos ya no llevaban provisiones a París debido a que había individuos que salían al campo y compraban los productos a un precio más alto que el fijado. Es obvio que ese subterfugio sólo era viable para los parisienses que poseían algún dinero. Los campesinos, a su vez, se quejaban de que ir a París no les reportaba ningún provecho, puesto que no podían obtener allí lo que necesitaban.¹³⁶ Y tal situación no quedaba limitada a París. También en otras partes de Francia las ciu-

dades se cerraban a los forasteros, mientras que los mercaderes de las aldeas opinaban que no podían propurarse en ellas lo que les hacía falta.¹³⁷

Los historiadores marxistas explican el fracaso de la revolución radical y la caída dramática de Robespierre por el aserto de que una revolución burguesa no podía satisfacer las exigencias de los *sans-culottes* parisienses.¹³⁸ Aunque en parte iluminadora, tal explicación me parece metafísica y unilateral en conjunto. Es cierto que los *sans-culottes* no defendieron a Robespierre y que el mismo Robespierre tampoco buscó de veras su ayuda durante la crisis, aun cuando otros sí intentaron agitarlos. El descontento de los *sans-culottes* fue, pocas dudas caben al respecto, la causa inmediata de la ruina de Robespierre. El sostén de las masas se había evaporado. ¿Pero por qué se había evaporado? En ese punto, hablar de un conflicto entre una revolución burguesa y una revolución más radical oscurece las cosas. Robespierre y el Comité de Salud Pública se habían mostrado dispuestos a ir mucho más allá de los límites de una revolución en beneficio de la propiedad privada. Lo malo fue que las medidas políticas en ese sentido, si bien surtieron efecto para asegurar la victoria militar, pusieron al campo en conflicto directo con los pobres urbanos, y ello en tal forma, además, que la miseria de los habitantes de las ciudades, lejos de resultar aliviada, se agravó.

En realidad, el *élan* revolucionario de los *sans-culottes* no se disipó con la ejecución de Robespierre. Después de Termidor y del desmonte de los controles económicos subsistentes, la situación material de los parisienses pobres aún se deterioró más, si cabe. Replicaron con motines en la primavera de 1795, quizá de mayor violencia todavía que las grandes jornadas revolucionarias del 14 de julio de 1789, 10 de agosto de 1792 y 31 de mayo de 1793. El populacho invadió la sala de la Convención, mató a uno de sus miembros y enarboló una cabeza en la punta de una pica.¹³⁹ Pero ese fervor popular revolucionario no tuvo consecuencias. El campo se resistió a moverse en ayuda de París. No existía tampoco ninguna razón para que el gobierno revolucionario hiciera concesiones al radicalismo. El rey había sido eliminado, la nobleza parecía que también, y los ejércitos revolucionarios defendían victoriosamente las fronteras. De ahí que las fuerzas del orden y la propiedad pudieran utilizar el ejército (que actuó entonces por primera vez contra una insurrección popular) para atajar la última oleada poderosa de los *sans-culottes*.¹⁴⁰ La represión subsiguiente dio principio al Terror Blanco. Por muy radical que fuera la ciudad, no podía hacer nada sin la ayuda de los campesinos. La revolución radical había llegado a su fin.

6. LOS CAMPESINOS CONTRA LA REVOLUCIÓN: LA VENDEE

Antes de pasar a examinar las consecuencias generales del impulso radical en la Revolución, será útil detenernos brevemente en el análisis de la resistencia campesina violenta que caracterizó la famosa contrarrevolución de la Vendée. En estado latente desde cierto tiempo atrás, se hizo contienda declarada en marzo de 1793, para prolongarse con distintos altibajos hasta 1796. Seguirían sus huellas imitaciones un tanto pálidas en las crisis políticas posteriores, como la caída de Napoleón en 1815 y el mal concebido alzamiento legitimista de 1832. La contrarrevolución de la Vendée resulta hoy en día un tema quemante como pocos por ser el único alzamiento campesino de grandes proporciones dirigido contra lo que se ha dado en llamar, con escasa exactitud, la *izquierda*. Los rebeldes se batían a los gritos de «¡Viva el rey y nuestros buenos curas! ¡Queremos nuestro rey, nuestros curas y el antiguo régimen!»¹⁴¹ Es quizá significativo que, en aquellos momentos de espontaneidad, se olvidaran de reclamar el retorno de los nobles, aunque aceptaron líderes nobles. Si miramos los hechos algo más de cerca, comprobamos que la paradoja de una revolución campesina conservadora se desvanece. El impulso esencial de la contrarrevolución fue de signo anticapitalista, contra los comerciantes y fabricantes de las ciudades próximas y los dispersos por el mismo corazón de la Vendée. En su violento rechazar el capitalismo que iba introduciéndose en el campo, la contrarrevolución de la Vendée se asemeja a los grandes alzamientos campesinos de Rusia y China suministradores de la parte más considerable de la fuerza popular que derruyó los antiguos regímenes antes de las victorias comunistas del siglo xx.

Descubrimos también en aquélla, por supuesto, rasgos específicos de Francia y de la época, anterior a la aparición de los movimientos anticapitalistas marxistas. Según acabamos de ver, el anticapitalismo era en el campo francés una fuerza de entidad. ¿Qué factores permitieron y provocaron que explotara en la Vendée en forma de auténtica contrarrevolución?

Con miras a aclarar esa cuestión, dos investigadores han estudiado a fondo hasta qué punto la sociedad de la Vendée difería de la de las regiones adyacentes adheridas a la corriente mayor de la Revolución.¹⁴² Sus pesquisas han establecido de modo muy convincente que las diferencias existían. En la zona contrarrevolucionaria, la agricultura comercial no había penetrado. En vez de vivir en aldeas rodeadas de campos abiertos distribuidos en características hazas, los campesinos habitaban en alquerías individuales aisladas o en caseríos dispersos y cultivaban parcelas de tierra cercadas con setos. Las técnicas agrícolas se hallaban estancadas. Los nobles, absentistas, poseían más

de la mitad de la tierra. En las «patrióticas» y revolucionarias regiones adyacentes, en cambio, las influencias comerciales eran fuertes, aunque coexistían con el arcaico sistema de aldeas apiñadas y campos abiertos. Los nobles eran menos influyentes, pero más numerosos.

Con la información de que hoy se dispone, sería posible proceder a dibujar un retrato pasaderamente completo de la sociedad de la Vendée y determinar en qué se distinguía ésta de las regiones vecinas leales a la Revolución. Tales diferencias en la estructura social, sin embargo, ¿dan de veras respuesta a nuestra cuestión? A ese respecto, tengo serias dudas. Lo harían si se demostrara que se produjeron conflictos inherentes a las relaciones entre las áreas contrapuestas. Si existiera, por ejemplo, algún dato que indicara que la más comercial necesitaba acrecer de continuo la extensión de las tierras cultivadas e invadía, entonces, la Vendée, se podría dar fácil crédito a que tarde o temprano ello hubiera desembocado en un conflicto muy grave. Pero los que han estudiado el problema no intentan siquiera, en rigor, presentar argumentos de ese tipo. Lo único que ponen de manifiesto es la existencia de diferencias y el hecho del conflicto. El enlace entre ambas cosas, la conexión entre formas sociales específicas y el hecho político de un estallido contrarrevolucionario, queda oscuro, por lo menos para mí.¹⁴³ En el siguiente capítulo, nos encontraremos con un problema similar, aunque a escala más amplia, al tratar de comprender la conexión entre el esclavismo de plantación y el capitalismo industrial en la Guerra Civil Americana. Por sí solas, las diferencias sociales y económicas no explican jamás un conflicto.

En el caso de la Vendée, la reflexión general sugiere en el acto dos posibles conexiones entre los caracteres sociales de la región y el brote contrarrevolucionario. Es lógico sospechar que la presión de la nobleza sobre el campesinado había sido considerablemente más leve en aquella parte de Francia. Parece asimismo verosímil que, en ese contexto, se hubiera dado un crecimiento gradual del comercio y de la fabricación.—o bien en la misma Vendée o bien en las regiones vecinas, que de un modo u otro la habrían invadido—, y ello de tal forma, que las gentes de las ciudades vinieron a ser en extremo opresivas y odiosas para las masas campesinas. Ni una ni otra hipótesis, con todo, encuentra demasiado sostén en la documentación, que apunta en su mayor parte hacia el sentido contrario.

Desde el momento que todas las fuentes ponen de relieve el aislamiento de la Vendée, su apartamiento e inaccesibilidad a las dos grandes fuerzas que estaban modernizando a Francia, la monarquía y las corrientes comerciales, la concepción general de una penetración comercial y un consiguiente descontento social parece ya de buenas a primeras poco prometedora. Existía, es cierto, una industria textil diseminada por las ciudades

del corazón de la Vendée y consagrada a tejer linos finos para mercados de fuera de la región. En los años anteriores a 1789, se produjo en el ramo textil una fuerte depresión que afectó duramente a los tejedores. Hay indicios de que algunos tejedores se volvieron entonces vehementemente antiburgueses. Los datos sobre los tejedores, no obstante, son ambiguos y contradictorios.¹⁴⁴ Además, su conexión con los campesinos, la mayoría de la población, era casi inexistente. A diferencia de otras partes de Francia, los campesinos de la Vendée no trabajaban en ocupaciones artesanas para complementar sus ingresos. Un individuo o era campesino o era tejedor. En líneas generales, la economía comercial coexistía con la rural casi sin tener contacto alguno con ella. Hablar de una explotación burguesa del campo es forzar los datos más allá de lo admisible. A lo sumo se dio cierta dosis de adquisición de tierras por las familias burguesas prósperas de las ciudades. En algunas partes de la Vendée, ello alcanzó sin duda proporciones considerables.¹⁴⁵ Pero el mismo proceso se estaba desarrollando en muchas partes de Francia sin engendrar contrarrevoluciones. En resumidas cuentas, las relaciones entre ciudadanos y campesinos antes del estallido de la Revolución dan muy poco de sí para justificar los sucesos sangrientos de 1793. En cuanto a los que se produjeron más tarde, ése ya es otro cantar.

La presión del régimen señorial sobre los campesinos es más difícil de evaluar. En aquella parte de Francia los nobles poseían buena parte de la tierra —en la zona nuclear de la contrarrevolución, la parte del León, alrededor del sesenta por ciento.¹⁴⁶ La mayoría de los nobles eran absentistas. La investigación moderna ha echado abajo la idea de que los campesinos izaron la bandera de la contrarrevolución movidos por la lealtad a los aristócratas que vivían entre ellos y compartían su rústica existencia.¹⁴⁷ Los ingresos de la nobleza procedían del arriendo de sus tierras a los campesinos. Muchos nobles contrataban a intermediarios profesionales que eran burgueses. (Es muy poco probable que esa circunstancia pudiera haber sido la causa de una hostilidad particular virulenta contra la burguesía, toda vez que existía también en muchas otras partes de Francia.) Si las rentas aumentaron o no en los últimos años del *ancien régime*, no está claro. Aunque suela decirse que los nobles absentistas de la Vendée se hallaban sobre todo interesados en percibir ingresos fijos, resulta difícil comprender por qué habrían estado menos expuestos a las tentaciones del consumo ostentativo que otros absentistas. Hay también indicios, hacia las postrimerías del *ancien régime*, de una reacción señorial y de un endurecimiento general de las condiciones de vida campesinas.¹⁴⁸

Nos ha llegado un testimonio, es cierto, que podría indicar que la carga fue más ligera: los *cahiers* de 1789 contienen bastantes menos quejas sobre cuestiones estrictamente «feudales»

en el área contrarrevolucionaria que en las vecinas. Sin embargo, como está alerta a puntualizar Tilly, ese hecho tan sólo significa que los grupos reprobadores de los privilegios nobles tenían poco peso en las deliberaciones públicas que preparaban la redacción de los *cahiers*. En otras palabras, que las voces críticas; intimidadas por la prepotencia del señor y sus agentes, no se habrían atrevido demasiado a hablar alto. Quedó manifiesto, por lo demás, un conglomerado considerable de críticas, y, en otros aspectos del *ancien régime* relacionados con todo detalle, los *cahiers* no revelan nunca una ausencia marcadamente característica de motivos de queja locales. Salieron a luz todas las quejas habituales.¹⁴⁹

Hasta aquí, poco hay que sugiera que las relaciones agrarias eran más amables para los campesinos de la Vendée, por lo menos en materia de cargas estrictamente económicas. Como hemos notado arriba, una supuesta diferencia fundamental recalcada antes a menudo por muchos autores —la pretendida residencia de la nobleza entre los campesinos y la comunión de ambos sectores en una misma actitud cultural— ha resultado ser un mito. Ahora bien: un aspecto de las relaciones agrarias sí que parece lo bastante característico del área contrarrevolucionaria para que se le conceda sumo valor explicatorio.

En contraste con las regiones «patrióticas» advacentes, donde los campesinos vivían en aldeas bastante grandes y cultivaban campos abiertos distribuidos en hazas, el corazón del territorio contrarrevolucionario se caracterizaba por los cercamientos. Cuándo y por qué se había procedido a cercar no aparece en las fuentes que he examinado, si bien está muy claro que el sistema de granjas aisladas había formado parte del orden establecido desde tanto tiempo atrás, que al estallar la Revolución no había ya memoria de su origen. Las granjas, arrendadas a los campesinos por la nobleza, solían tener una extensión de veinte a cuarenta hectáreas, bastante grande para Francia, aunque existían también unidades más pequeñas. La principal cosecha era, por lo regular, el centeno, para la subsistencia. Los contratos de arrendamiento se establecían por períodos de cinco, siete o nueve años. Pese a ser renteros, y no propietarios, los cultivadores de mayor importancia, aquellos que debían de marcar la tónica política en el campo, podían renovar los contratos con bastante facilidad. A menudo tales familias llevaban ya generaciones explotando las mismas tierras.¹⁵⁰

El significado político de ese hecho, sugeriría yo, estriba en que los campesinos más notables del territorio que iba a ser contrarrevolucionario disfrutaban ya de algunos de los beneficios capitales de la propiedad privada agraria. No estaban sujetos a las decisiones colectivas de la aldea respecto a los tiempos de arar, sembrar y cosechar, ni en cuanto al abandono de los campos al ganado una vez recogida la cosecha. Esas decisiones,

podía tomarlas por sí mismo cada rentero. Y, si cumplía con sus obligaciones, podía transmitir las tierras que explotaba a la generación siguiente. El obstinado individualismo y la independencia del campesino de la Vendée no son, probablemente, meros clichés literarios, desde el momento que tenían fuertes raíces en el orden social del campo, con su propiedad semiprivada y suma dispersión de las viviendas. En muchos casos, el trato con los vecinos debía de ser nulo durante largos espacios de tiempo.¹⁵¹ De haber llegado a estos campesinos desde el exterior una oleada revolucionaria en pro de una propiedad privada sin trabas que hubiera perseguido en la Vendée abolir el pago de rentas a la nobleza, es razonable pensar que se habrían adherido a ella de buena gana. Aun así, con todo, ¿qué más habrían podido prometerse de semejante revolución? Debajo de ellos, vale la pena notarlo, no existía un semiproletariado de braceros hambrientos de tierra que pudiera empujar a la revolución, una vez llegada, a dirigirse hacia la izquierda.¹⁵² Por otra parte, ¿qué era de esperar que sucedería si la Revolución, además de no abolir las rentas, oprimía a los campesinos con más contribuciones que bajo el antiguo orden? ¿Qué, si promovía una considerable apropiación de tierras por los burgueses? ¿Qué, finalmente, si venía como un ataque en masa contra la sociedad campesina?

Pues bien: así ocurrió.

Las rentas eran una forma «burguesa» de propiedad, y continuaron siendo exigidas hasta producirse la contrarrevolución, quizás incluso posteriormente. Cuando el valor del *assignat* se hundió, los propietarios cobraron sus rentas en especie, y puede que de ese modo las incrementaran. El desarraigo de las obligaciones más estrictamente «feudales» no parece haber aliviado a los campesinos. Cuando fue abolido el diezmo, los propietarios procedieron a aumentar sus rentas en la cuantía correspondiente.¹⁵³ En materia de contribuciones, el gobierno revolucionario exigió mucho más que el *ancien régime*. Teóricamente, los propietarios debían absorber esa sobrecarga; pero hay indicios de que, en la práctica, la echaron sobre las espaldas de sus renteros.¹⁵⁴ La política fiscal revolucionaria, con todo, no es probable que resultara decisiva, por cuanto ocurrió más o menos lo mismo en otras partes de Francia. Lo que más contó, dentro de las condiciones específicas de la Vendée, fue la acometida contra el clero, que formaba parte de una ofensiva general: económica, política y social a la vez.

Una de las fases de esa ofensiva fue la reorganización del régimen local de la Vendée durante 1790. Su máxima consecuencia se cifró en la instalación de un cargo electivo de nuevo cuño, el *maire*, como portavoz de la comunidad local, la *commune*. En muchos casos, sus habitantes respondieron de un modo significativo eligiendo al *curé* como alcalde. En la Vendée, el *curé*

era el dirigente «natural», pues se hallaba en el centro de las relativamente escasas redes de cooperación que existían en aquella sociedad de casas de campo aisladas y aldehuelas dispersas. Los asuntos religiosos deparaban en la Vendée las más señaladas ocasiones en que se reunían los campesinos, situación muy distinta de la que imperaba en las aldeas del resto del país, donde los campesinos se rozaban día por día. Casi todas las organizaciones formales a que podía pertenecer un campesino —escuela, hermandades, juntas parroquiales, y por supuesto la misma Iglesia— eran religiosas. Todo el dinero que daba el señor para buenas obras, lo administraba el *curé*. Era él, esencialmente, quien regía los asuntos internos de la *commune*, incluso durante los primeros tiempos del período revolucionario.¹⁵⁵ Invocar los especiales sentimientos religiosos de los campesinos de la Vendée para explicar el hecho de que se dejaran llevar por los *curés* a la contrarrevolución representa tomar el rábano por las hojas. Es muy probable que tales sentimientos fueran allí más fuertes. ¿Pero qué hubiera podido mantenerlos vivos sino la circunstancia de que el *curé* desempeñaba un singular papel en aquella diferenciada sociedad rural, hacía cosas que buena parte de los campesinos deseaban que se hicieran por razones bastante obvias? Ir contra el *curé* equivalía a amenazar la médula de la sociedad rural.

La gran ofensiva revolucionaria se concretó en la incautación de bienes eclesiásticos y la exigencia de que los sacerdotes juraran su lealtad al nuevo régimen de Francia dentro de la Constitución Civil del Clero. En aquella parte de Francia, sus efectos empezaron a hacerse sentir en 1790, o sea en simultaneidad con la ofensiva en las *communes*. La venta de bienes de la Iglesia sirvió para que la burguesía cargase con numerosas tierras. Los intentos de los campesinos más acomodados en el mismo sentido fracasaron. Parte de los compradores no eran forasteros, sino comerciantes, notarios y funcionarios locales, los responsables de traducir las reformas generales de la Revolución en cambios en el seno de sus comunidades rurales.¹⁵⁶ Por importante que fuera la apropiación de tierras, no hay ningún motivo para creer que resultó determinante. En el corazón de la Vendée, el *curé*, aunque hombre acaudalado, sacaba por lo regular sus ingresos exclusivamente de los diezmos.¹⁵⁷ Es, pues, improbable que desapareciesen de la vista de los campesinos muchos terrenos visibles o disponibles.

La medida clave fue la de exigir que el *curé* prestara juramento de fidelidad al gobierno revolucionario, con la secuela de su reemplazo por un forastero si se negaba a hacerlo. En la Vendée, el juramento se tomó en 1791. Prácticamente todo el clero se rehusó a prestarlo en los lugares que iban a ser los principales centros de la contrarrevolución, mientras que en las áreas «patrióticas» adyacentes, menos de la mitad.¹⁵⁸ Los

nuevos sacerdotes que fueron mandados a la región desde otras partes, y que, claro está, habían prestado el juramento, pronto se hallaron, en el mejor de los casos, aislados en medio de un ambiente hostil, y, en el peor, en serio peligro físico. Entre tanto densas masas de la población se congregaban clandestinamente, a veces en iglesias cerradas y abandonadas, pero más y más a menudo en hórreos y en campos abiertos, o en cualquier sitio donde no pudiera descubrirles un «patriota» local. Las misas clandestinas se caracterizaban por el entusiasmo.¹⁵⁹ He aquí la ruptura con la legalidad imperante. La sociedad que había constituido un mundo tenido por inmutable pasó de un golpe intacta a constituir un mundo contrarrevolucionario. El intento de imponer una recluta forzosa en 1793 no fue sino la chispa que hizo estallar una situación ya explosiva. Y hemos llegado, con los precedentes comentarios, al fin de nuestra relación.

En las revoluciones, lo mismo que en las contrarrevoluciones y las guerras civiles, sobreviene un punto crucial en que de súbito las gentes constatan que han roto de manera irrevocable con el mundo que han conocido y aceptado toda la vida. Para las distintas clases e individuos, ese destello de una nueva y sobrecogedora verdad se presentará en sucesivas fases del colapso del sistema imperante. Hay también decisiones y momentos únicos —la toma de un palacio, la decapitación de un rey o, a la inversa, el derrocamiento de un dictador revolucionario— después de los cuales no se puede volver atrás. Determinada acción violenta se convierte en la base de una nueva legalidad. Amplios sectores de la población pasan a formar parte de un nuevo orden social.

Esos rasgos, la contrarrevolución de la Vendée los comparte con otros cataclismos sociales violentos, aunque allí no se manifestaran casi nunca más que a la diminuta escala de la parroquia o de la *commune*. Lo que parece bastante más singular es la simple transformación de la organización social imperante en el campo, que constituía el orden legal y aceptado, en la base de la revuelta. En mis pesquisas, no he dado con ningún indicio del estallido de la sociedad tradicional en masas de individuos errantes, de multitudes revolucionarias, ni de la consiguiente generación de nuevas organizaciones revolucionarias y nuevas formas de solidaridad, proceso que más tarde los comunistas aprenderían, a través de las adversidades y yerros de la experiencia, a dirigir hacia sus objetivos. No obstante, en muchos de sus rasgos, la contrarrevolución de la Vendée prefiguraba lo que iba a suceder cuando el capitalismo chocara con las sociedades campesinas premodernas. En cuanto a la contienda armada en sí misma, podemos prescindir de relacionarla, toda vez que lo ocurrido previamente encierra las lecciones de mayor interés para nuestros propósitos. Baste con decir que la repre-

sión del movimiento contrarrevolucionario fue el acto más sangriento del drama revolucionario francés. Pasemos, en cambio, a relacionar de un modo general el terror revolucionario, dentro del que la venganza exigida por campesinos, y contra campesinos, dio lugar a un enorme y trágico número de víctimas.

7. CONSECUENCIAS SOCIALES DEL TERROR REVOLUCIONARIO

La experiencia del Terror y de la Revolución Francesa en general dieron un fuerte impulso a aquella operativa corriente del pensamiento político occidental caracterizada por su repudio de la violencia política, sea cual fuere su forma. Aún en la actualidad, probablemente, muchas personas cultas consideran el Terror como un demoníaco estallido de violencia populachera indiscriminada en la selección de sus víctimas, expresión después del odio y el extremismo más ciegos, en el fondo de una característica mentalidad utópica que está en las raíces del totalitarismo del siglo xx. Trataré de demostrar que esa interpretación no es más que una deformada caricatura.

Como toda caricatura, contiene algunos elementos verídicos, sin los que la imagen resultante no guardaría ninguna relación reconocible con la realidad. Las víctimas de las «matanzas de septiembre» —en su mayoría pobre gente que el azar quiso que se hallaran en la cárcel cuando la muchedumbre irrumpió en ella— evidencian que el resentimiento popular podía estallar en ramalazos de venganza indiscriminada. Sin embargo, un análisis desapasionado no puede quedar reducido a echarse atrás con horror; es necesario discernir las causas. Ésas residen, la cosa está bastante clara, en las circunstancias agravantes del momento y en la historia de degradación y opresión que tenían tras sí las masas populares hundidas en el fondo del orden social. Expresar repugnancia por las «matanzas de septiembre» olvidando los horrores subyacentes significa caer en una trampa partidista. En ese sentido, no hay ahí ningún misterio. En otro, sí. Como veremos con mayor claridad más adelante, al tratar de la India, los sufrimientos, por atroces que sean, no siempre engendran por necesidad estallidos revolucionarios, y menos aún una situación revolucionaria. Tal problema, con todo, no podemos abordarlo todavía. Limitémonos, por el momento, a constatar que la desesperación y la ira del pueblo fueron reacciones comprensibles a las circunstancias.

Para que el Terror llegara a ser un instrumento político efectivo, es decir para que produjera resultados políticos sustanciales, debió someterse el impulso popular a cierto control racional y centralizado. El impulso procedía ante todo de los *sans-culottes*. Ya desde el principio, hubo algo más que mero

resentimiento en el clamor por la guillotina. Era también una protesta contra las manipulaciones del mercado, que estaban produciendo inenarrable miseria, y una primaria manera de forzar a los enriquecidos especuladores a desasirse de las mercancías acaparadas. Aunque durante algún tiempo la situación y las exigencias de los campesinos pobres corrieron paralelas con las de los ciudadanos pobres, aquéllos no fueron en absoluto una fuerza sustancial para el imperio del «terror» organizado de 1793-1794. La violencia campesina desempeñó un papel relevante en la Revolución Francesa, sobre todo como fuerza aplicada a dismantelar las prácticas feudales, pero fundamentalmente en las primeras fases.

Las cosas rodaron de tal modo, que el impulso popular y el burocrático estuvieron parcialmente fundidos y parcialmente en contradicción. En esencia, lo que sucedió fue que Robespierre y la Montaña adoptaron gran parte del programa de los *sans-culottes*, incluso el «terror» en masiva escala, trataron de utilizarlo para sus propios fines y, con el tiempo, volvieron las armas contra las fuerzas populares.¹⁰⁰ Su proceder, en globo, fue racional. Nos consta, gracias a detalladas investigaciones, que el «terror» se ejerció sobre todo contra las fuerzas contrarrevolucionarias y que fue más severo allí donde la contrarrevolución había prendido más.¹⁰¹ Hubo, ciertamente, excepciones e injusticias. Pero el Terror, en sus rasgos esenciales, no consistió en un derramar sangre por el insano placer de derramarla.

Dentro de Francia, las fuerzas contrarrevolucionarias tuvieron dos bases geográficas distintas: la Vendée y las ciudades mercantiles y portuarias de Lión, Marsella, Tolón y Burdeos. El contraste entre uno y otro foco de la contrarrevolución proyecta una luz esclarecedora sobre el carácter social de la propia Revolución. La Vendée era la parte de Francia donde las influencias comerciales y modernas habían penetrado menos; las ciudades meridionales, en cambio, donde más. En la Vendée, ni que decir tiene, el Terror requirió el mayor número de víctimas. La situación en que se hallaba el Sur parece casi diametralmente opuesta a la de la Vendée, en particular por lo que respecta a Lión, donde la industria sedera se había desarrollado hasta el punto de arruinar a los artesanos y engendrar un incipiente proletariado moderno. En buena parte del Sur de Francia, el elemento comercial más acaudalado de las ciudades mostró marcada inclinación a darse las manos con la nobleza y el clero, que esperaban utilizar la Gironda y el movimiento federalista como cuña para la restauración de la monarquía. Al radicalizarse la Revolución, se desarrolló en algunas ciudades una pugna con bruscos vaivenes. Lión, Marsella, Tolón y Burdeos cayeron bajo el control de la burguesía más rica, coligada con los estamentos privilegiados, y se volvieron contra la Re-

volución. Su reconquista por ésta presentó distintas formas, según las circunstancias y personalidades locales. En Burdeos, tuvo lugar pacíficamente; en Lión, tras una encarnizada lucha, se desencadenó una de las represiones más sangrientas del Terror.¹⁰² Tanto en la Vendée como en las ciudades portuarias, las ejecuciones representaron tan sólo un aspecto relativamente pequeño del terror rojo en conjunto. Las autoridades revolucionarias mandaron ejecutar a menos de diecisiete mil personas. Cuántas murieron en las cárceles o de otra manera, en definitiva víctimas como aquéllas de la Revolución, no lo sabemos. Greer estima que, en total, de treinta y cinco mil a cuarenta mil personas pueden haber perdido la vida como consecuencia directa de la represión revolucionaria, cifra que Lefebvre considera una conjetura bastante razonable, aunque poco más que eso significa.¹⁰³ Que ese baño de sangre encerró aspectos trágicos e injustos, ningún autor serio lo negará. Al valorarlo, sin embargo, es preciso tener en cuenta los aspectos represivos del orden social que lo motivaron a modo de reacción. El orden social imperante va produciendo mecánicamente año tras año un trágico número de víctimas por muertes innecesarias. Sería muy instructivo calcular el porcentaje de muertes en el *ancien régime* por factores tales como inanición evitable e injusticia, si acaso fuera posible proceder a ello de una forma u otra. A primera vista, parece sumamente poco probable que quedase muy por bajo de la proporción de 0,0016 que resulta de la cifra de cuarenta mil víctimas de Greer si se compara con la de una población estimada en veinticuatro millones, la más baja que nos propone Greer.¹⁰⁴ Yo pienso que sería mucho más alta. Las cifras mismas son discutibles. La conclusión hacia la que apuntan lo es menos: hacer hincapié en los horrores de la violencia revolucionaria olvidando la de los tiempos «normales» es pura hipocresía partidista.

No va nada descaminado, en cambio, el lector que siente que hay algo de inhumano en ese pasar balance a base de inexorables estadísticas. Incluso si fuesen perfectas, no contestarían a algunas de las cuestiones más importantes y difíciles. ¿Era necesario el terror, el derramamiento de sangre por la Revolución? Y en todo caso, ¿qué se logró con él? Pasaremos, para terminar, a comentar brevemente esos puntos.

La revolución radical fue parte integrante de la revolución en nombre de la propiedad privada y los derechos del hombre justamente en cuanto respuesta negativa a la revolución burguesa. Los elementos anticapitalistas de la revolución de los *sans-culottes* y de las protestas de los campesinos más pobres representaban una reacción contra las penalidades acarreadas por la ininterrumpida penetración de rasgos capitalistas en la economía durante la última fase del *ancien régime* y durante la propia Revolución. Considerar a los radicales como una bande-

ría extremista, una excrescencia de la revolución liberal y burguesa, equivale a volver las espaldas a esa evidencia. Lo uno era imposible sin lo otro. Está también bastante claro que la revolución burguesa no habría ido tan lejos como lo hizo sin la presión de los radicales. Según hemos visto, los conservadores de las sucesivas fases trataron más de una vez de frenar la Revolución.

Lo verdaderamente trágico es que fracasaran, se apresurará quizá a decir el oponente democrático de la violencia. Si hubieran tenido éxito, si la Revolución Francesa hubiera venido a parar en la suerte de compromiso alcanzado por el impulso revolucionario inglés hacia 1689, la democracia habría podido irse estableciendo paso a paso más o menos como en Inglaterra, con lo que Francia se habría ahorrado las innecesarias y sangrientas sacudidas posteriores. Aunque en última instancia indemostrable, esa tesis merece una respuesta razonada. El máximo argumento contra ella ha sido dado ya con bastante detalle: la estructura social subyacente de Francia era fundamentalmente distinta y excluyente, por tanto, una transformación pacífica —que, como hemos visto, en realidad estuvo lejos de ser tal— semejante a la experimentada por Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX.

En una palabra: es muy difícil negar que, si Francia debía entrar en el mundo moderno por la puerta democrática, no podía menos que pasar por los fuegos de la Revolución, también en sus aspectos violentos y radicales. La conexión me parece en verdad casi tan estrecha como la que haya podido establecer jamás cualquier investigación histórica, pese a estar no menos cierto de que va a continuar siendo objeto de debate en tanto y mientras existan historiadores de distintas convicciones. Para todo aquel que acepte dicha conclusión, será legítimo plantear el segundo interrogante: ¿qué contribución visible aportó a las instituciones democráticas el derramamiento de sangre, la violencia?

En el caso de la Revolución Francesa, no es ni con mucho posible sostener la contribución de la violencia al gradualismo democrático con argumentos tan firmes como en el de la Revolución Puritana. El mero hecho de las guerras napoleónicas excluye semejante interpretación. Para mencionar tan sólo otro extremo, los investigadores franceses del siglo XX señalan las hendiduras dejadas por la Revolución como la causa primordial de la inestabilidad de las instituciones políticas de Francia. Sin embargo, ciertos cambios de la sociedad francesa obrados gracias a la Revolución resultaron en definitiva favorables al desarrollo de la democracia parlamentaria.

La Revolución hirió mortalmente a todo el engranado complejo de los privilegios aristocráticos: monarquía, aristocracia terrateniente y derechos señoriales, complejo que constituía la

esencia del *ancien régime*. Lo hizo en nombre de la propiedad privada y la igualdad ante la ley. Negar que el impulso predominante y las consecuencias capitales de la Revolución fueron burguesas y capitalistas no pasa de ser una sofistería trivial. Lo que sí es cuestionable de tal perspectiva es cualquier argumentación en el sentido de que un grupo relativamente sólido de intereses comerciales e industriales había alcanzado suficiente poder económico en el último cuarto del siglo XVIII para sacudirse las cadenas feudales, en lo esencial por sus propias fuerzas, a fin de iniciar un período de expansión industrial. Así presentada, la tesis pone excesivo énfasis en la influencia independiente de aquellos intereses. Que el resultado último de todas las fuerzas en acción, no obstante, no fue otro que la victoria de un sistema económico basado en la propiedad privada y de un sistema político basado en la igualdad ante la ley, las características básicas de las democracias parlamentarias occidentales, y que la Revolución fue un hito crucial en ese proceso, son verdades innegables, por muy tópicas que parezcan.

Con la Restauración, es cierto, un rey de la dinastía borbónica reinó de nuevo durante una década y media, de 1815 a 1830, y la aristocracia rural reconquistó temporalmente gran parte de lo que había perdido. Algunos estudiosos estiman que recuperó alrededor de la mitad de la propiedad territorial perdida con la Revolución. Volvió a ser, no cabe duda, el grupo político predominante, de hecho el único. El no compartir el poder con la *haute bourgeoisie*, o sea el no hacer de esa clase su aliado en vez de su enemigo, fue una de las causas importantes de la Revolución de 1830. En esa fecha la aristocracia desapareció de la arena política en cuanto grupo político coherente y efectivo, aunque conservara considerable prestigio social hasta mucho tiempo después.¹⁶³

Desde el punto de vista de las cuestiones planteadas en este libro, la destrucción del poder político de la aristocracia rural constituye el más significativo proceso de los que se desarrollaron en el curso de la modernización francesa. En último extremo, su origen puede atribuirse mayormente, aunque no de todo en todo, a la respuesta que dio la nobleza francesa a los problemas agrícolas en una sociedad cada vez más comercial. El absolutismo real pudo domar y controlar a una aristocracia que tenía dificultades para establecer una base económica independiente. La Revolución completó la obra de los Borbones, como percibió ya de Tocqueville. Ello trajo por consecuencia la destrucción de una de las bases sociales indispensables de los regímenes autoritarios derechistas, que muestran una fuerte tendencia a culminar en el fascismo al sufrir el impacto de la industria avanzada. Dentro de esa perspectiva muy amplia, la Revolución Francesa aparece como sustitutivo parcial o alterna-

tiva histórica para el desarrollo de una agricultura comercial libre de rasgos preindustriales. En otros países de primer plano, si el impulso subyacente a la revolución burguesa ha sido débil o ineficaz, ha advenido o bien el fascismo o bien el comunismo. Al destruir una de las causas capitales de semejante resultado, la supervivencia de la aristocracia rural en tiempos modernos, y llevarlo a cabo a fines del siglo XVIII, la Revolución Francesa aportó una contribución capital al desarrollo de la democracia parlamentaria en Francia.

Así pues, en lo tocante a la aristocracia rural, la contribución de la Revolución parece haber sido favorable y aun decisiva. Pero justamente los mismos procesos destructores de la aristocracia rural iban a la vez creando pequeña propiedad campesina. En ese aspecto, las consecuencias fueron mucho más ambiguas. Lefebvre nos recuerda que la venta de tierras confiscadas a la Iglesia y a los *émigrés* no constituyó la fuente de la propiedad campesina, que trae sus orígenes de tiempos muy anteriores. En realidad fue la burguesía la que, por lo general, se aprovechó más de las ventas, aunque localmente se dieran aumentos importantes en la propiedad campesina.¹⁰⁰ Otro de los máximos beneficiarios de la Revolución fue la aristocracia campesina. Sin embargo, las requisas, el intento de imponer precios topes a los precios de los granos y el brío comunicado a los pequeños explotadores y braceros durante la fase radical de la Revolución motivaron que el estrato superior de los campesinos se volviera contra la República, hecho de gran trascendencia que dejaría un legado funesto por largo espacio de tiempo.¹⁰¹

Se posee información menos sólida acerca de la sociedad campesina durante el siglo XIX, e incluso el XX, que para la del siglo XVIII.¹⁰² Ese soporte posibilita las generalizaciones que siguen. En primer lugar, que a los campesinos de mayor cuantía les importaba muy poco la democracia como tal. Lo que ambicionaban eran garantías efectivas para la propiedad y la posición social en sus propias aldeas. Más concretamente, garantías contra cualquier recusación seria de la propiedad adquirida por la *vente des biens nationaux* de procedencia aristocrática o contra cualesquiera ideas radicales que propugnasen una redistribución de la propiedad. En segundo lugar, que el continuo incremento de la industria capitalista tendía a socavar la pequeña propiedad campesina, que se hallaba en desventaja en la producción para el mercado. Los portavoces de los campesinos se quejaron a menudo de que las condiciones en que debían operar les eran adversas. Esas razones concurrentes explican que la propiedad campesina haya tenido consecuencias ambiguas: nos aparece como una amenaza contra la gran propiedad —tanto en sus formas capitalistas como en las aristocráticas precapitalistas— y, a la vez, como una muralla exterior que la protege. En el siglo XX, la ambigüedad se manifiesta más por

lo claro allí donde los campesinos apoyan al Partido Comunista Francés.

Tal paradoja, en realidad, es más aparente que real. En su calidad de grupo precapitalista, los campesinos a menudo despliegan fuertes tendencias anticapitalistas. En el curso de esta exploración, trataré de indicar las condiciones en que dichas tendencias adoptan formas reaccionarias o revolucionarias.

8. RECAPITULACIÓN

El mensaje central que he sabido discernir en los orígenes, curso y consecuencias de la Revolución es que la destrucción violenta del *ancien régime* fue un paso crucial para Francia en el largo camino hacia la democracia. Es necesario subrayar que lo fue precisamente para Francia, donde los obstáculos con que se enfrentaba la democracia no eran los mismos que en Inglaterra. La sociedad francesa no había engendrado —ni probablemente podía engendrar— un parlamento de señores rurales con injerencias burguesas al modo de Inglaterra. En Francia, tendencias previas habían determinado que las clases altas, en vez de formar parte de la cuña introductoria de la democracia liberal, le fueran adversas. Por lo tanto, para que la democracia triunfara en Francia, debían quitarse de en medio ciertas instituciones. Constatar semejante conexión entre ambos fenómenos no implica en absoluto la tesis de que la historia francesa tenía que culminar necesariamente en la democracia liberal o de que la Revolución era inevitable. Al contrario: hay motivos para sostener que todo el proceso hubiera podido desarrollarse de modo muy distinto y que, por esa misma circunstancia, la Revolución fue aún más decisiva.

Dentro de las condiciones creadas por el absolutismo real, las clases altas rurales de Francia se adaptaron a la intrusión gradual del capitalismo oprimiendo más a los campesinos, aunque dejándolos en un régimen propinquo a la propiedad *de facto*. Hasta aproximadamente la mitad del siglo XVIII, la modernización de Francia tuvo lugar por obra de la corona. Como parte de ese proceso, la nobleza y la burguesía fueron fusionándose, en forma bastante distinta que en Inglaterra. Tal fusión se efectuó más bien a través de la monarquía que contra ella; para decirlo de un modo taquigráfico, inexacto pero que quizá resulte aquí útil, por la «feudalización» de un sector considerable de la burguesía, y no al contrario. Ello trajo por resultado final que quedara en extremo limitada la libertad de acción de la corona, su capacidad de decidir qué cargas debían establecerse y cómo debían repartirse entre los distintos sectores sociales. Esa limitación, acentuada por los defectos de carácter de Luis XVI, creo yo que fue el principal factor determinante de

la Revolución, antes que cualquier conflicto de intereses sobre manera violento entre clases o grupos. Sin la Revolución, aquel proceso integrador de la nobleza y la burguesía habría quizá continuado e impulsado a Francia hacia una forma de modernización desde arriba, semejante en sus rasgos esenciales a la de Alemania y el Japón.

Pero la Revolución le impidió. No fue aquélla una revolución burguesa en el sentido estricto de la conquista del poder político por una burguesía que ya con anterioridad hubiera ganado las alturas cimeras del poder económico. Hubo un grupo de tal naturaleza dentro de la burguesía, pero la historia previa —el absolutismo real— había impedido su pleno desarrollo, de modo que no era lo bastante fuerte para poder conseguir demasiado por sí solo. Lo que en realidad aconteció fue que determinados sectores de la burguesía escalaron el poder apoyándose en movimientos radicales de la plebe urbana, desatados por el colapso del orden y la monarquía. Esas mismas fuerzas radicales impedirían después que la Revolución diera marcha atrás o se detuviera en alguna coyuntura favorable para aquellos sectores burgueses. Mientras tanto los campesinos, entonces sobre todo los estratos superiores, habían sacado partido de las circunstancias para imponer el desmantelamiento del sistema señorial, el logro más señalado de la Revolución. El radicalismo rural y el urbano, que compartían una contradictoria amalgama de ansias de pequeña propiedad y de afanes colectivistas que miraban hacia el pasado, pudieron marchar juntos por algún tiempo, hasta y durante las fases más radicales de la Revolución. Pero la necesidad de abastecer a los estratos urbanos más pobres y a los ejércitos revolucionarios chocó con los intereses de los campesinos más acomodados. La creciente resistencia de los campesinos, al dejar sin subsistencias a los *sans-culottes* de París, enajenó a Robespierre el apoyo popular y paralizó la revolución radical. En adelante los *sans-culottes* harían la Revolución burguesa; los campesinos determinarían hasta dónde podía llegar. La manquedad de la Revolución, por otro lado, imputable en gran parte a la estructura de la sociedad francesa a fines del siglo XVIII, acarreó que hasta pasado mucho tiempo no pudiera establecerse en la sociedad francesa una democracia capitalista hecha y derecha.

III. La Guerra Civil americana: la última revolución capitalista

1. PLANTACION Y FABRICA: ¿UN CONFLICTO INEVITABLE?

Las principales diferencias entre la ruta norteamericana hacia la democracia capitalista moderna y las seguidas por Inglaterra y Francia dimanan del arranque posterior de Norteamérica. Los Estados Unidos no se vieron con el problema de desmantelar una compleja y arraigada sociedad agraria de formas o feudales o burocráticas. La agricultura comercial fue importante ya desde el principio, por ejemplo en las plantaciones de tabaco de Virginia, y muy pronto, al poblarse el país, pasó a predominar. Las pugnas políticas entre una aristocracia rural precomercial y un monarca no forman parte de la historia norteamericana. Tampoco ha poseído nunca la sociedad norteamericana una clase maciza de campesinos comparable a las de Europa y Asia.¹ Por todos esos motivos, puede ser que alguien arguya que la historia norteamericana no contiene ninguna revolución comparable a la Revolución Puritana y a la Francesa, ni, por supuesto, a las revoluciones del siglo XX en Rusia y la China. Sin embargo, se han producido en nuestra historia dos grandes estallidos de violencia, la Revolución Americana y la Guerra Civil, ésa última uno de los conflictos más sangrientos registrados hasta entonces en la Historia moderna. Es bastante obvio que ambas han sido elementos importantes en el proceso por el que los Estados Unidos se han convertido hacia la mitad del siglo XX en la suprema democracia capitalista industrial. Se considera, por lo común, que la Guerra Civil marcó una violenta divisoria entre las épocas agrarias e industriales de la historia norteamericana. De ahí que este capítulo verse sobre sus causas y consecuencias, con miras a dilucidar si, en efecto, fue una ruptura violenta con una estructura social más antigua que condujo al establecimiento de la democracia política, de un modo comparable a las revoluciones Francesa y Puritana. Más en general, espero mostrar cuál es su sitio en la secuencia genética de grandes sacudidas históricas que podemos hacer arrancar de las guerras campesinas del siglo XVI en Alemania, y que, a través de la Revolución puritana, la francesa y la rusa, culmina en la Revolución china y aun en los conflictos de hoy en día.

Tras muchas dudas, he llegado a la conclusión de que la Guerra Civil americana fue la última ofensiva revolucionaria por

parte de lo que se puede llamar legítimamente democracia capitalista urbana o burguesa. El esclavismo de plantación en el Sur, será mejor añadirlo en seguida, no representaba ningún lastre económico para el capitalismo industrial. Más bien parece, al contrario, que ayudó a promover el crecimiento industrial norteamericano en los primeros estadios. Pero el esclavismo era un obstáculo para la democracia política y social. Esa interpretación encierra ambigüedades. Las que proceden del carácter de los datos irán siendo expuestas a medida que se desarrolle el análisis. Otras están más en el fondo y, como trataré de demostrar al final del capítulo, no desaparecerían cualesquiera que fuesen los datos que se sacaran a luz.

Además de cuestiones de espacio y tiempo, no menos asequibles al lector que al autor, existen factores objetivos para dejar a un lado la Revolución americana tras dedicarle unos breves comentarios. Desde el momento que no dio lugar a cambios fundamentales en la estructura de la sociedad, hay motivos para que uno se pregunte si merece en lo más mínimo ser llamada revolución. En el fondo fue un conflicto entre intereses comerciales de Inglaterra y Norteamérica, aunque ejercieran también un papel asuntos más elevados. El empeño en que Norteamérica haya tenido una revolución anticolonialista puede ser bueno para fines de propaganda, pero es mala historia y mala sociología. La característica distintiva de las revoluciones anticolonialistas del siglo XX es el esfuerzo por establecer una nueva forma de sociedad con sustanciales elementos socialistas. Sacudirse el yugo extranjero no es sino un medio para conseguir tal fin. Las corrientes radicales que existieron dentro de la Revolución americana no fueron capaces, en su mayor parte, de abrirse camino hasta la superficie. El efecto capital de aquélla fue promover la unificación de las colonias en una sola unidad política y su separación de Inglaterra.

Se suele presentar a la Revolución americana como un buen ejemplo del genio norteamericano (o anglosajón) para el compromiso y la concordia. La Guerra Civil, en cambio, no sirve para ello; corta una raja sangrienta en nuestra historia. ¿Por qué sucedió así? ¿Por qué nuestra cacareada capacidad de componer nuestras diferencias nos falló en aquel punto? Como a san Agustín el problema del mal humano y la caída de Roma, esa cuestión ha fascinado profundamente durante largo tiempo a los historiadores norteamericanos. Una ansiosa inquietud, bien comprensible, parece estar en la misma base de su interés. Por espacio de cierto tiempo, adoptó la forma de si la guerra hubiera podido o no evitarse. La generación presente de historiadores ha empezado a mostrar impaciencia ante ese modo de plantear el problema. A muchos les parece éste puramente semántico, toda vez que si uno de los dos bandos hubiese estado dispuesto a someterse sin luchar la guerra no se habría produ-

cido.³ Pero así eluden la verdadera cuestión: ¿por qué no hubo voluntad de someterse, ya en uno de los bandos ya en ambos?

Tal vez convendría plantearlo en términos menos psicológicos. ¿Había, en un sentido objetivo, un conflicto mortal entre las sociedades del Norte y del Sur? El pleno significado de esa cuestión aparecerá más claramente si tratamos de darle respuesta, no mediante una disquisición teórica, sino a base de hechos específicos. En sustancia, nos estamos preguntando si los requisitos institucionales para el desarrollo de una economía de plantación basada en el esclavismo chocaron seriamente en un momento dado con los necesarios, a su vez, para el desarrollo de un sistema industrial capitalista. Doy por sentado, en principio, que es posible descubrir de qué requisitos se trataba en realidad, en el mismo sentido objetivo en que un biólogo puede descubrir para cualquier organismo viviente las condiciones necesarias para su reproducción y supervivencia, tales como tipos específicos de nutrición, grado de humedad... También debería estar claro que los requisitos o imperativos estructurales para el esclavismo de plantación y el primitivo capitalismo industrial van mucho más allá de los simples ajustes económicos; que llevan, sin duda, al ámbito de las instituciones políticas. Las sociedades esclavistas no revisten las mismas formas políticas que las basadas en una mano de obra libre. Pero, para volver a nuestra cuestión central, ¿es ello acaso motivo para que deban contender?

Cabría partir de un concepto general a guisa de que hay un conflicto inherente entre la esclavitud y el sistema capitalista de mano de obra asalariada formalmente libre. Aunque tal conflicto constituye una parte básica del análisis de los hechos aquí debatidos, no voy a utilizarlo a título de proposición general de la que la Guerra Civil derivaría como un caso particular. Según veremos dentro de poco, el algodón producido por la mano de obra esclava desempeñó un papel decisivo en el desarrollo, no tan sólo del capitalismo norteamericano, sino también del capitalismo inglés. Los capitalistas no tuvieron escrúpulo alguno en adquirir mercancías producidas por esclavos si podían sacar provecho de ellas elaborándolas y vendiéndolas. Desde un punto de vista estrictamente económico, la mano de obra asalariada y el esclavismo de plantación contienen idéntico potencial para intercambios y relaciones políticas complementarias que para un conflicto. Podemos, pues, contestar al interrogante que nos hemos planteado con una negativa provisional: no hay ninguna razón general abstracta por la que Norte y Sur debieran contender. En otras palabras: tuvieron que darse circunstancias históricas especiales para que resultara inviable el acuerdo entre una sociedad agraria basada en una mano de obra no libre y el capitalismo industrial ascendente.

Para rastrear qué circunstancias estuvieron de por medio,

es útil echar un vistazo a un caso en que se produjo un acuerdo entre ambos tipos de subsociedades dentro de una unidad política más amplia. Si sabemos qué posibilita un acuerdo, también sabemos algo de las circunstancias que podrían imposibilitarlo. Otra vez el paralelo con Alemania resulta útil y sugestivo. La historia alemana del siglo XIX demuestra bastante por lo claro que la industria avanzada puede muy bien avenirse con una forma de agricultura que posea un sistema de mano de obra sumamente represivo. El *Junker* alemán, ciertamente, no era del todo un propietario de esclavos. Y Alemania no era los Estados Unidos. A punto fijo, sin embargo, ¿dónde radicaron las diferencias decisivas? Los *Junker* se las arreglaron para atraer a los campesinos independientes dentro de su órbita y establecer una alianza con sectores de la gran industria gozosos de contar con su ayuda para, combinando represión y paternalismo, retener a los obreros industriales en sus puestos. Las consecuencias, a la larga, fueron fatales para la democracia en Alemania.

La experiencia alemana sugiere que, si el conflicto entre Norte y Sur se hubiera arreglado por las buenas, el compromiso habría sido a expensas del desarrollo democrático subsiguiente de los Estados Unidos, posibilidad, que yo sepa, no explorada por ningún historiador revisionista. También nos indica dónde podríamos bucear con provecho. ¿Por qué los capitalistas del Norte no necesitaron de los «*Junker*» del Sur para establecer y afianzar el capitalismo industrial en los Estados Unidos? ¿Es que faltaban en los Estados Unidos los vínculos económicos y políticos que existieron en Alemania? ¿Es que había en la sociedad norteamericana grupos distintos, por ejemplo granjeros independientes en vez de campesinos? ¿Dónde y cómo estaban alineados los principales grupos en la situación norteamericana? Pero ya es tiempo de examinar más de cerca el escenario norteamericano.

2. TRES FORMAS DE CRECIMIENTO CAPITALISTA NORTEAMERICANO

Antes de 1860, los Estados Unidos habían desarrollado tres formas de sociedad bastante distintas en partes del país también diversas: el Sur algodónero; el Oeste, tierra de granjeros independientes; y el Nordeste, en rápido proceso de industrialización.

Las líneas divisorias y de cooperación no habían seguido siempre, ni mucho menos, tales direcciones. Es cierto, sin embargo, que desde los días de Hamilton y Jefferson se había dado una pugna a ultranza entre los intereses agrarios y los urbanos comerciales y financieros. La expansión del país hacia el Oeste insinuó por un momento, bajo el presidente Jackson, en los

años treinta del siglo XIX, que los principios democráticos del campo —en la práctica, un mínimo absoluto de autoridad central y una tendencia a favorecer más a los deudores que a los acreedores— habían alcanzado una victoria definitiva sobre los de Alexander Hamilton. Pero, incluso en los propios tiempos de Jackson, la democracia agraria tropezó con graves dificultades. Dos desenvolvimientos estrechamente relacionados iban a destruirla: el ininterrumpido crecimiento del capitalismo industrial en el Nordeste, y la apertura de un mercado de exportación para el algodón del Sur.

Aunque la importancia del algodón para el Sur sea muy sabida, su significado para el desarrollo capitalista global se conoce menos bien. Entre 1815 y 1860, el algodón ejerció una influencia decisiva sobre el índice de crecimiento de la economía norteamericana. Hasta alrededor de 1830, fue la causa más importante del aumento de la fabricación en el país.³ Sin que perdiera su relieve en el orden interno, por entonces las exportaciones algodóneras adquirieron enorme magnitud.⁴ En 1849, un sesenta y cuatro por ciento de la cosecha de algodón iba al extranjero, sobre todo a Inglaterra.⁵ Desde 1840 hasta la Guerra Civil, Gran Bretaña sacaba de los Estados Unidos del Sur las cuatro quintas partes de sus importaciones de algodón.⁶ Está muy claro, por consiguiente, que la plantación explotada por medio de esclavos no representó una excrecencia anacrónica para el capitalismo industrial. Fue parte integrante de ese sistema, y uno de sus motores en todo el mundo.

En la sociedad sureña, los propietarios de plantaciones y de esclavos significaban una minoría muy reducida. Hacia 1850, probablemente había menos de trescientos cincuenta mil propietarios de esclavos dentro de una población blanca total, en las áreas de esclavitud, de unos seis millones.⁷ Con sus familias, ascendían como máximo a una cuarta parte de la población blanca. Y aun, dentro de tal grupo, los que poseían la mayoría de los esclavos no pasaban, a su vez, de exigua minoría: cierto cómputo para 1860 estima que un siete por ciento de los blancos poseían casi las tres cuartas partes de los esclavos negros.⁸ Lo mismo las mejores tierras que el meollo del poder político tendían a recaer en sus manos.⁹

De esa élite de poseedores de plantaciones, se pasaba gradualmente a los granjeros que cultivaban la tierra valiéndose de unos pocos esclavos, entre un gran número de pequeños propietarios de haciendas sin esclavos, hasta llegar a los blancos pobres de las zonas donde la agricultura se reducía a un desmazalado cavar maizales de escasa extensión e improductivos. Los blancos pobres quedaban al margen de la economía de mercado; muchos de los pequeños granjeros no estaban sino en su periferia.¹⁰ Los más acomodados aspiraban a poseer algunos negros más y a convertirse en plantadores a gran escala. Es proba-

ble que la influencia de ese grupo intermedio declinara después de los tiempos de Jackson, aunque existe toda una escuela de historiadores del Sur empeñados en romantizar a los *yeomen* y «gente sencilla» del viejo Sur como la base de un orden social democrático.¹¹ Ello, a mi entender, es un solemne disparate. En todas las épocas y en todos los países, los reaccionarios, los liberales y los radicales han pintado retratos de los campesinos según sus respectivas teorías. El elemento de verdad, ciertamente importante, contenido en aquella imagen particular estriba en que los pequeños granjeros del Sur aceptaron, por lo general, el liderazgo político de los grandes plantadores. Los autores impregnados de marxismo proclaman que tal unidad dentro de la casta blanca era contraria a los auténticos intereses económicos de los pequeños granjeros y que tan sólo vino a producirse porque el temor a los negros cohesionaba a los blancos. Es una exégesis tan posible como dudosa. En muchas ocasiones, si no existe una alternativa manifiesta y, en cambio, se vislumbra alguna posibilidad de convertirse uno en gran hacendado, los pequeños propietarios se dejan guiar por los grandes.

Dado que el esclavismo de plantación fue el hecho dominante de la vida sureña, parece necesario examinar el funcionamiento del sistema para descubrir si engendraba fricciones de cuenta con el Norte. Se puede avanzar al acto una consideración: el esclavismo, casi de seguro, no estaba a punto de extinguirse por razones internas. Resulta difícilmente sostenible la tesis de que la guerra era «innecesaria», en el sentido de que tarde o temprano también se habría llegado a los mismos resultados por medios pacíficos, o sea que no existía un auténtico conflicto. Si el esclavismo tenía que desaparecer de la sociedad norteamericana, era necesaria la fuerza.

Sobre ese particular, los mejores indicios provienen del Norte, donde la emancipación pacífica durante la Guerra Civil chocó con dificultades casi insuperables. Los Estados de la Unión cerraron los oídos y expresaron toda suerte de aprensiones cuando Lincoln intentó introducir un moderado proyecto emancipador con compensación para los antiguos propietarios. Lincoln tuvo que abandonar el plan.¹² La Proclamación de Emancipación (1 de enero de 1863), como es bien sabido, exceptuó los Estados esclavistas de la Unión y los territorios del Sur comprendidos dentro de sus límites; para decirlo con palabras de un observador inglés contemporáneo (Earl Russell, antepasado de Bertrand Russell), emancipó tan sólo a los esclavos «allí donde autoridades de los Estados Unidos no pueden ejercer ninguna jurisdicción».¹³ Si la emancipación pacífica tropezó con tales dificultades en el Norte, las del Sur apenas requieren ya comentario alguno.

Las consideraciones precedentes inclinan con fuerza a concluir que el esclavismo resultaba provechoso económicamente.

El autor de una monografía aparecida hace poco arguye de un modo muy lógico que ahí radicó la causa principal de que persistiera en el Sur. Los lamentos del Sur de que, con el esclavismo, se estaba perdiendo dinero, los rechaza por considerarlos una de las racionalizaciones con que los portavoces sureños intentaban hallar un fundamento moral más elevado para aquél, con lo cual nos encontraríamos ante una temprana versión de las responsabilidades civilizadoras del hombre blanco. Avergonzándose de justificarlo con razones puramente económicas, cosa que les hubiera puesto al mismo nivel de los mezquinos y rapaces yanquis, preferían proclamar que era la forma natural de sociedad humana, no menos beneficiosa para el esclavo que para el amo.¹⁴ Más recientemente aún, dos economistas insatisfechos con los datos sobre los que descansaban los estudios anteriores, en su mayor parte registros de contabilidad fragmentarios e incompletos de las primeras actividades efectuadas en las plantaciones, han intentado aclarar los interrogantes planteados examinando información estadística más general. A fin de averiguar si el esclavismo resultaba más o menos provechoso que otros sistemas, han reunido estadísticas sobre los precios medios de los esclavos, los tipos de interés sobre los papeles comerciales básicos, los costes de mantenimiento de los esclavos, los rendimientos por palmo de terreno de primera clase, los costes de comercialización del algodón, los precios del algodón, y otros datos relevantes. Aunque soy algo escéptico acerca de la fiabilidad y el valor representativo de las estadísticas originales, sus conclusiones están en la línea de otras conjeturas y probablemente lo más cerca posible de la realidad a que puedan llevar tales métodos. También ellos concluyen que el esclavismo de plantación reportó pingües ganancias, además de constituir un sistema eficaz desarrollado en las zonas más apropiadas para la producción de algodón y otras fibras. En cuanto a las áreas sureñas menos productivas, producían esclavos y exportaban el excedente a las regiones productoras de cosechas de fibras.¹⁵

Saber que el esclavismo de plantación era, en conjunto, algo lucrativo es importante, pero insuficiente. Entre los dueños de plantaciones, hubo diferencias de tiempo y de lugar, que acarrearón notables consecuencias políticas. Por los tiempos en que estalló la guerra, el esclavismo de plantación se había convertido en un rasgo característico del bajo Sur. Había desaparecido de las plantaciones de tabaco antes de 1850, en especial porque no resultaba demasiado ventajosa para las explotaciones a gran escala. En Maryland, Kentucky y Missouri, el propio término de «plantación» había caído casi en desuso con anterioridad a la Guerra Civil.¹⁶ Alrededor de 1850, donde se podía obtener ganancias más crasas era en las tierras vírgenes: inicialmente, las mejores oportunidades se habían presentado en regiones como Alabama y Misisipi; después de 1840, en Tejas. Incluso

en las tierras vírgenes, lo más indicado era saldar y trasplantarse antes de que el suelo se agotara.¹⁷

Ese migrar el esclavismo de plantación del Sur hacia el Oeste creó un grave problema político. Extensas áreas del Oeste se hallaban todavía despobladas o escasamente pobladas. Aunque el cultivo del algodón tuviera ante sí obvias limitaciones de clima y suelo, nadie podía estar seguro de cuáles eran a punto fijo. Si el esclavismo se extendía, el equilibrio entre los Estados esclavistas y los de hombres libres podía romperse —lo cual claro está, tan sólo resultaba importante si lo era, a su vez, la diferencia entre uno y otro tipo de sociedad. Para 1820, el problema ya se había agudizado en gran manera, si bien se alcanzó una composición en el Compromiso de Missouri, que contrapesó la entrada de Missouri como Estado esclavista con la de Maine como Estado de hombres libres. A partir de entonces, siguió un curso intermitente. Solemnes y magistrales acuerdos políticos parecían resolverlo de una vez para siempre, y al poco se deshacían. La cuestión de la esclavitud en los «territorios», como se llamaba a las áreas que aún no habían pasado a ser Estados, tuvo un papel de primera magnitud en el desencadenamiento de la guerra. La incertidumbre inherente a la situación, muy probablemente, exageró los conflictos económicos de un modo desproporcionado.

La tendencia migratoria del esclavismo de plantación fue también importante en otros aspectos. Al declinar en el viejo Sur el cultivo del algodón, hubo cierta tentativa de adaptarse a las circunstancias criando esclavos. Es difícil determinar su alcance. Pero existen indicios —cuando menos— bastante fehacientes de que ello no bastó para satisfacer la demanda. El precio de los esclavos aumentó casi de continuo desde los primeros años cuarenta hasta el estallido de la guerra. El precio del algodón tendió asimismo a aumentar, pero con fluctuaciones mucho más marcadas. Tras el pánico financiero de 1857, el último se desplomó, mientras que aquél continuó subiendo sin tasa.¹⁸ La prohibición de importar esclavos parece haber cuajado en un bloqueo bastante efectivo. Los clamores del Sur en torno a la reapertura de la trata de esclavos, clamores que se intensificaron inmediatamente antes de la ruptura definitiva de las hostilidades, mueven a pensar en una seria escasez de mano de obra que entorpecía el sistema de plantación. Cuán seria, sin embargo, ya es más difícil decirlo. Como los capitalistas están casi siempre inquietos por la perspectiva de que la mano de obra escasee, parece oportuno considerar los lamentos del Sur en ese sentido con un poco de escepticismo. Es muy dudoso que el sistema de plantación estuviera a punto de expirar por la estrangulación económica del Norte.

Hasta aquí, la tesis de que los requerimientos de la economía de plantación significaron una fuente de conflicto eco-

nómico con el Norte industrial no resulta demasiado convincente. A fin de cuentas, ¿no era también un capitalista el propietario de plantación? Nevins observa con acierto: «Era tan difícil explotar una gran plantación como una compleja fábrica moderna, con la que aquella se asemejaba en importantes aspectos. Los métodos al buen tuntún no servían; había necesidad de incansante planificación y solícita diligencia.»¹⁹ ¿No hubiera sido, pues, perfectamente posible para el plantador entenderse con sus hermanos capitalistas del Norte, no más calculadores que él? A mi juicio, lo habría sido, en efecto, de haber estribado tan sólo el problema en cálculos económicos estrictamente racionales. Pero, *pase* Max Weber, la actitud racional y calculadora, la visión del mundo en términos de cuentas y balances, puede existir en una amplia gama de sociedades, que en algunos casos pueden enfrentarse por otras cuestiones.²⁰ Como ya hemos notado al tratar de la nobleza francesa, tal actitud no basta, por sí sola, para engendrar una revolución industrial. No lo hizo, ciertamente, en el Sur, donde el desarrollo urbano, salvo algunos grandes *entrepôts* como Nueva Orleans y Charleston, se quedó muy atrás comparado con el del resto del país. La civilización del Sur, por tanto, fue capitalista, pero escasamente burguesa. No se basó en la vida urbana. Y, en vez de impugnar la idea de calidad según el nacimiento, al igual que la burguesía europea cuando había puesto en tela de juicio el derecho de la aristocracia a gobernar, los plantadores sureños asumieron la defensa de los privilegios hereditarios. He aquí una diferencia y un conflicto reales.

La idea de que todos los hombres han sido creados iguales se contradecía, para mucha gente del Sur, con los hechos de la experiencia cotidiana, hechos que ellos mismos habían creado por considerables y buenas razones. Bajo la presión de la crítica del Norte y frente a la tendencia universal a rechazar el esclavismo, los del Sur elaboraron toda una serie de defensas doctrinales para el sistema. Las tesis liberales burguesas, las de las revoluciones Americana y Francesa, se convirtieron en peligrosas doctrinas subversivas para el Sur, por cuanto amenazaban la misma médula de su sistema: la propiedad de esclavos. Para comprender cómo debió de sentirse un plantador del Sur, un habitante del Norte de nuestros días haría bien en preguntarse cómo se sentiría hoy un sólido hombre de negocios norteamericano si la Unión Soviética ocupara el área geográfica del Canadá y estuviera tomando incremento a ojos vistas. Imagínese, además, que el gigante comunista escupiera advertencias como un descosido (aun negando el gobierno que reflejaran su auténtica política) y mandara sin cesar agentes a través de la frontera. La amargura y ansiedad del Sur no procedían tan sólo de una minoría exaltada. En un llamamiento al compromiso entre las dos partes, Henry Clay, el más famoso de los moderados del

Sur, profirió palabras reveladoras, muchas veces citadas: «Vosotros los del Norte estáis de mirones a salvo y en seguro mientras la conflagración que he descrito está ardiendo en los Estados de esclavos... En uno de los platillos de la balanza, tenemos, entonces, sentimiento, sentimiento, meramente sentimiento; en el otro, propiedad, el tejido social, vida, y todo lo que hace la vida deseable y feliz.»²¹

A medida que el capitalismo industrial se afianzaba más y más en el Norte, los sectores privilegiados del Sur miraban a su alrededor para descubrir y enfatizar cualesquiera rasgos aristocráticos y preindustriales que pudieran hallar en la sociedad a la que pertenecían: cortesía, elegancia, refinamiento, actitud desprendida muy diversa de la del Norte, tachada de mezquina y rapaz. Poco antes de la Guerra Civil, tomó cuerpo la tesis de que el Sur producía con el algodón la principal fuente de riqueza norteamericana, de la que el Norte percibía las utilidades. Según indica Nevins, esas ideas corrían parejas con doctrinas fisiocráticas acerca de que los beneficios de la industria y el comercio procedían de la tierra.²² Nunca dejan de aflorar con la industrialización; también, a veces, sin necesidad de ésta: la expansión de la agricultura comercial en una sociedad precomercial engendra distintas formas de nostalgia romántica, así la admiración de Atenas por Esparta o la de la Roma republicana en su última fase por las supuestas virtudes de los orígenes.

Las racionalizaciones sureñas entrañaban cierta verdad. De lo contrario difícilmente habrían podido obtener crédito. Existían, en efecto, diferencias del tipo de las señaladas entre las civilizaciones del Norte y del Sur. Y los del Norte se lucraban, en gran manera, comercializando el algodón. No cabe duda, sin embargo, que la dosis de falseamiento era mucho mayor. Las supuestas virtudes aristocráticas y precomerciales, o anticomerciales, de la aristocracia de plantación descansaban en los provechos estrictamente comerciales sacados del esclavismo. Delimitar lo cierto de lo falso sería en extremo difícil, quizá imposible. Para nuestros propósitos, no es necesario. Intentarlo quizá tan sólo conduciría a borrar relaciones importantes y oscurecer así el discernimiento. Es tan injusto imputar las causas motivas de la guerra a factores puramente económicos como ver en ella ante todo el resultado de diferencias morales acerca del esclavismo. Ésas últimas dimanaban de las diferencias económicas. El hecho de la esclavitud fue el pleito moral que despertó mayor apasionamiento en ambos bandos. Sin el abierto conflicto de ideales en torno a él, los sucesos que condujeron a la guerra y la propia guerra resultarían incomprensibles. Está claro como la luz del sol, por otro lado, que fueron factores económicos los que crearon una economía esclavista en el Sur, así como estruc-

turas sociales diferentes con ideales antagónicos en otras partes del país.

Argumentar así no equivale a sostener que el mero hecho diferencial, de un modo u otro, ocasionó inevitablemente la guerra. Buena parte de la población, lo mismo del Sur que del Norte, no se interesaban por el problema de la esclavitud, o bien obraban como si no les interesara. Nevins llega a afirmar que las elecciones de 1859 pusieron de manifiesto que aun entonces, casi ya en el último momento, por lo menos tres cuartas partes de la población nacional se oponían a las ideas radicales proesclavistas y antiesclavistas.²³ Incluso si su cálculo exagera la fuerza del sentimiento neutral, uno de los aspectos más notables y dignos de estudio de la Guerra Civil es que aquella masa de opinión indiferente no lograra impedirlo. De ahí que historiadores tan inteligentes como Beard duden de la importancia del esclavismo como punto conflictivo. Eso, a mi entender, es un error, y un error muy grave. No obstante, el fracaso y colapso de la moderación constituye una parte esencial del proceso, sobre la que los historiadores simpatizantes con el Sur han vertido buena luz. Para que se creara una situación propicia a la guerra, habían de tener lugar cambios no tan sólo en el Sur, sino además en otras partes del país.

El impulso principal para el desarrollo del capitalismo del Norte durante la década de los años treinta había provenido, como hemos visto, del algodón. Durante la década siguiente, el ritmo del crecimiento industrial se aceleró sobre manera, hasta el punto de que el Nordeste se convirtió en una región manufacturera. Esa expansión puso término a la dependencia de la economía norteamericana de una sola materia prima agrícola. El Nordeste y el Oeste, que en el pasado habían abastecido al Sur de buena parte de sus subsistencias y continuaban haciéndolo, pasaron a depender menos del Sur y más uno de otro. El algodón era aún importante para la economía del Norte, pero cesó de dominarla.²⁴ En orden al valor de su producto, el algodón ocupaba el segundo lugar entre las manufacturas norteamericanas en 1860. Ya en aquel tiempo, por otro lado, producía el Norte una amplia gama de artículos manufacturados —aunque generalmente— en pequeñas fábricas. Un alto porcentaje de la producción iba destinado a satisfacer necesidades propias de una comunidad agrícola: harina, maderas, botas y zapatos, ropas para hombres, hierro, cuero, géneros de punto, licor, maquinaria.²⁵ Según veremos dentro de poco, la producción manufacturera del Norte vino a ser objeto de intensos intercambios con las áreas occidentales del país, en rápido crecimiento.

Si bien el pasar a depender menos el Norte del algodón del Sur y el desarrollo de ciertos antagonismos económicos fueron las tendencias dominantes, no son las únicas que merecen nuestro interés. Conviene no sobrevalorar las tendencias divisorias.

En los intercambios con la economía de plantación, el Nordeste suministraba los servicios de financiación, transporte, aseguramiento y comercialización.²⁶ El grueso del algodón exportado salía de puertos del Norte, de los que Nueva York era el más importante. Así pues —y ello, ciertamente, constituía un motivo de choque—, los ingresos del Sur se gastaban en buena medida en el Norte a fin de adquirir los servicios para comercializar el algodón, comprar todo lo necesario para las plantaciones que no podía producirse *in situ*, y aún, ítem no insignificante, en virtud de las vacaciones de los ricos plantadores, que gustaban de huir del calor. Tanto el Norte como el Oeste, además, vendían artículos manufacturados y subsistencias al Sur. Los años cincuenta vieron llegar a su apogeo el tráfico por vapores a lo largo del Misisipi.²⁷ Lo más importante de todo: el rendimiento de las tejedurías de algodón de Nueva Inglaterra, relativamente a la competencia extranjera, se incrementó entre 1820 y el estallido de la guerra. De 1830 en adelante, los Estados Unidos estuvieron en condiciones de participar en el mercado de exportación.²⁸ Si ese impulso hubiese sido más fuerte, es probable que los intereses del Norte y del Sur se habrían acercado, y cabe presumir que la guerra no habría tenido lugar. Sea como fuere, los intereses de los hombres de negocios del Norte estaban muy lejos de empujar a una guerra de liberación, ni siquiera a una guerra por motivo de la Unión. No existe ningún estudio completo de las actitudes y actividades de los industriales del Norte.²⁹ Parece desatinado, no obstante, cualquier razonamiento a base de que los industriales del Norte rabiaban por manejar los resortes del gobierno federal exclusivamente en pro de sus intereses económicos.

Lo que el capitalismo del Norte necesitaba era que el gobierno, del tipo que fuera, protegiese y legitimase la propiedad privada. Para que los propietarios sureños de plantaciones, y esclavos apareciesen como una amenaza contra tal institución, se requerían circunstancias muy especiales. Los capitalistas del Norte reclamaban, asimismo, cierta ayuda del gobierno en el proceso de acumular capital y llevar adelante una economía de mercado: más específicamente, cierta protección arancelaria, favorecer el establecimiento de una red de transportes (empeño en que no siempre se procedió de un modo estrictamente ético, aunque los grandes escándalos en torno a los ferrocarriles se produjeron más tarde), moneda sólida, y un sistema bancario central. Sobre todo, los líderes norteamericanos más calificados deseaban estar en condiciones de comerciar sin que les embarazaran fronteras regionales y estatales. Estaban orgullosos de ser ciudadanos de un gran país —como también lo estaban muchos otros, por supuesto—, y, al desatarse finalmente la crisis secesionista, reaccionaron contra la perspectiva de una Norteamérica balcanizada.³⁰

La cuestión económica que excitó más los ánimos fue la arancelaria. Desde el momento que la industria norteamericana progresó en gran manera bajo aranceles relativamente bajos tras 1846, la exigencia del Norte de que se elevaran y la correspondiente oposición del Sur parecen, a primera vista, un falso problema, un motivo para disputarse cuando, en realidad, se está furioso por algo distinto. Si la industria norteamericana iba en bonanza, ¿qué necesidad podía tener de protección política? Toda la tesis de que el Sur estaba intentando ejercer algo así como un veto contra el progreso industrial del Norte empieza a parecer muy dudosa en cuanto uno plantea esa cuestión. Al mirar más de cerca la secuencia temporal, buena parte del misterio se disipa, aunque será necesario volver a debatir este punto una vez que hayan surgido otros hechos relevantes. Es cierto que, después de 1850, se produjo un crecimiento industrial muy rápido. No lo es menos, sin embargo, que en determinados sectores, los férreos y los textiles, surgieron agudos trastornos a mediados de la última década antes de la guerra. A fines de 1854, las existencias de hierro se estaban acumulando en todos los mercados del mundo, y la mayor parte de las fábricas norteamericanas habían cerrado. En cuanto al sector textil, el Lancashire había conseguido producir géneros de bajo precio con costes más reducidos que las fábricas de Nueva Inglaterra; entre 1846 y 1856, las importaciones de estampados de algodón saltaron de 120.000 a 1.042 millones de metros; las de calicó ordinario, de 915.000.000 a 8.230.000.000. En 1857, en medio de una grave crisis financiera, se aprobó bajo las presiones del Sur un arancel que, lejos de intentar aliviarla, reducía los derechos de aduana en aquellos sectores.³¹ En parte *porque* seguían a un período de prosperidad y rápido crecimiento, parece que tales medidas despertaron profunda indignación en los círculos industriales del Norte.

Otra necesidad de los capitalistas del Norte era disponer de mano de obra suficientemente abundante que trabajara por salarios que pudiesen permitirse pagar. He aquí un grave punto conflictivo. El territorio libre del Oeste motivaba que los obreros tendieran a marcharse, o por lo menos mucha gente lo creía así. Y una de las principales fuerzas impulsoras del sistema de Jackson había sido una operativa coalición de plantadores, «mecánicos» u obreros y granjeros libres contra las finanzas y la industria del Nordeste. ¿Dónde podría, pues, obtenerse mano de obra? ¿Cómo rompería el capital norteamericano su cerco político y económico? Los líderes políticos y económicos del Norte dieron con una solución: desprender del Sur a los granjeros del Oeste y vincularlos a su propia causa. Tales cambios fueron posibilitados por importantes alteraciones en la estructura económica y social del Oeste. Pasaremos en breve a examinarlas con algún detalle. Pero ya desde ahora podemos percibir su significado:

valiéndose de esas tendencias, los capitalistas del Norte eludieron la necesidad de apelar a los «*Junker*» del Sur para retener a la mano de obra. Aquéllas, más quizá que cualquier otro factor, establecieron la plataforma para un conflicto armado y alinearon a los combatientes de tal forma, que fue posible una victoria parcial para la libertad humana.

Entre el término de las guerras napoleónicas y el estallido de la Guerra Civil, lo que ahora se conoce como el Oeste Medio, pero que entonces era simplemente el Oeste, fue transformándose de tierra de pioneros en tierra de agricultura comercial. Parece, en efecto, que muchos de los que vivieron la época ruda del pionero se alejaron de ella muy aprisa, dejando los panegíricos para la posteridad. Se dispuso bastante pronto de excedentes comerciales de comestibles, que servían para comprar algunos elementos necesarios y, en menor escala aún, superfluos. Hasta los años treinta, el grueso de los excedentes se dirigía hacia el Sur para nutrir la economía más especializada de aquella área, tendencia que iba a continuar, pero perdiendo su primado, cuando el mercado del Este pasaría a ser más importante.³² Abandonados aún en gran manera a sus propios recursos, los pequeños granjeros independientes, en el primer tercio del siglo XIX, ansiaban arrebatar el control de las tierras públicas a los políticos de Washington, que o bien especulaban con ellas a gran escala o bien se mostraban indiferentes a las demandas y necesidades del Oeste. Pretendían la autonomía local, algunas veces a expensas del delgado hilo que les vinculaba con la Unión.³³ Simpatizaban con los ataques de Andrew Jackson contra las ciudadelas de riqueza del Este, y formaban una de las alas de la coalición más o menos «plebeya» que gobernaba entonces el país.

El desarrollo de la industria en el Este y el consiguiente aumento de la demanda de granos y carne al Oeste cambiaron tal estado de cosas. Las olas de expansión hacia el Oeste, en 1816 — 1818, 1832 — 1836, 1846 — 1847 y 1850 — 1856, reflejan la rentabilidad creciente del trigo, el maíz y sus derivados.³⁴ De los años treinta en adelante, la producción del Oeste se reorientó gradualmente hacia la costa oriental. La «revolución en los transportes», la construcción de canales y vías férreas, resolvió el problema del acarreo a través de las montañas e hizo así posible una nueva salida para los productos agrícolas del Oeste. En términos absolutos, el tráfico del Oeste con el Sur no declinó; incluso, de hecho, aumentó. Fueron las proporciones las que cambiaron y contribuyeron a acercar el Oeste al Norte.³⁵

La demanda de productos agrícolas fue transformando gradualmente la estructura social y las actitudes psicológicas del Oeste, hasta el punto de posibilitar un nuevo alineamiento. La actitud del primitivo capitalismo individualista y a pequeña escala, característica del Nordeste, se extendió al estrato supe-

rior dominante de los granjeros del Oeste. Dentro de las condiciones tecnológicas de la época, la granja familiar fue un mecanismo social eficaz para la producción de trigo, maíz, cerdos, y otros productos comerciables.³⁶ «Al llevar el transporte rápido los productos agrícolas a los mercados del Este y reportar a cambio dinero contante y sonante —dice Beard en uno de los muchos pasajes de *American Civilization* que condensan la esencia de un cambio social básico en unas pocas sentencias contundentes— al elevar los ferrocarriles, la población creciente y las buenas carreteras, el valor de las tierras, las casas de ladrillo y de esqueleto de madera empezaron a reemplazar a las cabañas de leños; con profundo significado político, la prosperidad tendía a apagar la pasión por el “dinero fácil” y a adormecer el inveterado odio contra los bancos. En fin, más allá de las montañas los cánticos de los granjeros afortunados cubrían los lamentos de los blancos pobres...»³⁷ Otra de las consecuencias fue la extensión e intensificación del sentimiento antiesclavista, atribuible probablemente al arraigo de la granja familiar como productiva empresa comercial en el suelo del Oeste.³⁸ Se nos plantea aquí un problema: la granja familiar sin esclavos era también muy corriente en el Sur, aunque parece haberse tratado en el mismo menos de una empresa comercial y más de una empresa de subsistencia. En todo caso, es obvio que el sistema agrícola del Oeste, al desarrollarse fuera de la esfera de influencia de la plantación y basarse primordialmente en miembros de la familia para la labranza, había de engendrar considerable temor a la competencia del esclavismo.³⁹

A su vez, los plantadores del Sur, que al principio habían dado la bienvenida a los granjeros del Oeste como aliados contra la plutocracia del Norte, antes ya de la mitad del siglo XIX pasaron a ver en la expansión de la agricultura independiente una amenaza contra el esclavismo y la totalidad de su sistema. Precedentemente, las propuestas de repartir las tierras del Oeste entre pequeños granjeros que las pagaran a plazos habían creado un antagonismo entre aquél y las regiones de la costa del Este, que temían la emigración —o sea la pérdida de mano de obra—, además de algunas del Sur, como Carolina del Norte. Las iniciativas en apoyo de un sistema de granjas independientes habían procedido del Sudoeste. Con el establecimiento de la agricultura comercial en el Oeste, tales alineaciones se modificaron. Muchos de los habitantes del Sur se volvieron contra las tesis «radicales» de dar la tierra a granjeros que «abolicionarían» la región.⁴⁰ Los intereses plantacionistas en el Senado desbarataron el *Homestead Bill* de 1852. Ocho años más tarde, el presidente Buchanan vetó una medida similar, a plena satisfacción de casi todos los congresistas del Sur, que no habían podido impedir que se aprobara.⁴¹

La reacción del Norte a los cambios en la sociedad agraria

del Oeste fue más compleja. Los fabricantes norteros no eran de suyo favorables a que se concediera tierra a cualquiera que la pidiese, puesto que de ello sólo podía resultar la disminución del número de brazos que acudían a ofrecerse ante las verjas de las fábricas. La hostilidad del Sur contra el Oeste deparaba al Norte una buena oportunidad para aliarse con los granjeros, pero se tardó en comprenderlo. La coalición no se convirtió en una fuerza política hasta la campaña electoral republicana de 1860 que llevó a Lincoln a la Casa Blanca, pese a que se le oponían la mayoría de los votantes del país. El acercamiento parece haber sido obra, más que de los hombres de negocios, de políticos y periodistas. La propuesta de abrir las tierras del Oeste a pequeños colonizadores era un medio oportuno para que un partido vinculado a los intereses de aquellos con bienes e instrucción lograra atraerse una masa de seguidores, en especial entre los obreros urbanos.⁴²

La esencia del pacto era muy simple: el mundo de los negocios debía sostener la exigencia de los granjeros de tierra, popular también entre los obreros industriales, a cambio de su apoyo para un arancel más elevado. «¡Vota por tu granja! ¡vota por tu arancel!» fue la consigna solidaria republicana en 1860.⁴³ Vino así a constituirse un «matrimonio del hierro y el centeno» —para establecer una vez más un paralelo con el pacto alemán entre industria y *Junker*—, pero con familias granjeras del Oeste, y no con aristócratas rurales, y por ende con consecuencias políticas diametralmente opuestas. No faltaron ni objeciones al enlace ni clamores por el divorcio, incluso durante la misma Guerra Civil. En 1861, C. J. Vallandigham, un paladín de los pequeños granjeros, argüía aún que «el Sur plantador era el aliado natural de la Democracia del Norte y especialmente del Oeste», porque el pueblo del Sur era un pueblo agrícola.⁴⁴

Pero eran voces del pasado. Lo que había posibilitado la realineación, además de los cambios en el carácter de la sociedad rural del Oeste, habían sido las circunstancias específicas del desarrollo industrial en el Nordeste. La existencia de tierra libre dio un sesgo único a las relaciones entre capitalistas y obreros en los estadios primitivos del capitalismo norteamericano, estadios caracterizados en Europa por la continua expansión de los movimientos radicales violentos. Las energías que en Europa se habrían invertido en organizar sindicatos y elaborar programas revolucionarios, se aplicaron en los Estados Unidos a forjar proyectos para dar a todos los trabajadores una granja libre, la quisieran o no. A algunos contemporáneos, tales propuestas les sonaban a subversivas.⁴⁵ Los efectos reales de la marcha hacia el Oeste, sin embargo, no fueron otros que robustecer las fuerzas del primigenio capitalismo competitivo e individualista, al difundir el interés en la propiedad. Beard nos lo pinta demasiado bonito cuando califica el ofrecer los republicanos al pro-

letariado famélico los dominios nacionales «como un don espontáneo más significativo que el pan y los circenses», gesto que hundió al movimiento socialista.⁴⁶ Apenas hubo tiempo para que todo eso sucediera. Fue la Guerra Civil, como él mismo observa unas frases más adelante, que atajó el radicalismo. Y qué socorro proporcionara en realidad la tierra del Oeste a los trabajadores del Este antes de la Guerra Civil, es aún hoy una cuestión sumamente incierta. Los especuladores ya estaban metiendo mano a grandes proporciones de ella. Tampoco parece muy probable que los habitantes verdaderamente pobres de las ciudades del Este pudiesen abandonar el pozo de la mina o el banco de la fábrica para comprarse una pequeña granja, equiparla con herramientas, por más sencillas que fueran, y explotarla con provecho, aun cuando se beneficiasen de la perspectiva de que otros sí podían hacerlo.

A pesar de todas esas restricciones, queda de la famosa tesis de Turner sobre la importancia de la frontera para la democracia norteamericana un residuo esencial de verdad: la realineación de las clases sociales y sectores geográficos que produjo, por lo menos temporalmente, el Oeste abierto. El engarce entre la industria del Norte y los granjeros libres excluyó por el momento la clásica solución reaccionaria a los problemas del industrialismo ascendente. La que se hubiera dado de alinearse los industriales del Norte con los plantadores del Sur contra los esclavos, los pequeños granjeros y los obreros industriales. No es ninguna fantasía abstracta. No pocas fuerzas empujaban en tal sentido antes de la Guerra Civil, y ello ha pasado a ser una característica relevante del paisaje político norteamericano desde el final de la Reconstrucción. En las circunstancias de la sociedad norteamericana a mediados del siglo XIX, cualquier solución pacífica, cualquier victoria de la moderación, del sentido común y del proceso democrático, hubiese significado sin remedio una solución reaccionaria.⁴⁷ Habría tenido que ser a expensas del negro, como de todas formas iba a serlo a la postre, a menos que se quiera tomar en serio la especie de que hace más de cien años lo mismo los pobladores del Norte que los del Sur estaban dispuestos a abandonar el esclavismo e incorporar al negro en la sociedad norteamericana. La ensambladura entre la industria del Norte y los granjeros del Oeste, tan lenta en sus preparativos como súbita en su llegada, contribuyó en gran manera a eliminar por el momento la posibilidad de una expeditiva solución reaccionaria a los problemas políticos y económicos del país en beneficio de los estratos económicos dominantes. Por el mismo motivo, abocó el país a la Guerra Civil.

3. HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LAS CAUSAS DE LA GUERRA CIVIL

La alineación de las grandes agrupaciones sociales dentro de la sociedad norteamericana en 1860 procura un buen camino para explicar el carácter de la guerra, las divergencias capaces o no de desencadenarla —más llanamente: qué debió de ventilarse en la guerra. Nos dice hasta qué punto *era probable* que estallase una contienda; de suyo, sin embargo, la alineación no explica demasiado *por qué*, en efecto, se produjo aquélla. Ahora que algunos de los hechos relevantes están ya a la vista, podemos debatir con mayor provecho la cuestión de si existía o no un ingéxito conflicto a muerte entre Norte y Sur.

Consideremos los requisitos económicos de los dos sistemas lado a lado en orden a: a) requisitos de capital, b) de mano de obra, y c) los conexos con la comercialización de los productos.

Aunque ese punto sea objeto aún de ciertas controversias, se pueden detectar en la economía de plantación definidas urgencias expansionistas. El incremento de los beneficios exigía nuevas tierras vírgenes. Había, pues, cierta urgencia en lo tocante a los requisitos de capital. Existen asimismo los correspondientes indicios de que la mano de obra escaseaba. Más esclavos, habrían sido muy útiles. Por último, para que todo el sistema funcionase, el algodón, y en menor medida los otros productos, tenían que venderse a buen precio en el mercado internacional.

La industria del Norte requería cierta asistencia del gobierno en lo que podríamos llamar costes generales de la acumulación de capital, así como la creación de un medio institucional favorable: un sistema de transporte, un arancel, y una circulación monetaria lo bastante contenida para que los deudores y la gente menuda en general no pudiesen disfrutar de excesivas ventajas. (Algo de inflación, por otro lado, que mantuviese los precios en continuo ascenso le era, probablemente, más bien grata, al igual que en nuestros días.) En cuanto a la mano de obra, la industria necesitaba de un modo perentorio obreros libres asalariados, si bien no parece nada fácil probar que la mano de obra libre conviene por principio más que la esclavitud a un sistema fabril, a no ser porque tiene que haber quien gane dinero para comprar lo que produce la industria. Pero quizá esa consideración baste. Por último la industria en desarrollo necesitaba, claro está, un mercado expansivo, en aquel entonces proporcionado aún sobre todo por el sector agrícola; en considerable medida por el Oeste, que, con arreglo a ese rudimentario esquema, puede considerarse como una parte del Norte.

Es difícil percibir algún grave conflicto estructural o «mortal» en el análisis precedente de los requisitos económicos básicos, pese a que he tratado de sesgarlo en ese sentido. Importa

aquí recordar que, como subrayan acertadamente los historiadores revisionistas de la Guerra Civil, cualquier Estado grande rebusca de conflictos de intereses. Meter mano y arramblar con todo lo que se puede, andar a la greña para despojar al vencido, junto con mucha injusticia y represión, ha sido la experiencia cotidiana de todas las sociedades humanas a lo largo de toda la Historia. Poner un reflector sobre tales hechos inmediatamente antes de una sacudida violenta como la Guerra Civil y considerarlos sus causas determinantes, ni qué decir tiene que es engañoso. Recalquemos de nuevo que sería necesario demostrar que, dada la naturaleza de la situación, el compromiso era imposible. A juzgar por el análisis efectuado hasta aquí, no parece que éste sea el caso. Lo más que puede decirse al respecto es que un incremento del área esclavista habría dañado gravemente a los granjeros libres del Oeste. Aunque las regiones donde cada tipo de agricultura resultaba provechoso estaban determinadas por el clima y la geografía, nadie podía tener la seguridad de dónde se hallaban sus límites sin experimentarlo. Ese solo factor, sin embargo, no parece suficiente para justificar la guerra. La industria del Norte hubiese estado tan satisfecha con un mercado de plantación en el Oeste como con cualquier otro, si tales consideraciones eran todo lo que importaba, y muy probablemente el conflicto habría sido allanado. Los demás puntos conflictivos potenciales o reales parecen menos serios. Los requisitos nortños en cuanto a la acumulación de capital, las exigencias de reformas internas, de un arancel, etc., no puede considerarse que amenazaran con agobiar terriblemente la economía del Sur. Sin duda hubiesen golpeado fuerte a un número bastante elevado de plantadores marginales, factor de cierta importancia. Pero si la sociedad sureña estaba dirigida por los plantadores más prósperos, o cuando menos su influencia era muy importante, los más humildes podían ser sacrificados en aras de un acuerdo. En lo tocante al supuesto antagonismo entre mano de obra esclava y libre, uno no ve ahí ningún conflicto económico real, puesto que las áreas de una y otra eran geográficamente distintas. Todas las referencias que he examinado indican que la mano de obra del Norte o era indiferente o era hostil al antiesclavismo.

Además del conflicto entre los granjeros libres del Oeste y el sistema de plantación, el argumento más sólido que se puede aducir en términos estrictamente económicos es quizá que la secesión no representaba en conjunto para el Sur un propósito irrazonable, ante todo porque no necesitaba demasiado lo que el Norte tenía realmente para ofrecerle. En el futuro inmediato, el Norte no podía comprar mucho más algodón del que ya compraba. Lo máximo que hubiese podido ofrecer el Norte habría sido volver a abrir el tráfico de esclavos. Se habló de ocupar Cuba para la cría de esclavos, e incluso se dio alguna acción

suelta en ese sentido. Conforme han demostrado sucesos bastante recientes, en otras circunstancias un tal movimiento habría podido ser en extremo popular en todo el país. Entonces, no obstante, parece haber sido tan infructuoso como impolítico.

En suma: muy probablemente los antagonismos estrictamente económicos eran negociables. ¿Por qué, pues, se produjo la guerra? ¿Qué se ventiló en ella? La manifiesta insuficiencia de una explicación estrictamente económica —si bien en breve voy a reargüir que las causas fundamentales fueron, en rigor, de orden económico— ha inducido a los historiadores a buscar explicaciones distintas. Cabe reducirlas a tres tipos. En primer lugar, que la Guerra Civil consistió fundamentalmente en un conflicto moral en torno al hecho de la esclavitud. Dado que amplios e influyentes sectores del país, tanto en el Norte como en el Sur, se negaron a adoptar una postura radical ya en pro ya en contra del esclavismo, esa exégesis tropieza con graves dificultades, de hecho las mismas que Beard y otros trataban de burlar en su búsqueda de causas económicas. La segunda exégesis intenta deshacerse de ambas clases de dificultades mediante la proposición de que *todos* los puntos conflictivos eran en realidad negociables; sólo los desatinos de los políticos llevaron a una guerra que la mayoría de la población, del Norte y del Sur, no quería. La tercera interpretación viene a ser una tentativa de desarrollar algo más la anterior analizando cómo la maquinaria política, que debía crear consenso dentro de la sociedad norteamericana, se desintegró, con lo que dio lugar a que la guerra estallase. En ese empeño, no obstante, los historiadores suelen verse constreñidos a retroceder en una explicación en términos de causas morales.⁴⁸

Todas las tesis comentadas, incluso la que hace hincapié en los factores económicos, pueden aducir en su favor un acervo considerable de hechos. Cada una de ellas ha dado con una porción de la verdad. Pero limitarse a esa observación equivale a contentarse con el caos intelectual. Es preciso relacionar dichas porciones de la verdad unas con otras, percibir el todo a fin de comprender la interrelación y el significado de las verdades parciales. Que nunca pueda darse fin a una tal búsqueda, que las propias relaciones descubiertas no sean a su vez más que verdades parciales, ello no quiere decir que deba abandonarse.

Para volver a los factores económicos, el tomarlos aparte de los otros —políticos, morales, sociales, etc., según las etiquetas tradicionales— es engañoso, aunque a veces necesario. De modo parecido, la necesidad de ofrecer una exposición comprensible impone que los puntos conflictivos se analicen uno a uno en algunas series distintas, tales como el esclavismo en sí mismo, el esclavismo en los territorios, el arancel, la circulación monetaria, las vías férreas y otras mejoras internas, los tributos del Sur al Norte de que aquél se lamentaba. Pero el análisis en

categorías separadas falsifica en parte lo que describe, puesto que los individuos que componían a la sazón la sociedad vivían todos los aspectos a la vez, y la misma persona que era indiferente a una de las cuestiones podía apasionarse por otra. Cuanto más se patentizaba la conexión entre los diversos puntos conflictivos, más se extendía el enardecimiento entre los sectores calificados. Aun en el hipotético caso de que uno por uno hubiesen sido negociables, casi no cabía que lo fuesen en bloque, como unidad. Y, ciertamente, constituían una unidad, percibida como tal por no pocos contemporáneos, toda vez que eran manifestaciones de sociedades enteras.

Renovemos, pues, el análisis a partir de ese punto de vista. Ante todo por motivos económicos y geográficos, la estructura social norteamericana se desarrolló durante el siglo XIX en distintas direcciones. Se impuso en el Sur una sociedad agraria basada en el esclavismo de plantación. En el Nordeste, en cambio, se estableció el capitalismo industrial, que fue anudándose con la sociedad del Oeste, basada en el cultivo por mano de obra familiar. Junto con el Oeste, el Norte fue creando una sociedad y una cultura cuyos valores cada vez estaban más en contradicción con los del Sur. El punto focal de las diferencias era el esclavismo. Podemos, por tanto, convenir con Nevins en que las cuestiones morales fueron decisivas. Pero éstas resultan incomprendibles sin las estructuras económicas que las suscitaron y mantuvieron en pie. Sólo habría motivos para considerar los sentimientos morales como un factor independiente por derecho propio si el sentimiento abolicionista hubiese florecido en el Sur.

La cuestión fundamental, y cada vez en mayor medida, era si la maquinaria del gobierno federal debía utilizarse para apoyar a una u otra sociedad. He aquí el significado profundo de puntos conflictivos en apariencia tan poco capaces de encender los ánimos como el arancel, así como de los apasionados clamores sureños sobre a santo de qué el Sur estaba pagando tributo al Norte. Fue también la cuestión del poder en el centro lo que hizo del esclavismo en los territorios un problema crucial. Los dirigentes políticos sabían que la admisión de un Estado esclavista o de uno de hombres libres decantaría la balanza en un sentido u otro. El hecho de que la incertidumbre fuese parte constitutiva de la situación debido a las despobladas o sólo parcialmente pobladas tierras occidentales aumentó las dificultades para alcanzar un compromiso. Los dirigentes políticos de cada bando tenían cada vez mayor necesidad de estar alerta a cualquier maniobra o medida que pudiese incrementar las ventajas del otro. En ese contexto más amplio, la tesis de que el Sur intentó poner un veto al progreso del Norte parece ofrecer, en efecto, una importante causa de la guerra.

Una tal perspectiva también hace justicia, eso espero, a la tesis revisionista de que la guerra fue en primer lugar una gue-

rra de políticos, quizás incluso de agitadores, siempre que esos términos no se entiendan como meros epítetos insultantes. En una sociedad compleja con un alto grado de división del trabajo, y especialmente en una democracia parlamentaria, los políticos, los periodistas y, casi en la misma medida, los clérigos tienen la misión específica y necesaria de ser sensibles a aquello que influye sobre la distribución del poder en la sociedad. Son ellos asimismo quienes suministran los argumentos, favorables o adversos, ya para cambiar la estructura de la sociedad, ya para que las cosas sigan como están. Siendo, pues, tarea suya estar alerta a los cambios potenciales, mientras los demás están absorbidos por entero en la de ganarse la vida, constituye una de las características del sistema democrático que a menudo los políticos tengan que ser vocingleros e intensificar la división. El papel del político democrático moderno es sobre manera paradójico, por lo menos superficialmente. Hace lo que hace de tal modo, que la mayoría del pueblo no ha de ocuparse de política. Por esa misma razón, no obstante, a menudo cree necesario despertar la opinión pública en torno a peligros reales o supuestos.

Desde un tal punto de vista, se hace aun comprensible el fracaso de la opinión moderada en contener el impulso hacia la guerra. Su núcleo estaba constituido por potentados, del Norte y del Sur. Por aquellos, pues, que en tiempos ordinarios llevan la iniciativa en la comunidad «creadores de opinión», así les llamaría probablemente un estudioso actual de la opinión pública. En su calidad de beneficiarios del orden imperante, y estando primordialmente interesados en ganar dinero, preferían arrumbar la cuestión del esclavismo a buscar reformas estructurales, tarea en verdad muy difícil. El Compromiso Clay-Webster de 1850 representó una victoria para ese grupo. Se estipularon en él leyes más estrictas en el Norte en cuanto a la devolución de esclavos fugitivos, y que fuesen admitidos en la Unión varios nuevos Estados: California como Estado de hombres libres, en fecha futura aún por determinar Nuevo Méjico y Utah con o sin esclavitud, según lo dispusieran sus constituciones llegado el momento de la admisión.⁴⁹ Pero cualquier tentativa de airear la cuestión de la esclavitud y buscarle una nueva solución motivaba que gran número de los moderados dejaran de serlo. Tal fue el caso cuando, sólo cuatro años después del Compromiso, el senador Stephen A. Douglas le puso fin replanteando la cuestión de la esclavitud en los territorios. Al proponer en el Acta de Kansas-Nebraska que los colonizadores decidieran de ello por sí mismos en uno u otro sentido, hizo pasar a amplios sectores de opinión norteros de la moderación a miras próximas al abolicionismo, cuando menos por el momento. En cuanto al Sur, su apoyo no pasó de tibio.⁵⁰

En líneas generales, los moderados poseían aquellas virtudes que muchos creen necesarias para que la democracia funcione:

disposición a transigir y a comprender el punto de vista del adversario, o sea una actitud pragmática. Eran lo opuesto a doctrinarios. Ahora bien: ello, en realidad, tan sólo significaba que no querían mirar los hechos cara a cara. Siendo su intento primordial poner a un lado la cuestión de la esclavitud, los moderados no pudieron ni influenciar ni controlar la serie de acaecimientos engendrados por la situación subyacente.⁵¹ Crisis como las luchas por el «sangriento Kansas», el pánico financiero de 1857, la tentativa melodramática de John Brown de ponerse al frente de una insurrección esclava, y tantas otras, erosionaron la posición moderada, desorganizaron y confundieron a sus adeptos. El espíritu práctico que trata de resolver los problemas ignorándolos pacientemente, actitud que a menudo ha sido considerada con suma complacencia como el mismo meollo de la moderación anglosajona, se reveló por entero inadecuado. Una actitud, un estado de ánimo, sin un análisis y un programa realistas, no basta para hacer funcionar la democracia, ni siquiera si la comparte la mayoría. El consenso, de por sí, poco significa; lo que importa es acerca de qué se da.

Finalmente, en este intento de ver la sociedad norteamericana como un todo a fin de discernir las causas y el sentido de la guerra, conviene recordar que la búsqueda de las fuentes de disensión oscurece sin remedio una parte capital del problema. En cualquier unidad política que lleva ya tiempo existiendo, tiene que haber causas que produzcan la unidad, razones por las que los hombres deseen acomodar sus inevitables diferencias. Es difícil hallar en la Historia algún caso en que dos regiones diferentes hayan desarrollado sistemas económicos basados en principios diametralmente opuestos y hayan permanecido, con todo, bajo un gobierno central que conservara autoridad efectiva sobre ambas áreas. Yo no encuentro ninguno.⁵² Una tal situación requeriría fuerzas cohesivas muy poderosas para contrarrestar las tendencias divisorias. En los Estados Unidos, a mediados del siglo XIX, las fuerzas cohesivas parecen haber sido débiles, aunque siempre se corre el peligro de exagerar su debilidad a causa de que la Guerra Civil vino efectivamente a producirse.

El comercio, sin duda, es uno de los factores que pueden engendrar vínculos entre los diversos sectores de un país. El que el algodón del Sur se colocase principalmente en Inglaterra representa casi de cierto un hecho muy importante. Significa que los vínculos con el Norte eran tanto más débiles. La parcialidad inglesa por la causa sudista durante la guerra es bien conocida. Pero no se puede poner excesivo énfasis en la dirección del comercio como signo de desunión. Según se ha indicado antes, las tejedurías del Norte estaban empezando a consumir más algodón. Al menguar fuertemente el mercado del Oeste tras la crisis de 1857, los hombres de negocios de Nueva York

pasaron de momento a estrechar las conexiones con el Sur.³³ En una palabra: la situación comercial se estaba transformando; de no haberse producido la guerra, los historiadores que indagan ante todo las causas económicas no hubiesen tenido ninguna dificultad para dar con una explicación.

Si fue importante el hecho de que el algodón aún vinculase más al Sur con Inglaterra que con el Norte, puede que lo fueran en mayor medida otros dos aspectos. El uno ya ha sido mencionado: la ausencia de una clase obrera radical que amenazase la propiedad capitalista industrial en el Norte. El segundo estriba en que los Estados Unidos no tenían enemigos extranjeros poderosos. A ese respecto, la situación era enteramente distinta de la que se dio en Alemania y el Japón, países que pasaron por sus propias versiones de crisis de modernización política algo más tarde, en 1871 Alemania, en 1868 el Japón. Por tal amalgama de razones, los estímulos para el característico compromiso conservador entre élites agrarias e industriales no eran muy fuertes. Poco había que empujara a los propietarios de tejedurías del Norte y a los de esclavos del Sur a aliarse bajo la bandera sagrada de la propiedad.

Para resumirlo con expeditiva concisión, las causas últimas de la guerra pueden verse en el desarrollo de sistemas económicos distintos que condujo a civilizaciones también distintas (aunque ambas capitalistas) con actitudes incompatibles respecto al esclavismo. La conexión entre el capitalismo del Norte y la agricultura del Oeste contribuyó a hacer innecesaria por el momento la característica coalición reaccionaria entre élites urbanas y rurales, a excusar, pues, el único compromiso que hubiese podido impedir la guerra. (El compromiso, por lo demás, que a la postre liquidó la guerra.) Otros dos factores coadyuvaron también a hacer en extremo difícil el tal compromiso. En primer lugar, que el futuro del Oeste aparecía incierto y ello volvía incierta la distribución del poder en el centro, con lo que se intensificaban y agrandaban todas las causas de recelo y discordia. Luego, como se acaba de notar, que las principales fuerzas cohesivas de la sociedad norteamericana, aunque a la sazón se estaban reforzando, eran aún muy débiles.

4. EL IMPULSO REVOLUCIONARIO Y SU FRACASO

Sobre la misma Guerra Civil, no es necesario decir más que unas pocas palabras, en especial porque el acontecimiento político más importante, la Proclamación de Emancipación, ha sido ya mencionado. La guerra reflejó el hecho de que las clases dominantes de la sociedad norteamericana se habían hendido netamente en dos, mucho más netamente que los estratos dirigentes de Inglaterra cuando la Revolución Puritana o los de

Francia cuando la Revolución Francesa. En aquellas dos grandes convulsiones, las divisiones dentro de las clases dominantes habían permitido a las tendencias radicales borbotar hacia arriba desde los estratos inferiores —mucho más, claro está, en el caso de la Revolución Francesa que en Inglaterra. En la Guerra Civil americana, no hubo ninguna oleada radical verdaderamente comparable.

Cuando menos a grandes rasgos, las razones son fáciles de ver: las ciudades norteamericanas no hervían de artesanos empobrecidos y potenciales *sans-culottes*. Aunque no fuese sino indirectamente, la existencia de las tierras del Oeste reducía el potencial explosivo. Faltaban también los materiales para una conflagración campesina. En vez de campesinos, el Sur tenía esencialmente esclavos negros en el peldaño más bajo de la escala social. O no podían o no querían rebelarse. No nos importa aquí si se trataba de lo uno o de lo otro. Si bien hubo algunas revueltas esclavas esporádicas, no tuvieron consecuencias políticas. De esa parte no vino ningún impulso revolucionario.³⁴

Lo poco que se manifestó a modo de impulso revolucionario, es decir, un intento de alterar por la fuerza el orden social establecido, provino del capitalismo del Norte. Dentro del grupo conocido como «republicanos radicales», los ideales abolicionistas se combinaron con los intereses industriales para encender un breve relámpago revolucionario, pronto extinguido en un fango de corrupción. Aunque los radicales fueron durante la guerra una espina en el costado de Lincoln, éste pudo llevarla a una conclusión militar feliz a base, ante todo, de preservar la Unión, o sea sin ninguna ofensiva seria contra los derechos de propiedad de los plantadores. Por corto tiempo, aproximadamente durante los tres años que siguieron al término de la contienda (1865-1868), los republicanos radicales ocuparon el poder en el victorioso Norte y desencadenaron una ofensiva contra el sistema de plantación y los residuos del esclavismo.

Los dirigentes del grupo veían la guerra como una lucha revolucionaria entre un capitalismo progresista y una sociedad agraria reaccionaria basada en el esclavismo. Si el conflicto entre Norte y Sur —algunos de cuyos combates más importantes se libraron terminada ya la guerra— llegó a revestir realmente en cierta medida un tal carácter, ello se debió a los republicanos radicales. Desde la perspectiva actual, a cien años de distancia, aparecen como la última vibración revolucionaria estrictamente burguesa y estrictamente capitalista, los últimos sucesores de los ciudadanos medievales que iniciaron la rebelión contra los señores feudales. A partir de la Guerra Civil, los movimientos revolucionarios han sido o bien anticapitalistas, o bien fascistas y contrarrevolucionarios si han surgido en apoyo del capitalismo.

Inspirándose en los ideólogos abolicionistas y los radicales

del Suelo Libre, una pequeña partida de políticos republicanos tomaron la voz por la idea de que el esclavismo era un anacrónico «residuo de un mundo en extinción de "barón y siervo noble y esclavo"». Veían en la Guerra Civil una oportunidad para desarraigar y destruir aquel anacronismo opresivo, y reconstruir después el Sur a imagen del Norte democrático y progresista, basado en «libertad de palabra, libertad laboral, escuelas y urnas electorales». Aunque sus declaraciones públicas fuesen algo más mesuradas, el líder de los republicanos radicales en la Cámara de Diputados, Thaddeus Stevens, escribió en una carta privada que lo que necesitaba el país era alguien en el poder (es decir: no Lincoln) «con suficiente clarividencia, y suficiente valentía moral, para tratar esto como una revolución radical, y remodelar nuestras instituciones... Ello implicaría tanto el arrasamiento del Sur como la emancipación, y una repoblación de medio Continente...».

Lo que dio alas a ese movimiento e hizo que no quedara reducido a vana palabrería fue el hecho de que coincidía con los intereses de sectores cruciales de la sociedad nortea.⁵⁵ Uno de ellos era la industria de hierro y acero de Pensilvania, en su fase inicial. Otro, una serie de intereses en torno a las vías férreas. Stevens actuaba en el Congreso de medianero para ambos sectores, de cada uno de los cuales recibía dinero, conforme a la moralidad política reinante.⁵⁶ Los republicanos radicales también encontraron considerable audiencia entre los obreros del Norte. Estos, aunque muy refractarios a la propaganda abolicionista, temían la competencia de los negros y consideraban a los abolicionistas de Nueva Inglaterra como hipócritas representantes de los industriales, por lo que acogieron con entusiasmo las concepciones radicales de protección arancelaria y de contraer lentamente la intensa inflación monetaria del Norte.⁵⁷ Los intereses financieros y comerciales, en cambio, no mostraron ningún entusiasmo por los radicales. Tras la guerra, los radicales con principios se volvieron contra la «plutocracia del Norte».⁵⁸

La ofensiva radical, por tanto, no representaba una ofensiva capitalista aunada contra el sistema de plantación. Era una combinación de obreros, industriales e intereses relacionados con los ferrocarriles, en su momento de mayor pujanza. Cabe, con todo, estimarla producto del capitalismo emprendedor, incluso progresista; se atrajo las principales fuerzas creadoras (y filisteas) que, más tarde, Veblen ponderaría en la sociedad norteamericana, y repelió las que aquél denigraría: los financieros esnobes que ganaban dinero, no actuando, sino vendiendo. En Thaddeus Stevens y sus asociados, la tal combinación halló gufa política experta y suficiente inteligencia menor para trazar una estrategia general. Los radicales proporcionaban una explicación de adónde se estaba dirigiendo la sociedad y de cómo se

podía sacar partido de esa encaminadura. Para ellos, la Guerra Civil era una revolución, cuando menos potencialmente. La victoria militar y el asesinato de Lincoln, que acogieron con alegría apenas disimulada, les depararon una oportunidad, aunque por breve tiempo, para intentar transformarla en una revolución real.

De nuevo Thaddeus Stevens aportó el análisis, así como el liderato político cotidiano. Su estrategia, esencialmente, consistía en controlar la maquinaria del gobierno federal en beneficio de los grupos de que era portavoz. Era necesario para ello cambiar la sociedad del Sur, no fuese que el antiguo tipo de liderato plantador volviera al Congreso y frustrara la maniobra. De esa necesidad dimanó todo el impulso revolucionario, escaso, que existió en la generalidad del conflicto. Stevens poseía suficiente intuición sociológica para ver dónde estaba el problema y buscarle un remedio posible, a la vez que bastante ánimo para intentar aplicarlo.

En sus discursos de 1865, Stevens presentó al Congreso y a la opinión pública en general un análisis pasmosamente coherente, acompañado de un programa de acción. Debía tratarse al Sur como un pueblo conquistado, y no como un conjunto de Estados que por una cosa o por otra habían abandonado la Unión y que ahora convenía readmitir en su seno con los brazos abiertos. «Los cimientos de sus instituciones, políticas, municipales y sociales, *deben* ser desmontados y *rehechos*, de lo contrario toda nuestra sangre y caudales han sido despendidos en vano. Ello sólo puede lograrse tratándolos y considerándolos como un pueblo conquistado.»⁵⁹ No debería readmitirseles, afirmaba, «hasta que la Constitución haya sido enmendada en orden a hacer de ella lo que sus forjadores se proponían; y en orden a asegurar perpetuo ascendiente al partido de la Unión», es decir los republicanos.⁶⁰

Los Estados del Sur, de no ser «reconstruidos» —gráfico eufemismo para la revolución desde arriba que ha pasado del uso contemporáneo a los hechos a todas las relaciones históricas subsiguientes—, era muy posible que terminasen por arrollar al Norte, alertaba Stevens por lo claro, de modo que el Sur vendría a ganar la paz después de haber perdido la guerra.⁶¹

Se seguía de esas consideraciones un programa definido para reconstruir la sociedad del Sur de arriba abajo. Stevens quería quebrantar el poderío de los dueños de plantaciones confiscando las haciendas de más de doscientos acres, «aun cuando ello empujara a la nobleza (los plantadores sureños) al exilio». De ese modo, argüía alegando estadísticas, el gobierno federal dispondría de suficiente tierra para dar a cada familia negra unos cuarenta acres.⁶² «Cuarenta acres y una mula» se convirtió a la sazón en una matraca para desacreditar las esperanzas supeuestamente utópicas de los recién emancipados negros. Pero ni

los republicanos radicales ni Stevens eran meros utopistas. La exigencia de una profunda reforma agraria reflejaba la visión realista de que ninguna otra cosa quebrantaría la prepotencia de los plantadores. Estos se habían puesto ya a reconquistar la sustancia de su antiguo poder por distintos medios, lo cual estaba a su alcance porque los negros eran nulos económicamente. Todo ello, lo veían con bastante claridad los radicales, cuando menos algunos de ellos. Y existen indicios de que el dividir las plantaciones para dar a los negros pequeñas granjas era algo factible. En 1864 y 1865, las autoridades militares norteamericanas hicieron dos experimentos en ese sentido a fin de remediar el embarazoso problema de miles de negros indigentes. Entregaron tierras confiscadas y abandonadas a más de cuarenta mil negros, que parecen haberlas cultivado con buen éxito como pequeños granjeros hasta que el presidente Johnson devolvió las haciendas a sus antiguos propietarios blancos.⁶³ La experiencia de la esclavitud, sin embargo, poco podía haber preparado a los negros para dirigir sus propios negocios como pequeños capitalistas rurales. Stevens era consciente de ello, y asimismo de que los negros aún necesitarían durante largo tiempo la superintendencia de sus amigos en el Congreso. Comprendía, además, que, sin un mínimo de seguridad económica y de derechos políticos, entre ellos el de voto, poco podrían hacer ni por sus propios intereses ni por los del Norte.⁶⁴

En suma: la versión radical de la reconstrucción estribaba en utilizar la potencia militar del Norte para destruir la aristocracia de plantación y crear un facsímil de democracia capitalista asegurando propiedad y derechos electorales a los negros. A la luz de las condiciones imperantes entonces en el Sur, era realmente revolucionaria. Un siglo después, el movimiento de derechos civiles para los negros no pretende más, de hecho pretende menos, por cuanto deja a un lado lo económico. Si el anticiparse a la época en que se vive es revolucionario, Stevens lo era. Los propios simpatizantes del Norte confesaban su estupor. Horace Greeley, editor del «New York Tribune», simpatizante de antiguo con la causa abolicionista, escribió en respuesta al discurso pronunciado por Stevens el 6 de septiembre de 1865: «... protestamos contra toda agresión a la propiedad sureña... porque la clase más acaudalada de habitantes del Sur, siendo más instruidos y humanos que los ignorantes y vulgares, son menos enemigos de los negros.»⁶⁵ Las apresiones de Greeley anunciaban lo que iba a suceder cuando los sectores acaudalados del Norte y del Sur enterrarían sus diferencias y, por otro compromiso famoso, dejarían que los negros se las compusieran como pudiesen con su libertad.

No es, por tanto, sorprendente que la derrota de los radicales, o más precisamente de lo que era radical en su programa, adviniese pronto, tan pronto como tropezaron con los intereses de

propiedad norteamericanos. Los radicales no pudieron introducir en los derechos de reconstrucción de 1867 la confiscación forzosa, rechazada por los republicanos más moderados. En la Cámara, el proyecto de ley de los «40 acres» de Stevens obtuvo sólo treinta y siete votos.⁶⁶ Los sectores privilegiados del Norte no estaban en modo alguno dispuestos a tolerar un ataque declarado contra la propiedad, ni siquiera contra la de «rebeldes», ni siquiera en nombre de la democracia capitalista. La «Nación» advirtió que «un reparto de las tierras de los ricos entre los deheredados... daría una mazada a todo nuestro sistema político y social de la que difícilmente se recobraría sin pérdida de la libertad». El fracaso de la reforma agraria significaba una derrota decisiva, extirpaba el corazón mismo del programa radical. Sin la reforma agraria, el resto del programa no podía ir más allá de paliativos o irritantes, según el punto de vista que se adopte. Quizá sea una exageración, no obstante, decir que tal fracaso despejó el camino para la supremacía definitiva de los terratenientes blancos del Sur y otros intereses propietarios.⁶⁷ Los radicales, en hecho de verdad, nunca habían llegado a obstruir el camino. Su fracaso en aquel momento reveló los límites que imponía la sociedad norteamericana al impulso revolucionario.

Abortada la confiscación y redistribución de la tierra, el sistema de plantación volvió sobre sí mediante un nuevo sistema de mano de obra. Al principio hubo algunas tentativas a base de mano de obra asalariada, que fracasaron, en buena parte porque los negros propendían a cobrar sus salarios durante los meses de inactividad y largarse después, cuando el algodón tenía que ser recogido. De ahí que se virara hacia la aparcería, que daba a los plantadores mayor control sobre su mano de obra. El cambio era significativo. Como se verá a su debido tiempo, la aparcería ha constituido en muchas partes de Asia un medio de extraer un excedente de los campesinos más por métodos económicos que políticos, aunque los últimos sean a menudo necesarios para reforzar a los primeros. Es notable, por tanto, ver aparecer formas fundamentalmente similares en Norteamérica, sin previa existencia de campesinado.

Lo que dio un sesgo peculiar a la situación norteamericana fue el comerciante rural, por más que también se han desarrollado artificios semejantes en China y otras partes. El comerciante rural solía ser el propio gran plantador. Anticipando géneros al llevador y al aparcerero, con recargos muy elevados sobre los precios al detalle ordinarios, mantenía bajo su control a la mano de obra. Aquéllos no podían comprar en otros almacenes, puesto que en ningún otro tenían crédito y por lo regular andaban cortos de dinero.⁶⁸ De ese modo, los vínculos económicos reemplazaban a los de esclavitud. Si el cambio significaba alguna mejora real, es muy difícil decirlo. Pero sería un error suponer que los propietarios de plantaciones prosperaron grandemente

con el nuevo sistema. El efecto principal de éste parece haber sido intensificar aún más en el Sur la economía de monocultivo, por cuanto el banquero presionaba al plantador, y el plantador presionaba al aparcerero a cultivar aquello que podía convertirse rápidamente en dinero.⁶⁹

El restablecimiento político avanzó a la par con el económico; más que una simple relación de causa a efecto, existía entre ambos un mutuo reforzarse. No procede aquí historiar las idas y venidas políticas de los que sucedieron en el Sur a los grupos dirigentes de la anteguerra en pos de influencia política, pero vale la pena señalar que, entre los *scalawags* —colaboracionistas, se les llamaría hoy quizá—, figuraban numerosos plantadores, comerciantes e incluso capitanes de industria.⁷⁰ Una hartura de violencia, deplorada tal vez por los mejores, aunque al respecto sea de rigor el escepticismo, ayudó a poner a los negros «en su sitio» y restaurar así cumplidamente la supremacía blanca.⁷¹ Los intereses industriales y ferroviarios, entre tanto, iban cobrando más y más influencia en los negocios del Sur.⁷² En una palabra: también en el Sur, al igual que en el Norte, la gente gorda moderada estaba recuperando poder, autoridad e influencia. Se estaba preparando la escena para una alianza entre ambos sectores que deshiciese las antiguas líneas de batalla. Dicha alianza fue consumada formalmente en 1876, cuando la disputada pugna electoral Hayes-Tilden se resolvió dando el poder al republicano Hayes a cambio de que se eliminasen los residuos del régimen ocupacional nordista. Ante la carga de los agrarios radicales en el Oeste y de los obreros radicales en el Este, el partido norteño de la riqueza, la propiedad y los privilegios se decidió a dejar definitivamente de lado toda ostensión de un defender los derechos de las desheredadas y oprimidas masas negras.⁷³ Puesto que los *Junker* del Sur no eran ya propietarios de esclavos y habían adquirido cierto barniz de hombres de negocios urbanos, y, por otro lado, los capitalistas del Norte debían hacer frente a agitaciones radicales, la clásica coalición conservadora resultaba posible. Tal fue el Termidor que vino a liquidar la «Segunda Revolución Americana».

5. EL SIGNIFICADO DE LA GUERRA CIVIL

¿Qué es una revolución? No, por cierto, en el sentido de un levantamiento popular contra opresores. Determinar el significado de la Guerra Civil, asignarle el lugar que le corresponda en una historia que aún está haciéndose, es tan difícil como dar cuenta de sus causas y su desarrollo. Uno de los sentidos de la revolución es la destrucción violenta de instituciones políticas que permite a la sociedad en que se ha producido tomar un nuevo curso. Tras la Guerra Civil, el capitalismo industrial

norteamericano avanzó a pasos agigantados. En eso, sin duda, pensaba Charles Beard cuando acuñó su fórmula famosa: «la Segunda Revolución Americana». Sin embargo, ¿fue realmente el ímpetu del crecimiento capitalista industrial una consecuencia de la Guerra Civil? ¿Y qué decir de su contribución a la libertad humana, que todos, excepto los más conservadores, asocian con la palabra revolución? La historia de la Décimocuarta Enmienda, que prohibió a los Estados privar a cualquier persona de vida, libertad o propiedad, compendia la ambigüedad del último extremo. Como sabe toda persona instruida, la Décimocuarta Enmienda ha protegido muy poco a los negros y muchísimo a las sociedades anónimas. La tesis de Beard de que tal fue el designio original de los que la redactaron ha sido impugnada por algunos.⁷⁴ Que lo fuese o no, me parece trivial. Las consecuencias no ofrecen dudas. En último término, la valoración de la Guerra Civil depende de cómo se valoren la libertad en la sociedad norteamericana moderna y la conexión entre las instituciones del capitalismo avanzado y la Guerra Civil. Para debatir a fondo esos puntos, apenas bastaría un libro entero como éste. Aquí voy a limitarme a esbozar algunas de las consideraciones más importantes.

Acompañaron y siguieron la victoria ciertos cambios políticos de gran alcance. Pueden resumirse diciendo que el gobierno federal quedó convertido en una serie de murallas alrededor de la propiedad, así como en un agente de la sentencia bíblica: «A quien tiene, se le dará.» La primera de las murallas fue la salvaguardia de la propia Unión, lo cual, al irse poblando el Oeste después de la Guerra, vino a significar uno de los más dilatados mercados interiores del mundo; también un mercado protegido por el arancel más alto hasta la fecha en la historia de la nación.⁷⁵ La propiedad, en virtud de la Décimocuarta Enmienda, recibió protección de los gobiernos estatales con malas inclinaciones. También la circulación monetaria fue asentada sobre sólidos cimientos mediante el sistema bancario nacional y la reanudación del pago en metálico. Si tales medidas hirieron a los granjeros del Oeste tanto como se había venido suponiendo, se pone hoy en duda; hay indicios de que se desarrollaron bastante bien lo mismo durante la guerra que en los años subsiguientes.⁷⁶ En todo caso, recibieron alguna compensación con la apertura de los dominios públicos en el Oeste (*Homestead Act* de 1862), si bien es precisamente a ese respecto que el gobierno federal merece el calificativo de agente de la reción citada sentencia bíblica. Las compañías de ferrocarriles recibieron concesiones fabulosas, y la adjudicación de dominios públicos creó también la base de grandes fortunas madereras y mineras. Finalmente, en concepto de compensación a la industria, que tal vez perdería obreros con el desarrollo del Oeste, el gobierno federal mantuvo abiertas las puertas a la inmigración (*Immi-*

gration Acts de 1864). Como observa Beard, «Todo lo que dos generaciones de Federalistas y Whigs habían intentado conseguir, y todavía más, se ganó en el espacio de cuatro breves años».77 «Cuatro breves años», ciertamente, es una exageración retórica; algunas de las medidas mencionadas fueron también propias de la Reconstrucción (1865-1876), y la readopción del pago en metálico no se produjo hasta 1879. Pero da lo mismo: la Reconstrucción, en definitiva, no fue más que una parte del conflicto total. Si se mira hacia atrás y se compara lo llevado a cabo con el programa plantador de 1860: sanción federal del esclavismo, nada de aranceles proteccionistas elevados, nada de subvenciones ni de dispendiosas mejoras internas que recargarían los impuestos, ningún sistema monetario y bancario nacional,78 entonces la tesis de una victoria del capitalismo industrial sobre las cadenas de la economía de plantación, victoria que requirió hierro y sangre, parece en verdad muy convincente.

La reflexión puede hacer que buena parte de ese convencimiento se evapore. Merece la pena notar que la actitud del propio Beard es bastante ambigua. Tras extenderse sobre las victorias del capitalismo norteno arriba resumidas, observa: «Los principales resultados económicos de la Segunda Revolución Americana indicados hasta aquí se habrían también conseguido aunque no hubiese tenido lugar un conflicto armado...»79 Téngase en cuenta, sin embargo, que los puntos de vista de Beard no son cuestionables sino por el mismo hecho de que los escritos innovadores de todo historiador puntero sacan a luz cuestiones antes ignoradas. Contra la tesis de que la Guerra Civil fue una victoria revolucionaria de la democracia capitalista industrial, e indispensable para tal victoria, cabe aducir tres argumentos íntimamente interrelacionados. El primero, que no existe ninguna conexión real entre la Guerra Civil y la subsiguiente victoria del capitalismo industrial; abogar por ella sería incurrir en un sofisma del tipo de *post hoc, ergo propter hoc*. En segundo lugar, que los cambios ya iban produciéndose espontáneamente por los procesos ordinarios del crecimiento económico sin necesidad de que los desencadenara una guerra civil.80 Por último, a base de los indicios debatidos bastante detenidamente al principio de este capítulo, se podría argüir que las economías del Norte y el Sur no se hallaban de verdad enfrentadas en una competencia a muerte: o eran complementarias o, en el peor de los casos, si no estaban enlazadas una con otra, se debía tan sólo a circunstancias fortuitas, tales como el hecho de que el Sur vendía la mayor parte de su algodón a Inglaterra.

Para refutar categóricamente tales argumentos, sería preciso demostrar que la sociedad sureña, dominada por la plantación, constituía un obstáculo formidable para el establecimiento de la democracia capitalista industrial. Todo parece indicar que el esclavismo de plantación era, en efecto, un obstáculo para

la democracia, por lo menos para un concepto de la democracia inclusivo de los objetivos de igualdad humana —siquiera sea en la forma limitada de igualdad de oportunidades— y libertad humana. Pero los datos de que se dispone no establecen en absoluto que el esclavismo de plantación fuese un obstáculo para el capitalismo industrial en sí mismo. Y la perspectiva comparativa muestra a las claras que el capitalismo industrial puede desarrollarse en sociedades que no profesen aquellos objetivos democráticos o, para ser algo más cautos, donde tales objetivos no representen más que una corriente secundaria. Alemania y el Japón de antes de 1945 ejemplifican por antonomasia esa tesis.

Una vez más el curso de la investigación nos lleva a discrepancias e incompatibilidades políticas entre dos tipos diferentes de civilizaciones: la del Sur, por un lado, y la del Norte y el Oeste, por otro. Los sistemas agrícolas que oprimen a la mano de obra, y en particular el esclavismo de plantación, son obstáculos políticos para una *clase particular* de capitalismo, en un estadio histórico específico: a falta de un término más preciso, tenemos que llamarle capitalismo democrático competitivo. El esclavismo constituía una amenaza y un obstáculo para una sociedad que, en rigor, era la heredera de las revoluciones Puritana, Americana y Francesa. La sociedad sureña estaba firmemente asentada sobre la calidad hereditaria como base de valoración humana. Junto con el Oeste, el Norte, contrariamente, aunque en pleno proceso de cambio, se fundaba en el concepto de igualdad de oportunidades. En ambos casos, los ideales reflejaban ordenaciones económicas que les conferían mucho de su atractivo y fuerza. Dentro de la misma unidad política, a mi modo de ver, era de suyo imposible establecer instituciones políticas y sociales que satisficieran a una y otra parte. Si la separación geográfica hubiese sido mucho mayor, si el Sur, por ejemplo, hubiese sido una colonia, entonces, con toda probabilidad, el problema habría sido relativamente fácil de resolver —a expensas del negro.

Que la victoria del Norte, a pesar de todas sus consecuencias ambiguas, representó una victoria política para la libertad a vista de lo que habría implicado una victoria del Sur, parece tan obvio, que excusa un comentario extenso. Basta con considerar lo que habría sucedido si el sistema de plantación sureño hubiese podido establecerse en el Oeste a mediados del siglo XIX y rodear al Nordeste. Entonces los Estados Unidos se habrían hallado en la situación de ciertos países que están modernizándose al presente, con una economía latifundista, una aristocracia antidemocrática dominante, y una clase comercial e industrial débil y subordinada, ni capaz ni deseosa de promover la democracia política. Tal era, a grandes rasgos, la situación de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, sólo que su agricultura estaba

menos comercializada. Habrían sido entonces mucho más probables que una democracia firmemente arraigada — pese a todas sus limitaciones y deficiencias— o una explosión radical, del tipo que fuere, o un período prolongado de dictadura semireaccionaria.

Acabar con el esclavismo fue un paso decisivo, un hecho no menos importante que la aniquilación de la monarquía absoluta en la Guerra Civil Inglesa y la Revolución Francesa, un preliminar esencial para futuros adelantos. Como en aquellas sacudidas violentas, los mayores logros de la Guerra Civil Americana fueron políticos, en el sentido más amplio del término. Generaciones posteriores iban a esforzarse por insuflar un contenido económico en el esqueleto político, por elevar el nivel del pueblo hacia cierta conciencia de la dignidad humana poniendo en sus manos los medios materiales para determinar su propio destino. No otra cosa se han propuesto las revoluciones llevadas a cabo más tarde en Rusia y la China, aunque hasta la fecha los médicos hayan borrado y torcido en gran manera los fines. Es en ese contexto, a mi entender, que conviene ubicar la Guerra Civil Americana si se quiere evaluarla correctamente.

El que el gobierno federal se negara a sancionar el esclavismo no fue cosa baladí. Es fácil imaginarse con qué dificultades habría tropezado la clase obrera organizada, por ejemplo en sus esfuerzos para conseguir aceptación legal y política, de no haber sido franqueada aquella barrera. Si los movimientos consecutivos a la Guerra Civil para ensanchar los límites y el significado de la libertad han venido chocando con obstáculos ya desde su mismo final, ello se ha debido en gran parte al carácter incompleto de la victoria alcanzada en 1865 y a las subsiguientes tendencias hacia una coalición conservadora entre los intereses propietarios del Norte y el Sur. Tal manquedad quedó empotrada en la estructura del capitalismo industrial. Con nuevas trazas, más puramente económicas, volvió al Sur mucha de la antigua represión, al paso que en el resto de los Estados Unidos iban apareciendo formas represivas nuevas a medida que el capitalismo industrial crecía y se afianzaba. Si el gobierno federal se desinteresó de que subsistieran las leyes de esclavos fugitivos, es que o bien asentía o bien servía de instrumento a la represión.

Por lo que respecta a los negros, el gobierno federal no ha empezado a cambiar de actitud hasta tiempos bastantes recientes. Cuando se escriben estas líneas, los Estados Unidos se hallan inmersos en un encarnizado conflicto acerca de los derechos civiles de los negros, conflicto que probablemente alternará flujos y reflujos en los años venideros. Implica mucho más que la cuestión de los negros. Debido a las peculiaridades de la historia norteamericana, el núcleo de la clase más baja del país está formado por personas cuya piel es negra. En su calidad de único gran sector de la sociedad norteamericana con desconten-

tos activos, los negros constituyen en el presente casi el único campo potencial de reclutamiento para las tentativas de cambiar el carácter de la democracia capitalista más poderosa del mundo. Si este potencial se traducirá en algo palpable, si se astillará y evaporará o, por el contrario, se combinará con otros grupos descontentos para llegar a resultados significativos, ése ya es otro cantar.

En el fondo, la lucha de los negros y sus aliados blancos pone a prueba la capacidad de la democracia capitalista contemporánea para vivir de acuerdo con los nobles principios que profesa, algo que ninguna sociedad ha realizado hasta hoy. Estamos aquí ante la ambigüedad fundamental en la valoración e interpretación de la Guerra Civil. Una ambigüedad recurrente a lo largo de la Historia. No es mera coincidencia que dos conspicuos adalides de sociedades libres, separados por un intervalo de más de dos mil años, hayan optado ambos por expresar sus ideales en discursos memorativos de quienes encontraron la muerte defendiéndolos. Para el historiador crítico, lo mismo Pericles que Lincoln aparecen como figuras ambiguas cuando confronta lo que hicieron y lo que acacé con lo que decían y, con toda probabilidad, esperaban. La lucha por lo que expresaron no ha terminado todavía, y no llegará a su fin hasta que la raza humana cese de habitar la tierra. Quien observa más y más de cerca y profundamente las ambigüedades de la Historia para tratar de esclarecerlas, acaba hallándolas en sí mismo y en su prójimo como en los supuestamente muertos hechos históricos. Quiérase o no, estamos dentro del flujo y reflujo de tales acontecimientos, y desempeñamos un papel, no importa cuán pequeño e insignificante individualmente, en aquello que el pasado llegará a significar para el futuro.

VII. La ruta democrática hacia la sociedad moderna

Según nuestra perspectiva presente, podemos acto seguido esbozar las características mayores de las tres rutas hacia el mundo moderno. La más antigua de ellas combinó capitalismo y democracia parlamentaria tras una serie de revoluciones: la Revolución Puritana, la Revolución Francesa, y la Guerra Civil Americana. Aunque con reservas, consideradas en lugar posterior de este capítulo, la he llamado ruta de la revolución burguesa, una ruta en que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos entraron en momentos sucesivos y con sociedades profundamente distintas en el punto de arranque. El segundo camino fue también capitalista, pero, al faltar toda oleada revolucionaria intensa, pasó por formas políticas reaccionarias hasta culminar en el fascismo. Vale la pena subrayar que, gracias a revoluciones desde arriba, la industria alemana y la japonesa pudieron desarrollarse y florecer. La tercera ruta es la comunista. En Rusia y la China, revoluciones que tuvieron sus orígenes principales, si bien no exclusivos, en el campesinado posibilitaron la variante comunista. Por último, a mediados de la década 1960-1970, la India aún no ha emprendido sino de un modo muy vacilante el proceso de transformarse en una sociedad industrial moderna. Hasta ahora no ha experimentado ni una revolución burguesa, ni una revolución conservadora desde arriba, ni una revolución comunista. ¿Va a ahorrarse la India los horrorosos costes de esas tres formas descubriendo alguna nueva variante, como se intentó bajo Nehru? ¿O tendrá que pagar el precio no menos horroroso del estancamiento? Tal es el espinoso problema que han de afrontar los sucesores de Nehru.

Hasta cierto punto, esos tres tipos —revoluciones burguesas que culminan en la forma occidental de democracia, revoluciones conservadoras desde arriba que paran en fascismo, y revoluciones campesinas que llevan al comunismo— pueden constituir rutas y opciones alternativas. Son mucho más claramente estadios históricos sucesivos. Como tales, presentan cierta relación unos con otros. Los métodos de modernización escogidos en un país cambian las dimensiones del problema para los países que dan el paso después, como reconoció Veblen al acuñar un término que hoy está de moda: «las ventajas del atraso». Sin la previa modernización democrática de Inglaterra, los métodos reaccionarios adoptados en Alemania y el Japón difícilmente habrían sido posibles. Sin las experiencias capitalista y reaccio-

naria, el método comunista habría sido algo enteramente distinto, caso de que hubiese llegado a existir. Es bien lógico pensar, incluso con cierta comprensión, que el apocamiento indio es en gran parte una reacción crítica negativa a las tres formas de experiencia histórica previa. Aunque en la construcción de sociedades industriales ha habido ciertos problemas comunes, se trata en el fondo de una tarea siempre cambiante. Las condiciones históricas de cada especie política mayor difieren fuertemente de las del resto.

Se dan también sensibles diferencias dentro de cada tipo mayor, quizá sobre todo en la variante democrática, al lado, claro está, de significativas semejanzas. En este capítulo trataremos de hacer justicia a ambas en el curso del análisis de ciertas características sociales agrarias que han contribuido al desarrollo de la democracia occidental. Explicitemos una vez más qué significa esa frase un tanto sonora, aunque las definiciones de la democracia tienen la virtud de desviar la atención de los problemas reales a huecos juegos de palabras. El autor ve el desarrollo de la democracia occidental como una larga lucha —inacabada, por supuesto— para alcanzar estos tres objetivos estrechamente interrelacionados: a) eliminar a los gobernantes arbitrarios, b) sustituir los regímenes arbitrarios por otros justos y racionales, y c) lograr que el pueblo participe en la constitución de los regímenes. La decapitación de reyes ha sido el aspecto más dramático, y de ningún modo el menos importante, de la primera tendencia. Los esfuerzos por establecer el imperio de la ley, el poder de la legislatura, y más tarde por utilizar el Estado como un motor para el bien social son aspectos bien conocidos de las otras dos.

Una consideración detallada de las fases iniciales de las sociedades premodernas caería fuera del ámbito de esta obra, pero conviene a lo menos plantear brevemente la cuestión de la diversidad de puntos de arranque. ¿Hay diferencias estructurales en las sociedades agrarias que puedan ya favorecer el subsiguiente desarrollo hacia la democracia parlamentaria ya dificultar el logro de ésta, o incluso excluirlo de raíz? Ciertamente, el punto de arranque no determina del todo el curso subsiguiente de la modernización. La sociedad prusiana del siglo XIV presentaba muchos de los rasgos que precluyeron la democracia parlamentaria en la Europa occidental. Los cambios decisivos que alteraron fundamentalmente el curso de la sociedad prusiana y, a la larga, de la alemana tuvieron lugar en los siglos XV y XVI. Sin embargo, aunque los puntos de arranque no sean de por sí decisivos, unos pueden ser mucho más favorables que otros a los desenvolvimientos democráticos.

Hay buenos argumentos, pienso yo, para sustentar la tesis de que el feudalismo occidental contuvo ciertas instituciones que lo distinguieron de otras sociedades en el sentido de favo-

recer las posibilidades democráticas. El historiador alemán Otto Hintze, con su exposición de los órdenes sociales de la sociedad feudal (*Stände*), ha acabado quizá de hacerla convincente, si bien continúa siendo materia de animado debate entre los eruditos.¹ Para nuestros propósitos, el aspecto más importante fue que se desarrollara la noción de la inmunidad de ciertos grupos y personas al poder del soberano, así como la del derecho de resistir a la autoridad injusta. Junto con la del contrato como un compromiso mutuo libremente convenido por personas libres, derivada de la relación feudal de vasallaje, todo ese complejo de ideas y prácticas constituye un legado decisivo de la sociedad europea medieval a las modernas concepciones occidentales de una sociedad libre.

Dicho complejo no ha existido más que en la Europa occidental. Sólo en ella se dio aquel delicado equilibrio entre excesivo y escaso poder real que comunicó un fuerte ímpetu a la democracia parlamentaria. Se han dado en otras partes multitud de semejanzas parciales, pero parece faltarles o alguno de los ingredientes constitutivos o la proporción justa entre ellos observable en la Europa occidental. La sociedad rusa también desarrolló un sistema de estados, los *soslovii*. Pero Iván el Terrible subyugó a la nobleza independiente. La tentativa de recuperar sus privilegios sólo vino después de acabarse con la mano dura de Pedro el Grande y redundó en obtener privilegios sin las correspondientes obligaciones ni representación corporativa en el sistema de gobierno. La China burocrática engendró el concepto del Mandato del Cielo, que dio algún color de legitimidad a la resistencia contra la opresión injusta, pero sin ninguna idea firme de inmunidad corporativa, algo que los oficiales-eruditos crearon hasta cierto punto en la práctica y contra el principio básico de la política burocrática. Hubo feudalismo en el Japón, pero con poco acento en la lealtad a los superiores y a un monarca divino. Careció del concepto de compromiso entre personas teóricamente iguales. En el sistema de castas indio, cabe percibir fuertes tendencias hacia los conceptos de inmunidad y de privilegios corporativos, pero asimismo sin la teoría ni la práctica del contrato libre.

Los esfuerzos por hallar una sola explicación comprensiva de todas esas diferencias, estimulados por algunas observaciones improvisadas de Marx y culminados en la tesis polémica de Wittfogel en torno al despotismo oriental, que se basaría en el control del suministro de agua, no han tenido mucha fortuna. Ello no quiere decir que vayan mal dirigidos. El suministro de agua es, probablemente, una noción demasiado estrecha. Pueden surgir despotismos tradicionales dondequiera que una autoridad central sea capaz de ejecutar o supervisar tareas esenciales a la vida de toda la sociedad. Antaño un gobierno tenía mucho menos al alcance que ahora crear situaciones que implicaran su propia

definición de qué tareas son esenciales a la sociedad en conjunto y conseguir que el pueblo las aceptara pasivamente. De ahí que proceder según esa hipótesis centrada en la realización de tareas esenciales sea algo menos arriesgado cuando se trata de sociedades preindustriales que no lo sería para las modernas. Por otra parte, parece también haber un campo de elección mucho más amplio de lo que se había supuesto en el nivel político en que una sociedad organiza la división del trabajo y el mantenimiento de la cohesión social. Pueden constituir el nivel básico, en sociedades de tecnologías agrarias generalmente similares, ya la aldea campesina, ya el feudo feudal, ya, incluso, una tosca burocracia territorial.

Tras ese breve análisis de las variaciones en el punto de arranque, vayamos al proceso mismo de modernización. Una cosa está bastante clara. La persistencia del absolutismo real o, más generalmente, de un régimen burocrático preindustrial hasta tiempos modernos ha creado condiciones desfavorables a la democracia del tipo occidental. Las dispares historias de la China, Rusia y Alemania convergen en ese punto. Es un hecho curioso que, en los siglos XVI y XVII, se establecieran poderosos gobiernos centrales, que podemos llamar, imprecisamente, absolutismos reales o burocracias agrarias, en todos los países de primer orden examinados en relación con ese estudio (excepto, ni que decir tiene, los Estados Unidos), a saber Inglaterra, Francia, la parte prusiana de Alemania, Rusia, la China, el Japón y la India. Se deba a lo que se deba (aquí no trataré de averiguarlo), tal hecho constituye un buen asidero, aunque parcialmente arbitrario, para fijar los inicios de la modernización. Por muy desfavorable que haya sido su persistencia, las instituciones monárquicas fuertes cumplieron al principio una función indispensable: refrenar la turbulencia de la nobleza. La democracia no podía crecer y florecer a la sombra del pillaje eventual de barones merodeadores.

Otra precondition decisiva para la democracia moderna, verificada también en los albores de la era moderna en Europa, ha sido el establecimiento de cierto equilibrio entre la corona y la nobleza, en que el poder real predominaba, pero dejando un alto grado de independencia a la nobleza. El concepto pluralista de que una nobleza independiente es un factor esencial en el desarrollo de la democracia tiene firme base en la realidad histórica. Depara apoyo comparativo a esa tesis la ausencia de tal factor en la India de Akbar y la China manchú, o quizá, más exactamente, el que no llegara a establecerse en ellas un estatuto aceptable y legítimo para el grado de independencia que de hecho existía. Las maneras como se ha forjado la independencia de la nobleza son asimismo importantes. En Inglaterra, base de la probanza positiva, la Guerra de las Dos Rosas diezmó a la aristocracia rural, cosa que hizo considerablemente más fácil

el establecimiento de una forma de absolutismo real bastante más moderada que en Francia. Vale la pena recordar que el logro de tal equilibrio, tan caro a la tradición liberal y pluralista, ha sido el fruto de métodos violentos y, ocasionalmente, revolucionarios, que los liberales contemporáneos suelen recabar.

Cabe aquí preguntarse qué sucede si la aristocracia rural trata de librarse de los controles reales faltando una clase urbana numerosa y con poder político. O, de quererse plantear la cuestión en una forma menos precisa, qué sucede si la nobleza busca libertad y no hay, por otro lado, una revolución burguesa. Creo que se puede afirmar sobre seguro que el resultado es sumamente desfavorable a la versión democrática occidental. En Rusia, durante el siglo XVIII, la nobleza de servicio logró que sus obligaciones para con la autocracia zarista quedaran rescindidas; a la vez, retuvo y hasta aumentó sus dominios y su poder sobre los siervos. El proceso entero fue bien desfavorable a la democracia. La historia alemana, en algunos aspectos, resulta todavía más reveladora. Allí la nobleza llevó adelante la lucha contra el Gran Elector separadamente, en general, de las ciudades. Muchas de las exigencias aristocráticas de entonces se asemejan a las planteadas en Inglaterra: voz en el gobierno y, sobre todo, en los métodos gubernamentales de reunir dinero. Pero el resultado no fue democracia parlamentaria. La debilidad de las ciudades ha sido una característica constante de la historia alemana desde que, tras su florecimiento en la Baja Edad Media en la Alemania meridional y occidental, pasaron a decaer.

Sin entrar en más detalles ni considerar los materiales asiáticos que apuntan en la misma dirección, nos limitaremos a hacer constar nuestro profundo acuerdo con la tesis marxista de que una clase urbana vigorosa e independiente ha sido un elemento indispensable en el desarrollo de la democracia parlamentaria. Sin burguesía, no hay democracia. De circunscribimos estrictamente al sector agrario, no saldría a escena el principal actor. Con todo, los actores del campo han representado un papel lo bastante lucido para merecer cuidadosa atención. Y si quiséramos escribir historia a base de héroes y bellacos, actitud que el autor de hoy rechaza, diríamos que, si el bellaco totalitario ha vivido a veces en el campo, el héroe democrático de las ciudades ha tenido en él importantes aliados.

Tal fue el caso, por ejemplo, de Inglaterra. Mientras estaba afianzándose en Francia, gran parte de Alemania y Rusia, el absolutismo experimentó su primer refrenamiento grave en suelo inglés, donde, a decir verdad, el impulso por establecerlo había sido mucho más débil. Ello se debió ante todo a que la aristocracia rural inglesa había empezado a adoptar actitudes comerciales en fecha temprana. Uno de los más decisivos determinantes que influyen sobre el curso de la evolución política

ulterior es el haberse o no aplicado la aristocracia rural a la agricultura comercial y, en caso de que sí lo haya hecho, la forma revestida por esa comercialización.

Intentemos ver el fenómeno en sus principales contornos y según una perspectiva comparativa. En el sistema europeo de la Edad Media, el señor feudal retenía para sí cierta porción de su dominio. Los campesinos se la labraban en compensación de que el señor les protegía y administraba justicia —con mano dura, a menudo, y persiguiendo sus propios intereses materiales. Los campesinos explotaban otra porción de la tierra señorial, donde cultivaban plantas comestibles para las necesidades familiares y tenían sus moradas. Una tercera porción, consistente por lo regular en bosques, corrientes de agua y prados, y calificada de comunal, servía como fuente de combustible, caza y pastos así para el señor como para sus colonos. En parte a fin de asegurar al señor un suministro adecuado de mano de obra, los campesinos estaban atados al suelo, en diversas formas. No cabe duda que el mercado tuvo un papel importante en la economía agraria medieval, más importante —incluso en tiempos bastante primitivos— de lo que se había supuesto. Sin embargo, en contraste con fases posteriores, el señor y sus colonos formaban una comunidad considerablemente autárquica capaz de cubrir gran parte de sus necesidades a base de los recursos e industrias locales. Con innumerables variaciones, tal sistema prevaleció en vastas latitudes de Europa. No existió en la China. El Japón feudal presentó significativas analogías con él, y asimismo ciertas regiones de la India.

El desarrollo del comercio en las ciudades y las exigencias tributarias de los gobernantes absolutistas acarrearón, entre otras muchas secuelas, que el señor necesitara más y más dinero. Se produjeron tres grandes reacciones, en distintas partes de Europa. La aristocracia rural inglesa tendió a adoptar una forma de agricultura comercial que implicaba soltar a los campesinos para que se las arreglaran por sí mismos como mejor pudiesen. La francesa les dejó generalmente en posesión *de facto* del suelo. En las zonas donde pasó a practicar el comercio, lo hizo así compeliendo a los campesinos a entregar una parte de su producción, que después el noble vendía. La tercera variante, la reacción feudal, tuvo lugar en el Este de Europa. Los *Junker* del este de Alemania redujeron a campesinos anteriormente libres a la servidumbre para cultivar y exportar granos. En Rusia, se dio un proceso similar, pero debido, mucho más que a causas económicas, a causas políticas. Las exportaciones de granos sólo llegaron a ser un rasgo capital del paisaje económico y político ruso en el siglo XIX.

En Inglaterra, el giro de la aristocracia rural hacia la agricultura comercial eliminó mucho de lo que quedaba de su dependencia respecto a la corona y engendró una gran dosis de

su hostilidad contra las torpes tentativas absolutistas de los Estuardos. Por otro lado, la forma que tomó la agricultura comercial, en contraste con el caso del este de Alemania, creó una considerable comunidad de intereses con las ciudades. Ambos factores fueron causas importantes de la Guerra Civil, y de la victoria final del parlamentarismo. Sus efectos, intensificados por nuevas causas, siguieron siendo importantes a lo largo de los siglos XIX y XX.

Aún se pondrán más de manifiesto si comparamos la experiencia inglesa con experiencias de otros tipos. Generalmente hablando, hay otras dos posibilidades. El impulso comercial de las clases altas rurales puede ser bastante débil. Donde suceda eso, el resultado será la subsistencia de ingentes masas campesinas, que, en el mejor de los casos, constituyen un tremendo problema para la democracia, y, en el peor, la base de una revolución campesina ductiva a una dictadura comunista. La otra posibilidad es que las clases altas rurales se valgan de diversas palancas políticas y sociales para retener la mano de obra en el campo y controlarla, haciendo mediante ella su transición a la agricultura comercial. De combinarse ese hecho con una cantidad considerable de desarrollo industrial, el resultado será casi de seguro lo que conocemos por fascismo.

El papel que han tenido las clases altas rurales en la creación de gobiernos fascistas, lo debatiremos en el próximo capítulo. Aquí sólo necesitamos notar, *a*), que la forma adoptada de agricultura comercial ha sido tan importante como la comercialización misma, y *b*), que la falta al principio de formas idóneas de agricultura comercial dejó abierta con todo otra ruta hacia las instituciones democráticas modernas. Ambos fenómenos son obvios en la historia francesa y norteamericana. En muchas regiones de Francia, la agricultura comercial alteró poco la sociedad campesina, pero sacó más del campesinado, con lo que contribuyó al avance de fuerzas revolucionarias. En la mayor parte del país, el impulso de la nobleza hacia la agricultura comercial fue débil en comparación con Inglaterra. Pero la Revolución descalabró a la aristocracia y abrió el camino hacia la democracia parlamentaria. En los Estados Unidos, el esclavismo de plantación fue un aspecto importante del desarrollo capitalista. Por otro lado, para decirlo comedidamente, era una institución desfavorable a la democracia. La Guerra Civil superó el obstáculo —aunque sólo hasta cierto punto. En términos generales, el esclavismo de plantación no es sino la forma más extrema de las adaptaciones represivas al capitalismo. Lo hacen desfavorable a la democracia tres factores. Contribuye a que las clases altas rurales necesiten un Estado con un potente aparato represivo, un Estado, pues, que imponga todo un clima de opinión política y social desfavorable a la libertad humana. Contribuye también a que el campo prepondere sobre las ciu-

dades, que pueden volverse meras estaciones de transbordo para exportar a mercados distantes. Quedan aún, por último, los efectos embrutecedores de una relación de tal suerte entre *élite* y mano de obra, particularmente graves en las economías de plantación donde los labriegos pertenecen a una raza distinta.

La transición a la agricultura comercial es a todas luces un paso muy importante. Ahora bien, ¿cómo hemos de explicar por qué se ha dado o ha dejado de darse? Un sociólogo moderno tendería a emitir una explicación en términos culturales. Para aquellos países donde la agricultura comercial no ha llegado a desarrollarse en gran escala, haría quizás hincapié en el carácter inhibitorio de tradiciones aristocráticas como el concepto del honor y la actitud negativa respecto a la ganancia pecuniaria y el trabajo. En los inicios de esta investigación, también yo tendí a buscar tales explicaciones. Pero, a medida que los datos fueron acumulándose, surgieron más y más motivos para adoptar una actitud escéptica ante un plan de ataque culturalista. Los problemas generales que plantea su uso serán debatidos más abajo.

Para ser convincente, una explicación cultural debería demostrar, por ejemplo, que las tradiciones militares y los conceptos de rango y honor eran considerablemente más débiles entre las clases altas rurales de Inglaterra que no, digamos, entre las de Francia. Aunque la aristocracia inglesa tuvo menos de grupo cerrado que la francesa y ninguna regla formal de *dérogance*, es dudoso que esas diferencias culturales basten para explicar las diferencias en conducta económica. ¿Y qué pensar de la nobleza del Este de Alemania, que pasó de la colonización y conquista a la empresa de exportar granos? Más digno de consideración es aún el hecho de que, entre las *élites* rurales cuyo impulso comercial parece débil si se compara con el de las inglesas, hallemos a menudo una crecida minoría que ha realizado con buen éxito la tentativa de practicar el comercio allí donde las condiciones locales eran favorables. Así, la agricultura comercial orientada hacia la exportación se desarrolló bien en ciertas partes de Rusia.

Las anteriores observaciones hacen ver cuán importantes no son las diferencias en las facilidades para adoptar la agricultura comercial, sobre todo la existencia de un mercado en ciudades próximas y de métodos idóneos de transporte —en particular, antes del ferrocarril, por agua, para las mercancías voluminosas. Pese a la obvia importancia de las variaciones en cuanto a suelo y clima, también ahí se mueve entre bastidores la burguesía como protagonista del drama. Los factores políticos han tenido asimismo un papel decisivo. Dondequiera que los terratenientes han podido utilizar el aparato coercitivo del Estado para quedarse con las manos cruzadas e ir colectando las rentas, fenómeno muy difundido en Asia y bastante en la Francia y la

Rusia prerrevolucionarias, ha sido nulo, claro está, el incentivo para que se aplicaran a adaptaciones menos represivas.

Aunque el tema de la agricultura comercial entre los campesinos no es de tanta consecuencia para la democracia, conviene aquí decir dos palabras sobre él. De un modo general, el desenlace del problema campesino por la transformación del campesinado en algún otro tipo de formación social parece augurar lo mejor a la democracia. Con todo, en las pequeñas democracias clientes de Escandinavia y Suiza, los campesinos han venido a ser parte de sistemas democráticos gracias a la práctica de formas bastante especializadas de agricultura comercial, en particular la elaboración de productos lácticos, para los mercados urbanos. Allí donde, a primera vista, se obstinan en no aceptar tales cambios, como por ejemplo en la India, no es difícil configurar una explicación en torno a circunstancias objetivas. A menudo no existe una auténtica oportunidad de mercado. Para gente que vive cerca del margen de la existencia física, la modernización resulta sin duda demasiado arriesgada, sobre todo si es de presumir que, con las instituciones sociales en vigor, los beneficios se los llevarían otros. Lo único que tiene sentido, en esas circunstancias, es adaptarse a un nivel de vida abismalmente bajo y reducir las esperanzas al mínimo. Localmente, cuando las circunstancias son distintas, se producen a veces cambios dramáticos en corto espacio de tiempo.

Hasta aquí nos hemos centrado en dos variables mayores, las relaciones de las clases altas rurales con la monarquía y cómo respondieron a las exigencias de producción para el mercado. Hay aún otra variable mayor, ya mencionada de paso: la relación de las clases altas rurales con los habitantes de las ciudades, sobre todo con el estrato superior de los mismos, que podemos llamar imprecisamente burguesía. Las coaliciones y contracoaliciones entre y a través de esos dos grupos han constituido, y en algunas partes todavía constituyen, el cuadro y el ambiente básicos de la acción política, formando la serie de oportunidades, tentaciones e imposibilidades dentro de que han tenido que actuar los líderes políticos. En términos muy generales, el problema que se nos plantea entonces es tratar de identificar en la relación entre las clases altas rurales y los ciudadanos aquellas situaciones que hayan contribuido al desarrollo de una sociedad relativamente libre en los tiempos modernos.

Empecemos por recordar ciertas líneas de fractura naturales entre ciudades y campo y dentro de uno y otro sector de la población. En primer lugar, está el consabido conflicto de intereses entre la exigencia urbana de comestibles baratos y altos precios para los artículos producidos en las ciudades y el deseo rural de altos precios para los comestibles y productos artesanales y fabriles baratos. Ese conflicto puede cobrar cada vez

mayor importancia con la expansión de una economía de mercado. Las diferencias de clase, tales como las existentes entre rentistas y campesinos en el campo, y entre maestro y oficial, fabricante y obrero industrial en la ciudad, cortan al través la hendidura rural-urbana. Allí donde los intereses de los estratos superiores de la ciudad y el campo converjan contra los campesinos y obreros, el resultado será probablemente desfavorable a la democracia. Con todo, la cosa depende en gran parte de las circunstancias históricas en que surja tal alineación.

Un caso muy significativo de intereses convergentes entre segmentos mayores de la aristocracia rural y de las clases altas urbanas tuvo lugar en la Inglaterra de los Tudor y Estuardo. En ella la convergencia se produjo en un estadio primitivo del curso de la modernización y dentro de circunstancias que empujaban a ambos grupos a oponerse a la autoridad real. Esos aspectos son de decisiva importancia para explicar los resultados democráticos. En contraste con la situación de la Francia contemporánea, donde los fabricantes se dedicaban sobre todo a producir armas y artículos de lujo para el rey y la aristocracia cortesana, la burguesía inglesa era vigorosa e independiente, con vastos intereses en un comercio de exportación.

Por el lado de la nobleza y la *gentry* rurales, reconocemos también una serie de factores favorables. El comercio lanero había venido afectando al campo en el curso del siglo XVI, y ya antes, y conducido a *enclosures* para apacentar al ganado lanar. Los sectores de las clases altas dedicados a su crianza, una minoría, pero influyente, necesitaban de las ciudades, que exportaban la lana, situación bien distinta de la del Este de Alemania, donde la producción cerealista, en manos de los *Junker*, seguían caminos que no pasaban por las decadentes ciudades.

La convergencia entre las clases altas rurales y urbanas de Inglaterra antes de la Guerra Civil, tal que favoreció la causa de la libertad, constituye un fenómeno único para los grandes países. Quizá la situación más amplia de que formó parte sólo puede darse una vez en la historia humana: la burguesía inglesa, desde el siglo XVII hasta más allá de la mitad del siglo XIX, pudo tener un máximo de interés material en la libertad humana porque era la primera burguesía y aún no había hecho llegar a colmo las pujanzas de sus rivales exteriores e interiores. Tal vez sea útil, sin embargo, expresar ciertas inferencias de la experiencia inglesa en forma de hipótesis generales sobre las condiciones en que la colaboración entre sectores influyentes de las clases altas urbanas y rurales podrían ser favorables al desarrollo de la democracia parlamentaria. Como ya se ha indicado, es importante que la fusión tenga lugar contra la burocracia real. En segundo lugar, parece necesario que los líderes comerciales e industriales estén en vías de ser el elemento social dominante. Dadas esas condiciones, las clases altas rurales pueden

adoptar hábitos burgueses, y no por simple mimetismo, sino como respuesta a las circunstancias generales y a su propia situación. Todo ello sólo puede suceder, parece, en un estadio primitivo del desarrollo económico. Parece también sumamente improbable que se repita hoy en ninguna parte del mundo.

En un estadio más avanzado, el tinte burgués facilita a las clases altas rurales la conquista de los puestos de mando político en una sociedad fundamentalmente burguesa, como lo era Inglaterra en el siglo XIX. Cabe sugerir aquí otros tres factores importantes. El primero, la existencia de un grado considerable de antagonismo entre el elemento comercial-industrial y las clases agrarias tradicionales. El segundo, que éstas mantengan una posición económica considerablemente firme. Ambos factores evitan que se forme un frente compacto de las clases altas contra las demandas de reforma y estimulan cierta dosis de competencia por el apoyo popular. Sugeriría también, por último, que la *élite* rural ha de ser capaz de transmitir parte de su actitud aristocrática a las clases comerciales e industriales.

Esa transmisión no se reduce al matrimonio desigual en que un noble de rancia estirpe puede salvar sus dominios uniéndose con un nuevo rico. La cosa involucra muchos sutiles cambios de actitud que, hoy por hoy, no penetran sino muy imperfectamente. Sólo conocemos la consecuencia: que las actitudes burguesas tienden a prevalecer, y no al contrario, como sucedió en Alemania. Los mecanismos por que se produce tal osmosis no están ni con mucho claros. Sin duda el sistema educativo tiene un papel importante, aunque, de por sí, difícilmente podría ser decisivo. Creo que en ese punto una exploración de la literatura biográfica, tan abundante en el caso de Inglaterra, resultaría muy fructífera, pese al tabú inglés sobre el tema estructura social, no menos fuerte a veces que el relativo al sexo. Allí donde las líneas de fractura sociales, económicas, religiosas y políticas no coincidan demasiado, es menos probable que los conflictos lleguen a ser tan apasionados y acres como para excluir la reconciliación democrática. El precio de tal sistema será, naturalmente, la perpetuación de una gran dosis de abuso «tolerable» —que lo es sobre todo para quienes se aprovechan del sistema.

La suerte del campesinado inglés sugiere otra condición del desarrollo democrático que bien podría ser decisiva por derecho propio. Aunque tal vez la «solución definitiva del problema campesino» de Inglaterra por las *enclosures* no fue tan brutal ni tan completa como ciertos autores pretéritos nos han llevado a pensar, pocas dudas caben acerca de que las *enclosures*, como parte de la revolución industrial, eliminaron el problema campesino de la política inglesa. De ahí que no quedaran masas campesinas para servir a los fines reaccionarios de las clases altas rurales, como en Alemania y el Japón. Tampoco para sos-

tener revoluciones campesinas como en Rusia y la China. Por razones bastante distintas, los Estados Unidos escaparon asimismo a la plaga política de un problema campesino. No así Francia, la inestabilidad de cuya democracia durante los siglos XIX y XX se debe en parte a ese hecho.

La generalmente admitida brutalidad de las *enclosures* nos encara con las limitaciones de la posibilidad de transiciones pacíficas a la democracia y nos recuerda los conflictos abiertos y violentos que han precedido su establecimiento. Es hora de restaurar la dialéctica, de tener presente el papel de la violencia revolucionaria. Gran parte de esa violencia, quizá sus rasgos más importantes, se originó de los problemas agrarios surgidos a lo largo del camino que ha llevado a la democracia occidental. La Guerra Civil Inglesa detuvo el absolutismo real y dio carta blanca a los comercializados grandes terratenientes para hacer su papel en la destrucción de la sociedad campesina durante los siglos XVIII y XIX. La Revolución Francesa quebró el poderío de una *élite* rural que aún era por la mayor parte precomercial, aunque sectores de ella habían empezado a adoptar nuevas formas que requerían mecanismos represivos para conservar la mano de obra. En ese sentido, como ya se ha notado, la Revolución Francesa constituyó un modo alternativo de crear instituciones favorables, con el tiempo, a la democracia. Por último, la Guerra Civil Americana arruinó también a una *élite* rural que era un obstáculo en el camino del avance democrático, pero, en ese caso, un obstáculo que se había desarrollado como parte del capitalismo.

Ya se crea que aquellos tres cataclismos favorecieron el desarrollo de la democracia liberal y burguesa o, al contrario, que lo entorpecieron, es preciso reconocer que fueron una parte importante del proceso en conjunto. Por sí solo, ese hecho justifica en considerable medida designarlas como revoluciones burguesas o, si se prefiere, liberales. Hay, sin embargo, positivas dificultades en agrupar las revoluciones, o cualesquiera fenómenos históricos mayores. Antes de ir algo más lejos, conviene discutir sobre ese punto.

Ciertas consideraciones muy generales hacen necesario adoptar amplias categorías de tal tipo. Es o debiera ser bastante obvio que instituciones como el feudalismo, la monarquía absoluta y el capitalismo germinan, florecen y se consumen. El hecho de que cualquier complejo institucional específico se desarrolle primero en un país y luego en otro, como el capitalismo en Italia, Holanda, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos sucesivamente, no es impedimento para una concepción generalmente evolutiva de la Historia. Ningún país recorre por sí mismo todos los estadios, sino que se limita a llevar el desarrollo a ciertas distancias dentro del marco de su propia situación e instituciones. Así, una revolución por la propiedad privada en

los medios de producción tendrá buenas posibilidades de éxito en algunas fases, y en otras no. Desahuciadamente prematura tal vez, y nada más una corriente menor, en el siglo XIV o en el XVI, puede ser desahuciadamente anacrónica en la segunda mitad del siglo XX. Por encima y más allá de las condiciones históricas concretas de un país particular en un momento dado, hay condiciones universales, como el punto de desarrollo de las artes técnicas y de la organización económica y política alcanzado en otros países, que influyen de recio sobre las perspectivas de una revolución.

Todos esos considerandos llevan a concluir que es necesario agrupar las revoluciones por los grandes resultados institucionales a que contribuyen. Mucha de la confusión reinante y de la aversión a usar categorías amplias procede de que quienes aportan el sostén masivo a una revolución, quienes la dirigen y quienes se aprovechan a la larga de ella son clases de personas muy diversas. Con tal que esa complejidad esté clara en cada caso, tiene sentido (y aun es indispensable a fin de trazar distinciones y percibir semejanzas) considerar la Guerra Civil Inglesa, la Revolución Francesa y la Guerra Civil Americana como estadios en el desarrollo de la revolución burguesa-democrática.

La repugnancia a usar tal término está en parte justificada, y vale la pena puntualizar cómo puede ser engañoso. Para algunos autores, el concepto de revolución burguesa implica un crecer continuo en poder económico de las clases urbanas comerciales e industriales hasta que llega un momento en que el poder económico entra en conflicto con el poder político, todavía en manos de una clase dirigente tradicional basada sobre todo en la tierra. En ese punto, suponen, se produce una explosión revolucionaria que permite a las clases comerciales e industriales apoderarse de las riendas del poder e introducir los rasgos más significativos de la democracia parlamentaria moderna. Tal concepción no es del todo falsa. Para la misma Francia, se tienen buenos indicios del crecimiento en poder económico de un sector de la burguesía hostil a las cadenas impuestas por el *ancien régime*. Es tan simplificadora, sin embargo, que resulta una caricatura de lo que realmente aconteció. Para advertirlo, sólo necesitamos recordar: a) la importancia del capitalismo en el campo inglés, que permitió a la aristocracia rural inglesa seguir controlando la maquinaria política hasta muy avanzado el siglo XIX; b) la debilidad del impulso puramente burgués en Francia, sus estrechos vínculos con el antiguo orden, su dependencia de aliados radicales durante la Revolución, la persistencia de la economía campesina en tiempos modernos; c) el que el esclavismo de plantación de los Estados Unidos se desarrollara como parte integrante del capitalismo industrial y obstaculizara, mucho más que el capitalismo, la democracia.

Conforme he apuntado hace un momento, la dificultad cen-

tral está en que expresiones como revolución burguesa y revolución campesina amontonan indiscriminadamente a quienes hacen la revolución y a sus beneficiarios. Asimismo esos términos confunden los resultados legales y políticos de las revoluciones con los grupos sociales que toman parte activa en ellas. Las revoluciones campesinas del siglo XX han tenido su base masiva en los campesinos, principales víctimas luego de la modernización impuesta por gobiernos comunistas. Con todo, quiero advertirlo explícitamente, yo me mantendré inconsecuente en el uso de los términos. Al debatir las revoluciones campesinas, hablaremos de la principal fuerza popular que las impulsó, bien conscientes de que su resultado en el siglo XX fue el comunismo. En cuanto a las revoluciones burguesas, justifican el término una serie de resultados legales y políticos. Expresarse con una terminología consecuente exige la invención de nuevos términos, lo cual, me temo, no haría más que aumentar la confusión. El gran problema, al fin y al cabo, es qué sucedió y por qué sucedió, no el uso propio de las etiquetas.

Pues bien, parece claro, a lo menos tanto como es posible en tales materias, que la Revolución Puritana, la Revolución Francesa y la Guerra Civil Americana fueron sacudidas violentas en un largo proceso de cambio político conducente a lo que reconocemos como democracia occidental moderna. Ese proceso tuvo causas económicas, aunque, ciertamente, no fueron las únicas. Las libertades engendradas a través de él se muestran claramente interrelacionadas. Establecidas en conexión con el desarrollo del capitalismo moderno, presentan los rasgos de una época histórica específica. Elementos clave en el orden liberal y burgués de la sociedad son el derecho de voto, representación en un cuerpo legislativo que hace las leyes y, por tanto, es más que una mera estampilla para el poder ejecutivo, un sistema de leyes objetivo que, cuando menos en teoría, no confiere privilegios especiales a causa del nacimiento o rango heredado, salvaguardia de los derechos de propiedad y eliminación de las barreras a su uso heredadas del pasado, tolerancia religiosa, libertad de palabra y derecho de reunión. Aunque la práctica no corresponda ni con mucho a las declaraciones, hay marcas de sociedad liberal moderna generalmente reconocidas.

Uno de los rasgos decisivos de todo el proceso histórico que ha producido tal sociedad fue la doma del sector agrario, no menos importante que la mejor conocida de la clase obrera y, por supuesto, estrechamente relacionada con ella. La experiencia inglesa mueve incluso a pensar que el deshacerse de la agricultura como actividad social mayor es uno de los requisitos previos para el éxito de la democracia. La hegemonía política de las clases altas rurales tenía que romperse o transformarse. Era preciso convertir al campesino en un granjero que produjese para el mercado y no para su propio consumo o el del

propietario. En ese proceso, las clases altas rurales o bien pasaron a ser una parte importante de la corriente capitalista y democrática, como en Inglaterra, o bien, de venir a oponerse, fueron arrolladas en las convulsiones de una revolución o guerra civil. En una palabra, o ayudaron a hacer la revolución burguesa o fueron destruidas por ella.

Para concluir esta disquisición, quizá sea útil concretar las condiciones que, al parecer, han revestido mayor importancia para el desarrollo de la democracia y, como piedra de toque de su verdad, confrontarlas con el caso indio. Si resulta que la presencia de algunas de ellas tiene una conexión demostrable con los aspectos más prósperos de la democracia parlamentaria en la India o con los orígenes históricos de los mismos y, en cambio, que la ausencia de otras la tiene con sus dificultades, quedarán no poco corroboradas.

La primera condición del desarrollo democrático que ha descubierto nuestro análisis es *el desarrollo de un equilibrio que evite una corona demasiado fuerte o una aristocracia rural demasiado independiente*. En el cenit de la India mogol, el poder de la corona fue abrumadoramente superior al de las clases altas. Sin derechos de propiedad firmes, el noble era, según una conocida frase de Moreland, o un servidor o un enemigo del poder soberano. La decadencia del sistema mogol liberó a las clases altas inclinando la balanza en el sentido opuesto hacia un régimen de belicosos reyezuelos locales. Con todo, la tentativa que los británicos efectuaron durante el siglo XIX para crear en suelo indio una clase de vigorosos y progresivos terratenientes a semejanza de su variedad doméstica constituyó un rotundo fracaso. La sociedad india también ha fracasado en cumplir el segundo gran requisito previo: *la evolución hacia una forma apropiada de agricultura comercial*, ya por parte de la aristocracia rural, ya del campesinado. En vez de ello, la sombra protectora del orden público británico permitió que la población se multiplicara y que una clase compuesta de terratenientes parasitarios, junto con los prestamistas, esquilmaran mucho de lo que no se comían los campesinos. A su vez, esas circunstancias inhibieron en gran manera la acumulación de capital y el desarrollo industrial. Cuando vino la independencia, llegó en parte gracias al anhelo campesino de volver a una idealizada aldea del pasado, cosa que limitaría, y aun retardaría peligrosamente, la modernización efectiva del campo. Que todas esas particularidades han figurado entre los obstáculos al establecimiento y funcionamiento de una democracia firmemente cimentada no requiere aquí comentario.

Por otro lado, la partida de los británicos debilitó en gran manera el predominio político de la élite rural. Muchos dirían incluso que las reformas posteriores a la independencia han destruido tal poder. En ese aspecto, el desarrollo de institucio-

nes democráticas ha seguido el modelo occidental. Cosa aún más importante, la ocupación británica, al apoyarse en la *élite* rural y favorecer los intereses comerciales de Inglaterra, llevó a un sector considerable de las clases urbanas comerciales y empresariales a una actitud oposicionista. Ello previó la fatídica coalición entre una *élite* rural fuerte y una burguesía débil, liga que, según veremos con más detalle en el próximo capítulo, ha sido el origen social de regímenes y movimientos autoritarios de derechas en Europa y Asia. Así, pues, se han cumplido dos condiciones: *el debilitamiento de la aristocracia rural y la prevención de una coalición aristocrático-burguesa contra los campesinos y los obreros.* 7.50

En definitiva, la India constituye un importante ejemplo de país donde a lo menos la estructura formal de la democracia y una parte significativa de su sustancia, como la existencia de oposición legal y de cauces para la protesta y la crítica, han surgido sin una fase previa de violencia revolucionaria. (El Motín Cipayo fue sobre todo un asunto retrógrado.) Pero la falla de una quinta condición, *ruptura revolucionaria con el pasado*, y de cualquier movimiento intenso en ese sentido hasta la fecha cuenta entre las razones del prolongado atraso de la India y de las extraordinarias dificultades que encuentra en ella la democracia liberal. Algunos estudiosos de la India se han admirado de que la selecta *élite* nativa educada en Occidente se haya mantenido fiel al ideal democrático, cuando tan fácilmente habría podido demolerlo. Pero, ¿por qué iba a querer demolerlo? ¿No suministra la democracia una racionalización para rechazar toda revisión a gran escala de una estructura social que mantiene sus privilegios? Para ser justos, debemos añadir que la tarea es formidable, como para desviar a cualquiera, incluso al más doctrinario radical, de asumir tamaña responsabilidad. 7.60

Aunque sería tentador seguir discutiendo ese punto, la política india sólo nos importa aquí en cuanto piedra de toque para una teoría de la democracia. Los logros y malogros de la democracia en la India, los obstáculos e incertidumbres que aún la embarazan, todo halla una explicación lógica en términos de las cinco condiciones aquí deducidas de la experiencia de otros países. Ello no constituye en absoluto una prueba. Pero, a mi juicio, es razonable sostener que esas cinco condiciones no sólo iluminan aspectos significativos de la historia india; también encuentran en ella sólido fundamento.

El siguiente material
se utiliza con fines
exclusivamente didácticos

VIII. Revolución desde arriba y fascismo

La segunda ruta hacia el mundo de la industria moderna, la que hemos calificado de capitalista y reaccionaria, está ante todo ejemplificada por Alemania y el Japón. En ambos países el capitalismo arraigó bastante de firme así en la agricultura como en la industria, y los convirtió en países industriales. Pero lo hizo sin producir un cataclismo revolucionario popular. Las tendencias que hubo en ese sentido fueron débiles, mucho más en el Japón que en Alemania, y en uno y otro caso se las desvió y aplastó. Entre otras causas, las condiciones agrarias y los tipos específicos de transformación capitalista que tuvieron lugar en el campo contribuyeron en gran manera a tales desbaratos y al débil impulso hacia formas democráticas occidentales.

Hay ciertas formas de transformación capitalista del campo que pueden cuajar económicamente, en el sentido de dar buenos provechos, pero que, por obvias razones, son desfavorables al desarrollo de instituciones libres de la variedad occidental ochocentista. Aunque a la larga se confunden, es fácil distinguir dos tipos generales. La aristocracia rural puede mantener intacta, como sucedió en el Japón, la sociedad agraria preexistente, introduciendo sólo en ella los cambios necesarios para asegurar que los campesinos engendren un excedente lo bastante crecido que pueda apropiarse y vender con provecho. O puede arbitrar organizaciones sociales completamente nuevas en "la línea del esclavismo de plantación. El esclavismo puro, en los tiempos modernos, suele ser obra de colonizadores de áreas tropicales. En algunas partes de la Europa oriental, sin embargo, las noblezas indígenas lograron reintroducir la servidumbre, que volvió a vincular a los campesinos al suelo, con resultados un tanto similares. Fue una forma intermedia entre las otras dos.

Lo mismo el sistema de mantener la sociedad agraria intacta, pero sacando más del campesinado, que el de usar mano de obra servil o semiservil y explotar con ella grandes unidades de cultivo requieren eficaces métodos políticos para extraer el excedente, retener a la mano de obra en su sitio y, en general, hacer funcionar el sistema. No todos esos métodos son políticos en un sentido estricto, claro está. En particular cuando se conserva la sociedad campesina, se efectúan toda suerte de tentativas para usar las relaciones y actitudes tradicionales como base de la posición del gran propietario. Como semejantes métodos políticos tienen consecuencias de peso, conviene darles un